

HISTORIAS DE SANTA ROSA

AUTOR: MIGUEL CASTILLO CRISPÍN

SEUDONIMO: COCO CASTILLO

Palabras del autor

Mi tierra no es solamente el lugar donde nací; es también la unidad geográfica, natural, histórica y social, que tiene como elementos centrales al valle y sus ríos Chamán y Jequetepeque. De este último toma el valle su nombre; pero el agua de ambos, a su paso, parece cantarle alegres églogas a sus fértiles campos, que tienen como emblema olvidado a Chérrepe¹; otrora más importante puerto natural del norte peruano.

Toda esa es mi tierra, pero guardo especial afecto a Pueblo Nuevo² y **Santa Rosa**³; lugares en donde veo reflejada toda esa unidad que aún conservo en mi recuerdo indivisible, aunque el hombre la haya segmentado, por conveniencia funcional, en provincias, distritos y caseríos.

He amado a mi tierra, tanto y de la manera más incondicional y terca, que me parece casi irracional haberla amado así.

La sigo amando porque vibra en mí como arpegio lastimero arrancado de fina guitarra por artista insomne de pasión febril.

La seguiré amando porque soy parte de ella como el fruto de la planta que un día nació para mitigar un retorcido hambre, pero que pronto caerá para fundirse nuevamente en la tierra y servirle de orgánico alimento.

Amo a mi tierra tan intensa y apasionadamente, que hasta me parece que nací amándola; y que aún antes de nacer, ya la amaba

embrionaria e intuitivamente. Yo nací para amarla; porque a su recuerdo, o a su solo nombre, estallo en nostálgica alegría o a veces en profunda y añorante tristeza. Porque a la distancia sigo evocando su cielo, su paisaje, su gente, sus vivencias; y a ella, que como vieja matrona me mira callada y vigilante; dándome su amorosa compañía, como la madre al fruto de sus entrañas parido. Sentimiento nostálgico, casi trágico, que brota explosivo desde el alma y que me hiere de manera exquisitamente insoportable; como condena, quizá, por el egoísmo de haberlo mantenido sólo en mí, y que hoy me exige lo vierta para que otros beban de él; so pena de morir pronto de dolor. Sentimiento que ha hecho de mi mano el instrumento para expresarse y compartirlo con quienes, como yo, amamos esta tierra; o con aquellos que quieran amarla, porque ella es mi patria chica, un pedacito de Perú. **Evocaciones Nostálgicas del valle Jequetepeque** es parte de ese afecto expresado en diez hechos vividos o escuchados, y en una monografía sobre el histórico Chérrepe; en los que ustedes podrán conocer mi tierra; o quizá, también recordar la suya. Probablemente, algunos no compartan lo que voy a narrar en estas líneas; pero a ellos les digo, - Paraphraseando a Plutarco - que yo no escribo la historia en su acepción estricta; soy el pintor que con su pincel pintar quiere el escenario mágico de su tierra; soy el escriba apasionado que anhela contar de un mundo casi olvidado; pero también, soy el poeta y trovador que cantar quiere la vida de su pueblo y su gente quiere; entonces, pues, que se me permita penetrar en los más secretos pliegues del alma del pasado, para exponer sus rasgos más característicos y plasmar con éstos la vida de los personajes y los hechos que marcaron mi existencia.

En estos pequeños trozos, pretensiosamente literarios, encontrarán anécdotas y cuentos de personajes, en un pasado ignorado por el hombre de hoy y poco registrado en la memoria colectiva de mi pueblo; pero que existieron; y, como tal, constituyen parte de él; por lo que tenemos que voltear los ojos a ellos, para encontrar allí nuestra identidad perdida.

Estos apuntes son parte de ese sentimiento, trágico o alegre, con que la vida afectiva se impregna en el sinuoso camino de la existencia; constatando que la vida misma, siendo tan objetiva, va girando con el paso tiempo hacia un realismo mágico; el que al final y algunas veces se transforma en leyenda o se diluye en fantasía; figuras éstas de las que en algún momento me valgo, por ser las más eficaces y entusiastas colaboradoras de este mensaje que pretendo dejar; y que se lo dedico, con el más sincero y ferviente deseo, a la juventud de mi pueblo; para que sean ellos los depositarios y continuadores del proceso de formación de esa reclamada identidad que debe reconstruirse, y que estoy seguro, se reconstruirá.

Quien no esté de acuerdo con lo que aquí digo, que lo ignore; pero, por favor, no lo destruya; pues mataría lo sensitivo de la vida y que en el fondo es: **La vida misma.**

SANGRE DE SEÑORES

Si vas para **Santa Rosa**, verás que ya no están más las casas de quincha y barro; las de los techos de inea⁴, que perezosos se acostaban soñolientos sobre torcidas varas de algarrobos; las de las puertas de lata armadas en palos de pajarobobos, que se arrastraban bulliciosas y lastimeras al abrirlas. Ya no están en ellas, los pisos de tierra compactada por el agua que, religiosamente, nuestras madres regaban para evitar el polvo antes de barrerlo, y que lo endurecieron tanto como el rigor de la vida endurece nuestras almas con el paso del tiempo. Tampoco están los corrales donde alharacosas gallinas y tiernos pollitos, solían comer maíz molido, semillas de arroz o picoteaban alfalfa amarrada por tercios en macizos y torcidos palos que arriba templaban cordeles; los que por las tardes se veían llenos de ropa pulcramente lavada en la acequia del pueblo; y que al día siguiente, robustas planchas de fierro, afuera en la puerta falsa, cobijaban negro carbón a la espera de que prendan al influjo del aire que avivaba sus llamas; para luego, calientes por incandescentes brazas, borrar arrugas de camisas almidonadas y de pantalones remendados que después vestirían, impecables, nuestros cuerpos de niños recién bañaditos por cariñosas y maternales manos, ávidas por dar amor a manantiales. Qué se hicieron las barrigonas e imperturbables tinajas de arcilla cocida, que sobre horcones se recostaban orondas en algún rincón de la casa, dentro de las cuales, fresca agua esperaba resignada y paciente ser bebida por bocas reseca y sedientas de tanto trajinar; y que ansiosas iban a ella para que les sea aplacada su sed; sed frecuentemente tan grande como el sufrimiento. Dónde fue a parar el batán de piedra en que corvadas figuras femeninas, con delantal salpicado de irregulares puntos de colores, molían ají panca y del

otro, culantro y ajo después aderezarían franciscana comida que, ininterrumpidamente, mañana y tarde preparaban nuestras laboriosas madres en ollas de barro o fierro, sobre fogones de adobe alimentados por leña de algarrobos o espinos secos, que hoy tampoco están.

Qué del aroma de café tostado en negros o bronceados peroles, que como incienso inundaba humildes casas y que provocativo llegaba hasta las polvorientas calles del pueblo; para luego, “pasado” en narigonas cafeteras, ser tomado en el lonche con panes calentitos salidos de hornos de leña ya consumidos en el fuego del tiempo, y que hacían tan fragantes las soleadas y polvorientas tardes de mi pueblo.

En qué grieta del tiempo se quedaron atrapadas esas lámparas de kuerosene, de tan fémica esbeltez; en cuyo tubo palpitaba titilante y con arrogante fulgor anaranjada llama, la que aun parece crepitar en mi alma como luz de inmenso amor incomprendido.

Ya no están ni los abuelos ni los tíos que consentidores tapaban nuestras infantiles travesuras de niños pueblerinos. Tampoco están los que hicieron el pueblo; se fueron; se fueron tristes y viejos de tanta pobreza, en esa su inesperada partida, pero tan llenos de amor, que a veces lo sentimos desbordarse en nuestros corazones. Hasta mi padre se ha ido en ese viaje sin retorno, que con el correr de los años comenzamos a desear inconscientes y anhelantes del calor paternal, pero atados a este mundo por ese inexplicable sentimiento de amor filial, y por la callada promesa hecha a sí mismos de cumplir como padres, así como un día ellos lo hicieron, aunque de mejor forma. No estudiaron tanto como nosotros, pero llevaron la vida como intuitivos sabios, como filósofos innatos, que a

fuerza de duros golpes se tornaron en expertos conductores de una diligencia que a su partida la dejaran en tan buen destino.

En medio de esas duras pero gratas limitaciones, llenos de afecto y recibiendo lo mejor, crecimos viendo forjarse el pueblo. Sobre el lomo árido de esa larga y terca pobreza, se construyó primero la escuelita, luego el local municipal, el camal, el mercadito y la pequeña biblioteca; empedraron sus calles, construyeron sus veredas y tantas cosas hicieron para darle forma al pueblo. Todo lo hicieron solos; más que promesas fueron las que de arriba recibieron.

Así lograron esta hazaña; pero para hacerlo tuvieron que ser amigos, hermanos y confidentes; solidarios, aspirantes, entusiastas y decididos; muy hombres y muy mujeres para lograrlo.

Por esa época también unificaron al pueblo que políticamente había sido dividido en dos: Uno, de la acequia que por el centro del pueblo pasa y al norte, de nombre **Santa Rosa** y perteneciente al distrito de Pueblo Nuevo; y el otro, de las casas ubicadas al sur; de nombre Cruz de la Legua y perteneciente al distrito de Pacanga; cada uno con sus respectivas autoridades elegidas por el consejo distrital respectivo.

Yo viví esa época de nefasta división, que por los años 60 comienza a tomar cuerpo de rivalidad irreconciliable, pese a vivir juntos. Los niños nos acostumbramos a decir “los del otro lado” o “los de este lado”, al referirnos a alguien que vivía más allá o más acá de la acequia. Los enfrentamientos entre jóvenes eran frecuentes; no se aceptaba que alguno de un “lado” enamorara a una chica del “otro”; hacerlo, significaba ser agredido; los niños comenzamos a seguir

envalentonados estos enfrentamientos que, casi siempre llegaban a agresiones físicas.

Un día los viejos se reunieron y dijeron: ¡Basta ya carajo!, ¡Somos un solo pueblo, somos hermanos! Los que nos dividieron tendrán que unirnos: ¡Por la razón o la fuerza!

Inmediatamente se formó una comisión de ambos lados integrada por Ruperto Esquén Silva, Mario Castillo Marroquín y Rigoberto Medina Zambrano, para que viajaran a San Pedro de Lloc y conversar con el Señor Virgilio Purizaga Aznarán, alcalde de la provincia de Pacasmayo. Ellos le hacen ver los riesgos de esa división y se le exige convoque a los alcaldes de Pacanga y Pueblo Nuevo en el más breve lapso de tiempo para llevar a cabo la reunificación y, mediante un cabildo abierto, el pueblo decida a que distrito pertenecer.

Así se hizo, y a los pocos días de iniciada la gestión, en 1965, se impone la voluntad y el sentimiento de un pueblo que, en un abrazo fraterno, sella una aspiración colectiva, justa y necesaria; para así, juntos, cerrarle paso a la violencia que se retira en rotundo fracaso del pueblo y de la mente de los jóvenes y niños, para vivir una etapa nueva, de paz y llena de esperanza.

Esto hicieron esos grandes hombres, nosotros sí gozamos de sus frutos y de su ejemplo, pero fue por muy poco el tiempo que disfrutamos de su mensaje que, imperecedero, lo olvidamos pronto. ¡Todo fue efímero! ¡No supimos conservar esa identidad creada por ellos! Hoy todo ha cambiado; los hombres, sus costumbres, sus aspiraciones, hasta las casas y la comida han cambiado; poco queda de esos valores sembrados y cosechados como mies. El pueblo se ha dividido, lo han dividido nuevamente los políticos y las

autoridades enfrentando razas y familias para de ello sacar ventajas y vivir de lo que nos corresponde como pueblo.

Que tristes estarán arriba los que ya se fueron, mirando que lo bueno ha sido reemplazado por lo banal; que el bien común ha sido sustituido por el interés personal, el que nos amenaza con destruirnos como hombres, como ciudadanos y como pueblo.

¡Esto debe terminar! ¡Tenemos sangre de esos grandes hombres! ¡Volvamos a esa enorme filosofía de vida olvidada! ¡Reencontrémonos como un solo pueblo! No importa en que tiempo lo hagamos, ¡Comencemos hoy! La pobreza no podrá impedirlo, porque ellos también desde allí lo hicieron ¡Lo lograremos! ¡Hagámoslo ya, pero hagámoslo juntos, unidos! ¡Sólo así venceremos la adversidad! ¡Triunfaremos! ¿Saben por qué?, ¡Porque tenemos en nuestras venas: Sangre de señores.

Este es un homenaje, tardío e insuficiente, a don Teófilo y Natividad Pérez, Mario y Luis Cubas Rentería, Melquiades Verástegui, Alfredo Lara Hoyos, Dolores Castro, Lorenzo Bautista, Miguel Novoa, Artemio, Diego y Lorenzo Barrionuevo, Abraham Gutiérrez, Julio Isla, Carlos Soto Chávarry, Néstor Pérez, Pedro Mendoza, Antonio Castañeda, Ruperto Esquén, Mario Castillo Marroquín, Rigoberto Medina; y a todos los que con su esfuerzo y civismo hicieron el pueblo. También a sus esposas, que al igual que las “rabonas” de las huestes de Andrés Avelino Cáceres, acompañaron a sus maridos en esa cruzada en favor de un porvenir mejor para sus hijos y su pueblo.

“No es el progreso ni la modernidad lo que me aflige; lo que me aflige es, cómo el hombre los entiende”. (MCC)

EL SIN SANGRE

Cuando anteriormente alguien llegaba a **Santa Rosa**, era muy frecuente oír hablar a los viejos de la época, de un pedazo del pasado nuestro que, por ser sólo de transmisión oral, ha venido metamorfoseándose en una especie de leyenda que hoy queremos rescatarla para ir construyendo esa historia popular no escrita y que merece ser expuesta a todos.

Entre los años 1890 y 1895 surge, por estas tierras, la figura de un personaje cuyo seudónimo ha conllevado con el paso del tiempo al olvido definitivo de su verdadera identidad. Pero de quien se decía que fue un ex combatiente de rango del ejército guerrillero de don Andrés Avelino Cáceres, en sus correrías contra chilenos y caudillos militares de la época.

La llegada de don Nicolás de Piérola al poder en 1886, había dado al país una precaria estabilidad política; pero esos hombres que habían aprendido a vivir de las armas, quedaron al margen de la ley, pero tan cerca de la pobreza del pueblo, que podían sentir en el alma su jadeante respirar y su lastimero padecimiento.

Los hacendados de aquel entonces, luego de haber pagado altos cupos al ejército chileno y ver paralizada su actividad agrícola, trataban de resarcirse a costa de la inhumana explotación del campesinado, generando en éstos sentimientos de odio, agazapados por la necesidad de obtener un trabajo para mitigar su histórico hambre.

La llegada de este personaje y sus periódicas incursiones en las haciendas fue bien recibida por el pueblo. Algunos lugareños incluso pasaron a formar parte de su pequeño pero arrojado grupo al margen de la ley, que siempre compartió con ellos el producto de

sus actividades, ganándose así la disimulada y otras veces franca protección de los pobres de ese lugar, quienes lo vieron como su benefactor.

Mientras ese era el sentimiento de los “de abajo”, los “de arriba” iniciaron una feroz campaña de persecución y desprestigio, inventando historias de asaltos y asesinatos cuya autoría, aunque no lo fuere, se le adjudicaba a ese personaje que recibió el sobrenombre de “El Sin Sangre”; supuestamente por la ferocidad de su accionar y provocar así el miedo en el pueblo y para justificar su captura y posterior, pero ya concebida, muerte. Para tal efecto tenían como aliados a los gobernadores de Pueblo Nuevo, Guadalupe y Chepén, que no dudaron iniciar una búsqueda al mando de hombres financiados por los mismos hacendados, pero todo esfuerzo fue vano. “El Sin Sangre”, hombre conocedor de las tácticas guerrilleras y acostumbrado al enfrentamiento o a la retirada según lo aconsejaban las circunstancias, no podía ser ubicado; convirtiéndose en un verdadero dolor de cabeza para la legalidad existente. Aparecía donde menos lo esperaban y cuando parecía que iba a ser capturado, desaparecía como por ilusionista acto de magia. El pueblo comenzó a verlo como un ser casi sobrenatural, tal vez como enviado de Dios; símbolo y admiración de ellos.

Un día de esos, su banda fue infiltrada por los hacendados y los gobernadores de estos pueblos; el elegido era un hombre de ascendencia serrana que había llegado golpeado, supuestamente de hambre y desfalleciente hasta las inmediaciones del refugio bandolero, en las alturas del cerro Santa Catalina, en la hoy denominada “Cueva del Sin Sangre”. Llegó pidiendo protección y diciendo haber sido castigado sin piedad por los hacendados de

Ucupe, quienes lo habían acusado de robo y de los que había podido huir cuando lo creyeron muerto y con la ayuda de un trabajador de esa hacienda. Pese a ser un desconocido fue aceptado por el mismo jefe de los bandoleros que se compadeció del hombre y no hizo caso a la sugerencia de su lugarteniente, Anselmo López, de no aceptarlo. Pues éste había visto en la mirada de aquel, algo que no le gustó y que le provocó profunda desconfianza; pero no pudo hacer nada para evitarlo: el jefe así lo quiso y eso para él bastaba.

Así como hubo un Judas en el Gólgota, la cueva de “El Sin Sangre” también lo tuvo, y la traición subió al cerro y se vistió de gala en ese nuevo escenario. Aquel hombre fue ganando, poco a poco, la simpatía de todos por su temerario arrojo; a tal punto de hacerse indispensable en el grupo y estimado por los pobres del lugar. Había hecho los méritos suficientes para eso y para su posterior propósito. Cierta día, después de una incursión por la hacienda Lurifico y motivados por el jugoso botín en dinero y en especie capturado, deciden regresar a su guarida, llevando aguardiente y algo de comer.

Después de hacer el reparto de víveres de rigor, entre los más necesitados del lugar; inician, arriba en el cerro, una celebración con trago y comida en la que no participa el último de los admitidos, con el pretexto de preferir descansar para vigilar durante la noche.

La fiesta siguió su curso hasta las cuatro de la mañana del día siguiente, en que la gente se dispersa en busca de más aguardiente y diversión, quedando “El Sin Sangre” solo en la cueva, bajo el aparente cuidado de quien fungía de su guardián.

Poco antes de las seis de la mañana, como cuarenta encaballados a trote muy ligero y completamente armados con carabinas 30 – 30, pasaban por lo que hoy es **Santa Rosa**. Estaban al mando de los gobernadores y tenían como destino el escondite del bandolero.

Cuentan que “El Sin Sangre” acostumbraba a dormir muy cerca de su caballo, casi entre sus piernas cuando el animal se echaba, acomodando su montura para que su leal compañero de correrías, con su muy desarrollado sentido de percepción, le avisara de la presencia de extraños y poder ponerse a salvo.

Hasta allí llegaron sus captores, que desde lejos lo divisaron cubierto con una manta, estaba al lado de una piedra grande fuera de su escondite; dormía a su usanza sobre la montura. Su caballo trataba insistentemente de levantarlo con el hocico. Cuando reaccionó, cinco hombres ya se abalanzaban hacia él, mientras los otros lo apuntaban desde sus caballos, los que nerviosos se movían al tiempo que relinchaban.

El hombre es castigado brutalmente en el suelo, se cubría el rostro tratando de ponerse de pie; pese al número de sus oponentes, lo logra; se defiende y ataca; forcejea con ellos que inútilmente tratan de controlarlo. Convertido en una fiera trataba de embestir a sus captores agazapándose, dando cabezazos y patadas. Sus cazadores siguen golpeándolo; la presa sigue sin rendirse. Un gobernador da la orden que bajen dos jinetes más y con ellos al fin logran inmovilizarlo; lo colocan boca abajo; atan sus manos hacia atrás; luego lo levantan y su camisa desgarrada dejaba ver su amplio torso, en donde una curtida piel dibujaba una imponente y sinuosa musculatura vidriada de sudor, que vibraba de impotencia en pose arrogante y retadora pese a su agotamiento evidenciado por

su jadeante respirar. Su rostro anguloso y trigueño, mostraba su nariz aguileña y sus pronunciados pómulos. Su barba tupida, casi escondía sus gruesos labios, mientras su orgullosa mirada, enmarcada en un fruncido e inmutable ceño adusto, parecía desprender intermitentes destellos de furia

Los gobernadores se reúnen apartados de todos; hablan, luego regresan, lo hacen subir al caballo y dan las órdenes para el descenso, enviando cinco hombres por el flanco derecho, cinco por el flanco izquierdo, mientras el resto prácticamente cubrían al “Sin Sangre”.

El asalto habría durado entre diez y quince minutos, pero parecieron interminables. Los hombres miraban a todos lados. Un nerviosismo profundo, que más parecía ser expresión de miedo invadía a todos. El respeto y temor que infundía el jefe de los bandoleros, aún preso, eran manifiestos. Nadie hablaba y el silencio tensionaba más a sus captores. Los caballos, relinchando, movíanse nerviosos; parecían haberse contagiado de ese generalizado temor. Del viento se escuchaba su paso sibilante y de los pájaros su melódico trinar; como si la naturaleza orquestara, alrededor de ellos, una partitura de tristeza lacerante, premonición de una muerte ya anunciada; pero tan alevosa como la ejecutada, siglos antes, por Caín a Abel; tal vez Dios ejecutaba en ella, la más desgarradora y fúnebre sinfonía de dolor, y cuyo mensaje interpretaba el sufrimiento futuro de los hombres que, al amparo de aquel preso, habían podido resistir la despiadada condena de ser pobres; y que a partir de aquel día, la vida no sería jamás vida; sería, quizá, sólo muerte. Ese día no sólo lloraron los hombres; también lloró Dios, pero los caines nunca escucharon su llanto de dolor.

Antes de abandonar el escondite, “El Sin Sangre” lanza un silbido como solicitando ayuda a sus compañeros, pero no encuentra respuesta. Lo bajan hasta la carretera, y a la altura del médano del potrero silba nuevamente, pero nadie responde; los gobernadores volvieron a intercambiar palabras y la sospecha de que algo malo iba a ocurrir invadió al grupo.

En **Santa Rosa**, que por aquel tiempo sólo eran unas cuantas casas dispersas, la gente abría temerosa sus viejas puertas de palos y volvían a cerrarlas al escuchar los disparos que, para disuadir, lanzaban al aire los captores. Por tercera vez se escucha salir de los labios del “Sin Sangre” un silbido; esto hace que los acontecimientos se precipiten empujados por el miedo que sentían de un posible reagrupamiento de los bandoleros o de algún motín de represalia de los lugareños.

Cerca de un viejo y frondoso algarrobo, como a trescientos metros de lo que hoy es **Santa Rosa**, poco antes de la capilla de la Cruz de la Legua, el grupo se detiene; los gobernadores se separan, intercambian por última vez palabras; al regresar uno de ellos dice resuelto y en voz alta: ¡Cuélguenlo!. La gente, inmovilizada por la noticia, expresó su incredulidad en el rostro.

¡Ahórquenlo carajo! –Gritó enérgico el mismo hombre.

Uno de ellos preparó la soga; otro, presuroso, subió al algarrobo. Cuando todo estuvo listo dos jinetes flanquearon al capturado que no se inmutó y sólo se le escuchó decir: ¡Para hoy he nacido! Y volviendo la mirada a los gobernadores le dijo: ¡Vasallos de poderosos, asesinos del pueblo!

Una de las autoridades gritó nervioso: ¡Apúrense carajo! ¿O quieren que la gente se amotine y nos saquen la mierda?

Presurosos y resignados, los que flanqueaban al bandolero, encaminan su negro caballo hasta ponerlo bajo la soga que pendía del árbol. Uno de ellos tomó el lazo de nudo corredizo, lo colocó en el cuello del preso y vio que en el rostro del jinete no había miedo, sólo rabia contenida.

EPITAFIAL

En el anca del caballo truena el fuste, el caballo sale impulsado por el castigo y en el algarrobo un hombre sufre los estertores de la muerte que, impidiendo el paso del aire, le va ganando a la vida. No han pasado ni tres minutos y los últimos saltos agónicos del cuerpo impulsan más los giros en semicírculo del que yace colgado con un hilo de vida bajo el árbol.

Los cazadores han huido a toda prisa; una nube de polvo, que poco a poco va disipándose, queda a su paso. Solamente el caballo negro del “Sin Sangre” ha regresado; se ha posado cerca del cadáver que cuelga, y con su nariz olfatea el pendulante cuerpo de su amo tratando de encontrar una respuesta; sacude su cuerpo y sólo se le ve esperar mientras arranca con su hocico la grama salada que se esparce por el suelo con finas gotas de rocío sobre sus hojas. A lo lejos, un grupo de gente camina presurosa acercándose al lugar del crimen.

Son las siete de la mañana de un día sin sol; un caballo relincha nervioso; un cuerpo cuelga del algarrobo. Un humilde hombre, arriba en el árbol, trata de desatar el nudo cómplice del asesinato; más de treinta personas miran el espectáculo acongojados; las mujeres sollozan frente al cadáver que cuelga con un ligero movimiento pendular; tres hombres reciben luego el cuerpo del ahorcado, justo

cuando un tropel de por lo menos treinta jinetes se acerca presuroso al lugar; son: Los hombres del “Sin Sangre”. La gente, al darse cuenta de su presencia, se abre paso dejando ver el cadáver.

Anselmo López, bajó presuroso con el sombrero en mano, llega hasta el lugar en donde el hombre yace muerto; se arrodilla, voltea el cuerpo; con su daga corta la soga que atan sus manos; le da de nuevo la vuelta, coloca su cabeza sobre su pierna derecha que descansa en el suelo; le pasa la mano por su frente, recoge sus cabellos lacios y luego le cierra los ojos. No lo lloró, pero su dolor abatió su recia figura que pareció desvanecerse. Alguien soltó su pena en un llanto, y Anselmo volteando la cabeza dijo: ¡Aquí nadie llora carajo! ¡El Jefe no ha muerto!.

Luego de unos minutos que parecieron interminables deja la cabeza del muerto en el suelo; se paró y habló en tono enérgico: Juan, Alduvar, Jacinto; ¡Levántenlo!

El “Sin Sangre” fue llevado boca abajo en la montura de su negro corcel y junto a él, también a caballo, cabalgó Anselmo López. Iban los dos solos delante del grupo, el resto lo seguía a corta distancia, después lo subieron hasta la cueva. La gente del lugar, como en procesión, también subió al cerro. Esa noche lo velaron, y allí vieron a una mujer y dos niños que lloraban inconsolables junto al cadáver. “Ella es su mujer; los niños, sus hijos” – dijo un viejo que como pudo había llegado hasta allí.

A la mañana siguiente, más arriba de la cueva, fue enterrado el hombre que fuera el terror de los hacendados y protector de los pobres de la época. Tres días después el traidor fue encontrado colgando de un algarrobo, con un papel en el pecho que decía: ¡Tu muerte no nos consuela, sólo nos alegra!

Tras este suceso, los gobernadores renunciaron a sus cargos y huyeron con su familia hacia la ciudad. Nunca más se supo de ellos. El grupo de bandoleros, sin su jefe natural, se dispersó al poco tiempo. Alguna de esa gente fue asimilada por otros grupos del norte.

Con el correr de los años surgió la creencia de que en ese algarrobo, " el Sin Sangre" se aparecía en las noches de luna y vagaba en su negro caballo. Tantas veces entre el miedo y la admiración, escuché esta historia de los viejos que sentados en la vereda, en esas oscuras noches santarroseñas, hablaban del "Sin Sangre", y en mi imaginación de niño lo veía pasar al trote por las polvorientas calles de mi pueblo, acompañado de sus hombres; con su sombrero a la pedrada, su revolver al cinto, su machete colgado en la montura de su caballo y su 30 – 30 sobre sus piernas tomada con la mano derecha y en la izquierda las riendas de su hermoso corcel.

A más de cien años de su muerte la imagen de aquel hombre en su caballo recorre desde **Santa Rosa** hasta su cueva, clamando por su pueblo y por una justicia social que aún no llega.

Un día la ignorancia, esa asesina de la historia, cobijada en la mente de algunas autoridades, mandó en el año de 1986 que aquel algarrobo fuera cortado. Se destruyó así el único aunque mudo testigo de un pasaje de la vida de mi pueblo, hoy ya casi olvidado. Pero como si la naturaleza se coludiera con misteriosas fuerzas ocultas, para en último intento salvar a la misma historia, en ese lugar, unos años después, volvió a nacer, quizá de la semilla del de antaño, otro algarrobo que hoy espero crezca para volver a ser niño y ver en él al famoso "bandolero de los pobres".

EL MAQUIAVELLO

EL CERRO

Es antológico el temor de los lugareños al cerro Maquiavello. Siempre quise averiguar el por qué, pero nadie me daba razón de ese generalizado miedo que infundía este Apu milenario, que solitario, y en fingida inocencia, se yergue en medio de las pampas de Chérrepe a prudente distancia de otros cerros que, con sentido desprecio a ese, se hermanan en solidarios desafectos, circundándolo cautelosos, encerrándolo como para contener el maléfico proceder de un irracional hermano que históricamente mal procedió contra los hombres del lugar.

Su color grisáceo, casi oscuro, es como presagio de maldad escondida; presentimiento que se acentúa al amparo del amarillento suelo sobre el que se levanta; y en donde sus inmensas llanuras lúgubres parecen resignadas a soportar, en sus sutilmente sinuosas formas, semejante sino indeseado; las que, a la luz del sol y al soplar del tibio viento de las tardes, levantan pequeñas ventiscas de polvo y arena, que pareciera que sueltan en ellas holgazanes bostezos, regurgitando resacas ancestrales indigeridas.

Aún hasta hoy existe un respeto silencioso de la gente del pueblo hacia ese cerro; hasta podría decirse que calladamente se le teme. Creo que muy pocos se atreverían a subir a él; a escalar su curiosa forma, la que inmutable y obesa parece sentarse soñolienta, simulando reposar una siesta milenaria; mientras a sus costados, otros cerros se levantan cual manos juntas hacia el infinito; implorando quizá, sentidas letanías por ofensas proferidas a Dios y a los hombres; o tal vez, rezando interminables rosarios de eternos

Padres Nuestros, suplicando perdón al cielo por el voluntario extravío del aciago hermano.

Qué lugareño no habrá sido testigo de esas ilusiones ópticas que, en forma de luz fulgurante, suelen rodear al Maquiavello en las impredecibles noches de plenilunio, y que tantas veces confunde y extravía a los que por allí transitan, o también hacen creer a los veraneantes de la Bocana que algún auto va hacia ese destino.

Desde la antigüedad, este cerro fue considerado morada del diablo, y que en asociación consentida se constituyó en símbolo terreno del mal.

Dicen que, antiguamente, su tamaño y forma, por lo grande y fiera, eran tan impresionantes como tenebrosas; y que los dioses nativos, cansados de sus maldades, y en ritualístico acto pagano, lo redujeron a su expresión actual, para que con él, su maldad fuera también reducida.

LA HACIENDA SANTA ROSA

Saliendo del centro poblado Alto San Ildefonso, en dirección noroeste y siguiendo la cuenca del río Chamán, hasta fines del siglo XIX, existía una hacienda llamada **Santa Rosa**; nombre que no guarda ninguna relación con el centro poblado existente en estos días. Documentos antiguos testimonian que su nombre exacto fue **Santa Rosa** de los Etanos, aunque más se lo recuerda como Los Etanos; probablemente por haber sido los del pueblo de Eten los que roturaron, pioneros, esas tierras.

De esta hacienda no se tiene, ni siquiera, vestigios de su existencia pasada, casi mítica; a no ser por lo que siempre aparecía junto al Cerro Maquiavello en los antiguos mapas elaborados en el

mencionado siglo; y que fue lo que motivó mi curiosidad por investigar lo ahora ya investigado.

Debió ser un importante referente de ubicación; o subyugante tal vez su presencia, para haber merecido el honor de, junto al enigmático cerro Maquiavello, estar siempre presente en la cartografía nacional de esa época; aunque es preciso señalar que de este último, el Instituto Geográfico del Perú sigue dejando expresa constancia de su presencia, en los nuevos mapas elaborados con el moderno sistema de aerofotografía satelital.

Comentan que en esa hacienda se sembraba algodón, maíz y trigo; y que sus campos florecían ininterrumpida y misteriosamente todos los meses del año, no importando si la época fuera de abundancia o escasez de agua.

No se sabe que pasó con ella, pero por las evidencias bibliográficas se deduce que probablemente existió hasta el primer cuarto del siglo XX, en que las “lluvias del 25”, como se solía llamar al “fenómeno del niño” en esa época, y a los inseparables desbordes del río Chamán, que por esos años azotó esta parte del norte peruano, fueron los que terminaron por sepultar su existencia física pasada. Aunque para algunos no fue ésta la causa de su apocalipsis; si no, un patético y conmovedor episodio, que un loco vagabundo contaba por esos tiempos; tal como en la antigua Grecia, un pobre ciego y de precario aspecto llamado Homero contaba, a manera de rapsodias, las gestas helénicas tras los muros de Troya, recogidas luego en sus inmortales obras: La Iliada y la Odisea

Datos sueltos, una historia contada a medias e investigaciones bibliográficas posteriores, me permitieron estructurar este cuento, entre macabro y piadoso.

LA HISTORIA NO CONTADA

La exuberante riqueza, el inhumano y despiadado abuso que cometieron muchos de los hacendados con los campesinos, en el proceso de formación del latifundio peruano, allá por la segunda mitad del siglo XIX; hizo que los nativos asociaran, a éstos, con pactos diabólicos; mediante los cuales los protagonistas recibían riquezas materiales a cambio de entregar, periódicamente, al diablo, almas buenas, nobles y ligadas afectivamente a ellos; y cuyo objetivo era resquebrajar el Bien encarnado en Dios.

La casa hacienda en referencia se ubicaba casi al final y a las faldas del cerro Catalina; como a cinco kilómetros del cerro Maquiavello.

Sus ventanales marrones tenían, como fondo simulante, azuladas cortinas de suave terciopelo. Sus barrotes de fierro fundido llevaban, en medio de sus estructuras, figuras de extraños y dantescos rostros; que se antojaban fieros y malévulos guardianes de los secretos más escondidos de sus misteriosos habitantes,

Las paredes de la casa eran tan blancas, que contrastaban con las negras historias que de ella referían propios y extraños a la hacienda; a tal punto que hasta parecía haber sido pintada en burlona y preconcebida ironía; o para despistar, con ese simbólico mensaje de pureza, lo innoble de su origen.

Gruesos listones cuadrados de madera sostenían desde las esquinas y en medio, altos corredores de barandas; cuyo entarimado, orgulloso, parecía no querer pisar tierra, y a la que sólo bajaba a través de una cuadrilátera lengua de anchas gradas, también de madera, que reseca crujía al paso de las altas botas de

cuero negro del patrón, de quien se decía, tenía uno de esos malévolos compromisos.

Sólo se recuerda que se llamaba Manuel. Tenía éste una mirada tan penetrante y fría, que parecía haber sido tallada en mármol por la imperturbabilidad y el color blanco pálido de su rostro; el que se acentuaba por la impecable blancura de la ropa que usaba y por el sombrero de pana, también blanco, con el que cubría del sol su rostro.

Tenía como esposa a una bella mujer; cuya hermosura, solemne y lánguida, parecía haber sido arrancada de algún óleo barroco del flamenco Peter Paulus Rubens, sólo para atenuar la fiereza e inmutabilidad del rostro del marido. A ella casi nunca se le podía ver fuera de su casa, sino acompañada de este impenetrable hombre o de la doméstica india que atendía al hogar.

Un pequeño hijo, de ademanes finos, agraciado rostro, algo juguetón y perfectamente vestido, era el propietario de la única sonrisa que en ese lugar podía apreciarse.

Para nadie más estaba permitido entrar a la casa, salvo para un fiel e incondicional hombre, al que podía considerársele como un familiar más, aunque sin vínculos sanguíneos ni parecido físico que pudieran testimoniar alguna familiaridad. Era más bien este hombre de tez morena, algo de quince años menor que él. Lo había visto crecer cuando él era ya casi un joven. Con los años fue creciendo su lealtad al patrón, estableciéndose entre ambos un cariño recíproco indestructible; algo raro en él, que parecía no querer a nadie. Dicen que el patrón vino de la sierra donde su padre tuvo una hacienda; y que éste lo había criado casi como a un hijo; cuando el niño, junto a

otros hermanos mayores, quedó huérfano y bajo el amparo de su familia.

Lorenzo, como así se llamaba su fiel servidor; se había convertido, con el paso del tiempo, en un hombre muy fuerte. Dentro de su musculosa figura, y como contraste a la de don Manuel, se encerraba un alma llena de nobles sentimientos.

Sentía don Manuel por este hombre un gran afecto, pero más grande aún era el que el Lencho le profesaba al taita Manuel. Hubiera sido capaz de entregar su propia vida, si éste se lo hubiera pedido. Se había convertido con el paso del tiempo, en sus ojos y oídos; leal y mudo confidente de sus penas y alegrías; instrumento y brazo hacedor de sus cotidianos quehaceres y caprichos.

Producto de su satánico compromiso y al desenfrenado apetito del diablo por almas buenas; un día éste le solicitó, al pie del cerro Maquiavello, en donde se reunían siempre, la vida del Lencho. Don Manuel se rehusó rotundamente.

- ¡No, a él no! - había dicho don Manuel.
- ¡A él lo quiero! - replicó tajante el diablo.
- ¡Por favor, a él no puedo entregártelo, es como un hijo!
- ¡Bien!, Si no es él, entonces tendrás que entregarme a tu esposa. Recuerda que puedo llevarlos sin tu consentimiento, pero prefiero que seas tú quien me los entregue. ¡O Lencho, o tu esposa!
- ¡Por favor, no toques a los míos, ya bastante te he dado!
- ¡No lo suficiente para lo que yo te he dado! Las condiciones fueron claras y tú aceptaste ¡O él, o tu esposa! No hay otra alternativa. Tienes hasta las doce de la noche del día de mañana para que lo pienses; a esa hora estaré en tu casa. - Así repuso enfático el diablo, al tiempo que desaparecía

Don Manuel se quedó solo y allí, también solo, lloró su pena. Su llanto, entre el sonido del viento, se asomaba a queja, a ruego y a lamento. Su rostro ya no era el del frío hombre de voluntad férrea y actitudes casi inhumanas; se había convertido en un rostro triste, cuyo mensaje era preludio de llanto o quizá de muerte.

Al regresar a su casa, encontró a su mujer tejiendo algo y tuvo vergüenza; la saludó escondiendo la mirada y luego le dijo:

- ¡Debes descansar mujer! ¿Y mi hijo? ¿Ya duerme?
- ¡Sí; te estuvo esperando! - la esposa se paró, le dio un beso en la mejilla -. Hasta mañana, le dijo, y luego caminó a su dormitorio.
- ¡Hasta mañana! ¡Ya regreso! ¡Voy a ver al Lencho!

Al salir, lo vio; estaba parado muy cerca de la puerta; caminó hacia él. Lencho notó su tristeza en seguida.

- ¡Buenas noches patrón! ¿Qué pue tiene questá tan triste? ¿Cuál es su pena? ¡Cuéntemelo que no puedo verlo sufrir! – le dijo el Lencho.

- Vamos a caminar hijo. No sé qué hacer; sólo la muerte podrá liberar mi tormento en vida y aún con ella seguiré pagando mi culpa en el mas allá.

- No diga eso patrón; usted tiene una familia, tiene sus tierras y mucho dinero. ¿Qué lo que lo puede afligir si lo tiene todo?

- Soy dueño de todo y de nada Lencho. Hoy estoy pagando las consecuencias de mi ambición. Sólo a ti puedo contarte mi desgracia. No hay nada de mi vida que tu no lo sepas y este dolor que llevo por dentro, quiero que seas el único y el primero en conocerlo.

- Hable nomá patrón que mi cuerpo será la tumba en la que usted enterrará su secreto. –dijo el Lencho.

- Solamente tu conoces lo de mi pacto con el diablo. Hoy me ha pedido el alma de mi esposa; yo me he negado; tengo plazo hasta mañana a las doce de la noche para entregarla.

- ¡Qui cosa patrón! ¡Ta cojudo el diablo! ¡Eso si que no lo voy a permitir! Si de eso se trata, aquistá mi brazo, mi machete, mi cuerpo y mi detente de taita Dios pa' con el mismo diablo enfrentarme y le juro por mi vida que lo venzo. Descuide patrón; duerma tranquilo que desde mañana yo hago ronda en su misma puerta y usted proteja las otras y las ventanas con cruces, que del Shapingo yo me encargo. Vaya nomás patrón, descanse, nada malo le va a pasar.

Siguieron conversando algún momento más y luego se despidieron

- Hasta mañana Lencho. Gracias por todo.

- No es nada patrón, que descanse. Hasta mañana. Y no se preocupe, que temprano ya le tengo preparadas las cruces de chante para las puertas y ventanas.

A la mañana siguiente la patrona amaneció con fiebre, probablemente como aviso del diablo para que el patrón no piense que no podía llevar a cabo su promesa. Don Manuel llamó a la empleada y le dijo: ¡Ponle unos paños de alcohol en la frente para que le baje la fiebre, pronto le va ha pasar! – lo dijo tratando de controlar el sufrimiento y miedo que amenazaban desbocarse en cualquier momento. ¡Ya regreso! ¡Voy a buscar al Lencho!.

Cuando hubo salido, ya el Lencho venía con un atado bajo el brazo.

Al estar frente a frente, don Manuel le dijo:

- Mi mujer ha amanecido con fiebre. Tengo miedo Lencho.

- No tenga miedo patrón, esto lo hace para que usted se acobarde y ceda. ¡Debe ser fuerte! Aquistán las cruces que le prometí, son pa' que los ponga en las ventanas y en las puertas de su casa patrón,

les he puesto agua bendita que mi hermana me regaló de la iglesia del pueblo; póngalas nomás, verá que no entra el Shapingo. Si usted se arrepentiu, confíe en Taita Dios; El perdona todo. Tómelas, póngalas usted mismo, yo voy a dar de comer a los animales. No se preocupe, el diablo no va a venir en el día; si viene, viene de noche.

- Sí Lencho, ve nomás, gracias por todo. Adiós.

Desde las ocho de la noche de ese día, el Lencho se convirtió en el guardián de la casa del patrón. Dos machetes desenvainados sujetaban sus toscas y fuertes manos. Su cuerpo cubierto con su habitual ropa de campesino; y despistando su atlética figura, un poncho marrón andino. En su cabeza un sombrero a la pedrada. Una bolsa de coca, con una botella de cañazo adentro, cruzaba desde el hombro su ancho torso. Esa noche llovió como nunca; la tierra, con el ir y venir de las ojotas del Lencho, en sus pies, se había convertido en una masa espesa, deforme y resbaladiza de barro arcilloso.

A eso de las doce de la noche fuertes ráfagas de aire sulfurado trataban de penetrar la casa; y allí el Lencho, delante de la puerta, en actitud desafiante y decidida gritaba: ¡Shapingo e'mierda, a mi patrona no te la llevas; pa' eso estoy yo carajo; ven si quieres de hombri a hombri ¡Malnacidu! ¡Vive Dios!. -Así repetía continuamente el Lencho al tiempo que hacía chocar en el aire sus machetes; y que a la sombra de la noche relampagueaban por el roce de los metales. Fueron siete noches enteras de intensas luchas entre el Bien encarnado en Lencho y el Mal en el diablo, pero nadie cedía; ambos habían momentáneamente equiparado sus fuerzas.

El tiempo pasaba, y si bien la salud de la patrona no empeoró, tampoco mejoró; en cambio la del Lencho se agotaba con cada día

que pasaba. Su cuerpo, por más fuerte que era, se iba resintiendo con el transcurrir de los días. Alrededor de sus ojos, como un prelude de muerte, se fueron dibujando unas ojeras tenebrosas, al tiempo que su rostro, al palidecer, parecía ir perdiendo la confianza en sí mismo; su cuerpo se iba debilitando, por más que lo alimentaba.

En el día casi no dormía, estaba ensimismado en sus luchas nocturnas; la creciente desconfianza en su triunfo le preocupaba tanto que no lo dejaba descansar; la seguridad inicial de vencer al demonio se diluía en el crisol eterno del tiempo; en donde, como todo lo existente, también se diluye el hombre.

Esto lo comprendió muy bien don Manuel, él sabía que su derrota era cuestión de tiempo y esto lo desesperaba y entristecía; tenía que tomar una decisión urgente; toda su familia corría el riesgo de morir al amparo de ese infame pacto; y muy a su pesar, no tuvo más remedio que comprometer esa noche un encuentro con el diablo. La reunión se desarrolló a las diez de la noche y siempre en las pampas de Chérrepe, a las faldas del cerro Maquiavello, algo alejado de la casa hacienda; al frente de un horizonte largo de trigo que, en el día, a la luz sol, amarillaba, meciéndose al unísono y en tenue danza, al impulso del suave viento que agitaba sus doradas espigas, próximas a cosechar.

Tal vez con este encuentro, don Manuel quiso ganar algo de tiempo, alargar la situación y permitir que se reponga el Lencho; o quizá, transar una salida menos dolorosa que la entrega de su mujer; él era un buen negociador y no importaba si ese día, lo haría con el diablo.

Al llegar a la cita, Satanás le dijo:

- ¡No has honrado tu pacto Manuel, el Lencho es fuerte y muy valiente en verdad, pero va a caer, es sólo un humano, sabes que su derrota y la tuya es cuestión de días y aún así te niegas a cumplir tu compromiso ¿Qué pretendes?

- ¡Solamente defender lo mío! Si bien me lo has dado todo, tampoco me puedes acusar de desleal; también te he dado lo que me has pedido; lo único que te pido es que no me quites lo que más quiero; si tanto es tu sed de almas, llévame a mí, pero deja tranquila a mi familia.

- ¡No Manuel, a ti ya te tengo! Entrégame al Lencho ¿O prefieres darme a tu esposa?

Don Manuel palideció pero se repuso luego, no había otra alternativa, tenía que tomar una decisión y la tomó en segundos. Sí su vida no valía para este caso, tenía que entregar a quien había defendido lo que el no pudo defender; no le quedaba otra salida, aunque con ella sabía que comenzaría a morir aún antes de su muerte. Iba a hacer de esa entrega lo más cobarde que jamás había hecho, porque lo haría a espaldas del hombre que estaba en su casa, defendiendo la vida de la mujer que él amaba.

- ¡Está bien! Pero con una condición, dijo Don Manuel

- ¿Cuál es esa condición - respondió el diablo

- Que con la vida del Lencho termine nuestro pacto; ni mi vida ni la de los míos te pertenecerán más, de ahí en adelante.

- ¡Bien, acepto lo que propones; me parece justo; trato hecho! - dijo el diablo.

Así, diablo y hacendado acordaron la entrega de una vida que no les pertenecía; la vida del buen Lencho.

- ¡Mañana, a esta misma hora, en ese trigal del frente estará una yunta uncida, hasta ahí debes llevar al Lencho; lo quiero desarmado, sin machete ni dagas; sin coca, sin cañazo. Tú me lo dejas allí, y yo me encargo del resto. Nuestro pacto terminará en ese momento y en ese lugar.

El diablo desapareció, y don Manuel se quedó solo. Después de un momento fue hasta su caballo, lo montó y tomó el rumbo de regreso. Todo el camino lloró su traición, le dolía en el alma. Hubiera dado todo para que el tiempo se detenga, pero éste pasaba inexorablemente rápido. Imbuido en su melancolía, pronto divisó la hacienda y tuvo miedo seguir. Se paró un momento, prendió un cigarro para con el humo ahogar su propio martirio, pero no pudo; resignado avanzó decidido.

Cuando don Manuel llegó a su casa, encontró al Lencho caminando vigilante como siempre, pero se le veía muy cansado; su rostro demacrado evidenciaba una insufrible fatiga, hubiera preferido no encontrarlo, tenía vergüenza de su alevosa traición.

- ¡Buenas noches patrón! ¿De dónde pue' viene tan tarde? -le dijo el Lencho

- ¡De dar un paseo! ¿Y aquí? ¿Cómo va todo?

- ¡Acá patrón, ta' todo tranquilo? Medio raro esta todo esto patrón; muy calmau estel tiempo. Algo malo parece que va a pasar; su familia duerme tranquila; el Shapingo no siapareciu to' la noche. Se habrá amariconao el mierda?

- ¡Seguro Lencho, seguro! ¡Bien, como todo está tranquilo, llama a un hombre para que te acompañe y tú puedas descansar! ¡Hasta mañana! Estoy muy agotado, voy a dormir.

- Hasta mañana patrón, que descanse, buenas noches.

Toda la noche don Manuel no pudo dormir, estuvo en su cuarto, solo, muy triste, rumiando su tristeza y llorando lo que al día siguiente consumiría con el diablo.

Por la mañana del día siguiente, don Manuel no salió de su habitación; no fue sino hasta la tarde que lo hizo; no pudo ni comer; su dolor le ardía tanto por dentro, que parecía como si llevara el mismo infierno en su cuerpo. Como a las ocho de la noche fue que vio desde la ventana de su cuarto al Lencho, estaba parado frente a su puerta; estaba listo para defender, de la ambición del demonio, la vida de su familia; y don Manuel volvió a llorar. Lloró solo su pena al tiempo que en su mente repetía: "Perdóname Lencho, lo hago por mi familia"

Cuando ya oscurecía, el patrón salió de su cuarto con el fuste en la mano, llegó hasta el corredor de la casa, entonces llamó al Lencho y le dijo:

- Lencho alista mi caballo voy a dar un paseo por el trigal.
- Si patrón, orita lo traigo.

Y el Lencho salió en busca del caballo del patrón. Al poco rato venía ya con el animal; lo atraía jalándolo de las riendas borladas de plata.

- ¡Aquístá patrón! ¿No quedará usted que lo acompañe?
- ¡No Lencho, no es necesario! Mejor quédate cuidando la casa.
- Está bien patrón. No tarde, cúidese.

Con esa salida, Don Manuel justificaría el engaño para hacer salir más tarde al Lencho con algún pretexto.

Como a las nueve de la noche regresó el patrón del supuesto paseo; llamó apresuradamente al Lencho y le dijo:

- Alístate, ensilla tu caballo; me han informado que una yunta ha entrado al trigal, al frente del cerro Maquiavello; vamos a sacarla

contigo. No quiero que lleves machete ni cuchillo; tampoco coca ni cañazo; solo yo voy armado; eso sí, lleva tu detente de taita Dios, pónitelo bajo tu faja y cúbrete con tu poncho.

Esa imagen sagrada, la fortaleza y valentía de su fiel trabajador, eran las últimas aunque remotas esperanzas a las que se aferraba don Manuel, en un intuitivo y desesperado intento de búsqueda de indulgencia, para salvar esa vida que entregaba, y así atenuar una culpa que cargaría hasta la muerte y aún después de ella.

- Sí patrón como usted mande – contestó el Lencho, que salió presuroso en busca de su caballo.

Al poco rato, ya regresaba el Lencho montado en un brioso alazán.

- Ya patrón, nos vamos; aquí se queda cuidando el José; él es un cholo fuerte y no le tiene miedo ni al diablo.

Patrón y empleado salieron algo más de las diez de la noche. Caminaron juntos al lugar convenido por el diablo y don Manuel la noche anterior.

En el cielo oscuro, solo densas nubes cargadas se movían lentas en el espacio; ni una estrella brillaba; la noche había dejado de ser el firmamento de fiesta, de crepitaciones y titilantes astros, para convertirse solo en oscuro presagio de muerte. La luna llena, con sus nebulosas figuras en su esférico pecho, serían testigos de macabra y sucia entrega. Todo eso en el cielo; y en la tierra el viento silbaba, en tono trágico, finísima y tenebrosa armonía fatídica de fúnebres compases.

Al llegar al lugar, efectivamente estaba allí, en medio del trigal, una yunta de dos bueyes negros como la maldad del diablo. Estaba uncida con un yugo tan imponente como ellas mismas. La noche, cubierta de negro manto, encerraba un misterio que podía haber

congelado el alma del hombre más duro de la tierra. De las narices de los toros salía un vapor de aire que, al contacto con el frío del anochecer, se dibujaban como condensadas lenguas de fuego blanco, mientras que en sus ojos rojos relampagueaban odios escondidos tratando de salir. Las patas de las yuntas rascaban destructoras el suelo, mientras sus cabezas se balanceaban en un vaivén ondulado, casi horizontal; tan retador, que hasta el mismo patrón, hombre duro, tembló de miedo.

Ambos bajaron de sus caballos; entonces fue cuando el patrón habló lacónico, casi a punto de soltar el llanto:

- ¡Ven Lencho, quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí! – lo abrazó tan fuerte como queriendo expresar en ese abrazo todo su afecto, y expulsar en él su vergüenza e impotencia por la traición cometida.

Al soltarse y mirarlo de frente, por lo oscuro de la noche, Lencho no vio del patrón sus lágrimas, pero las percibió y las imaginó resbalando en las mejillas, y en su inocencia no comprendió el significado vergonzante de ellas; solo atinó a decir:

- No llore patrón, orita mesmo saco esas bestias y las llevamos pal corral de la casa pa' que le paguen el daño; no debe ser gran cosa lo que han hecho patroncito; orita nomás vuelvo.

- ¡Ve hijo y perdóname!

El Lencho saltó la acequia de un tranco, caminó trotón sobre los bordos, luego entró al trigal casi seco; llegó a pocos metros de las bestias; se sacó el sombrero, lo dobló en una mano y abriendo los brazos las comenzó a rodear al tiempo que gritaba:

- ¡Sooo mierdas! Afuera carajo, esto no es a medias con tu dueño; agradézcanle al patrón que no he traiu mi machete, sino orita mesmo las pelu, carajo ¡Abráse visto!

Las bestias se replegaron un poco meciéndose; el Lencho siguió rodeándolas, quería colocarse tras ellas y echarlas del trigal hacia el camino, pero las bestias daban vuelta retrocediendo. Cuando ya se había acercado casi a un metro de ellas y al ponerse a su costado, las bestias volvieron sus cabezas hacia él; y en sus ojos centelleantes, el Lencho, vio la figura del demonio, al mismo tiempo que en el aire se dibuja repentinamente una especie de neblina espesa, que como una nube envolvió al hombre y las bestias.

El Lencho al comprender la traición gritó:

- ¿Por quí patrón? ¿Por quí mia entregau así? ¿Tan poco lei valiu? ¡Ayudeme patroncito! ¡Alcánceme su machete pa' llevarme al Shapingo malo!. ¡Taita Manuel, ayúdeme, por el amor a Dios, ayúdeme por favor!

Después de la sorpresa inicial, contaban que el Lencho se enfrentó al diablo en una tenaz y desigual lucha. El Lencho sacó en el aire su detente de bajo la faja, lo colocó al cuello y solo, con su fuerza y valentía, se enfrentó al diablo en furibunda lid. La lucha, aunque desigual, fue cruenta. En el espacio rugían truenos ensordecedores acompañados de relámpagos que como saetas se clavaban desgarrando la oscura noche, hiriéndola de muerte sólo por contados segundos.

Una torrencial lluvia regó las pampas que rodean al Maquiavello, como si el cielo hubiera querido con su llanto, enfriar odios incandescentes no dispuestos a cejar. En el vientre del cerro,

retumbaban guturales y macabros gritos de víctimas pasadas que, en su dolor, sonaban como arengas tácitas al Lencho.

En el cielo nuevos relámpagos se cruzaban presurosos en un ir y venir incesante, desordenado, casi loco; y que como espadas de luz y fuego, de apocalípticos jinetes, parecían batirse en duelo aparte con las tinieblas de la noche.

Dentro de la nube cómplice se escuchaba desgarradores gritos en el combatir de dos titanes; ansioso, ambos, por derrotar al contrincante. La masa espesa que los había cubierto ascendía lentamente hasta el cerro, donde la boca de una cueva angustiada, esperaba abierta para llevar hasta las oscuras entrañas del cerro y digerir en ellas, otra alma tan noble como las que adentro yacían sufriendo compromisos ajenos; como leños y alimento para seguir perpetuando el mal.

Cerca de esa boca, un árbol seco, fantasmal por solitario y triste, se levantaba inclinado hacia adelante, como en actitud decidida de suicidio anhelado; parecía no querer ser ya más, mudo testigo de esa incruenta cárcel de cuerpos y almas a la que fue obligado a contemplar. Su pena era grande, y se había hecho viejo sin serlo. Sus pocas hojas en un otoño cayeron; las que debieron venir en primavera se olvidaron de él y nunca más llegaron a sus ramas; desnudo y lacónico vivió esos años. Siendo árbol se hizo mendigo, al que no cubría ni siquiera un harapo de viejas hojas. Hasta allí subió la nube y de pronto antes de entrar a la cueva se quedó atrapada, prendida en ese espacio, encerrando en ella también al viejo árbol; a él se había aferrado con brazos y piernas el Lencho para evitar ser introducido a la cueva.

El diablo trataba vanamente de arrancarlo de su posición. Los gritos de impotencia del diablo y de dolor desgarrador del Lencho, se replicaban en el eco de los cerros. Los sentimientos encontrados de los contrincantes se escuchaban macabros en las pampas de Chérrepe; la sinfonía inicial de gritos de combate, habíase cambiado por la de lamentos e impotencia de los combatientes.

Don Manuel, abajo, al darse cuenta de la nueva situación reaccionó, dio la vuelta y en su caballo regresó hasta la casa hacienda.

El negro corcel cortaba el aire devorando, goloso, largas distancias al sentir que el fute, en la mano de don Manuel, golpeaba sus ancas; castigo innecesario, el también quería al Lencho. El también supo de sus buenos sentimientos. De él recibió cuidados y alimento día a día, y él sin poder corresponder tanto aprecio. La vida quiso darle esa oportunidad y en ese momento, su enervado cuerpo vibró de felicidad; su aristocrática silueta pareció una sombra centellante, una ráfaga que cruzó en contados minutos la llanura inmensa.

El Patrón hizo llamar a unos peones e informó sobre el suceso, omitiendo su traición. Envió emisarios hasta Chérrepe para contratar brujos y alzadores, hombres fuertes y valientes para rescatar al Lencho.

Pronto reunieron un grupo como de quince voluntarios, entre ellos un curioso en el arte de la brujería y dos ayudantes que salieron presurosos a paso ligero.

Una hora después, el primer grupo ya estaba llegando al Cerro Maquiavello. Rezaron primero, lanzaron luego maldiciones al diablo y dieron fuerzas al Lencho.

Más tarde vino de dirección opuesta, procedente de Chérrepe, otro nutrido grupo, guiados por los emisarios enviados; estaban al

mando de dos brujos y sus respectivos alzadores; todos ellos armados con machetes, cuchillos, dagas, sogas; así como de crucifijos de madera colgados de sus cuellos, iban sin más alimento que coca, mishquina, cañazo y cal. Estos últimos, con más arte que los primeros, iniciaron un rezo cristiano primero, luego danzaron alrededor del Maquiavello, le pidieron permiso y le dieron como “pago” a ese “Apu” ofrendas de coca, cañazo y maíz. Juntos a los otros continuaron el ritual contra el diablo. Cánticos y danzas paganas animaban a los alzadores, que, inhalando brebajes, chachando coca y mishquina, arrojaban con sus manos sal y agua bendita al aire enrarecido y frío.

Los brujos, levantando sus “Palos chonta” y “Palos sangre”, danzaban concentrados, escupían cañazo por el aire y maldiciones al Shapingo. Subían, bajaban, volvían a subir de a pocos; tanteaban la magnitud de la ira del cerro poseído por el mal; iban cautelosos midiendo fuerzas con el diablo.

Como a las cuatro de la mañana llegó otro grupo de apoyo y el ritual se hizo tan ensordecedor, que llegó hasta los oídos del Lencho, quien sintiéndose desfallecer retomó nuevas fuerzas y se aferró aún más fuerte al árbol, que parecía querer ser arrancado por la furia del diablo y la tenacidad del Lencho.

En forma coordinada los brujos iniciaron una sesión unificada de shamanería, que simultáneamente y en disonantes cánticos desplegaron sus artes para vencer al demonio. Trabajaron como hasta las cinco. El diablo no cedía, los hombres tampoco; y el Lencho aferrado tampoco quiso ceder, tenía fe en los hombres. Como a las seis de la mañana una muchedumbre caminaba por las pampas; nativos y mestizos avisados por emisarios llegaban de

diferentes sitios, y en mancomuni3n de sentimientos solidarios trataban de arrancar, con esfuerzo conjunto, al Lencho de las garras del diablo. Rezaron y cantaron himnos de alabanzas a Dios hasta entrado el d3a, cuando el sol ya asomaba su silueta rojiza. Fue en ese momento que la nube comienza a disiparse muy lentamente. Los brujos y la gente del pueblo comprendieron que las fuerzas se inclinaban a su favor y de sus debilitados m3sculos extrajeron los 3ltimos esfuerzos.

Como a las ocho de la ma3ana la nube ya hab3a desaparecido, dejando ver al Lencho que abrazado al 3rbol se aferraba a la vida aunque ya moribundo; su ropa era solo tirones rojos, su cuerpo sangraba entre las heridas, que como tajos part3an su carne; sus ojos desorbitados parec3an querer salirse de sus fosas; su pelo, apelmazado por la sangre, cubr3a parte de su frente. En su cuello, colgado hacia su espalda, el detente con la imagen de taita Dios.

Todos juntos hab3an vencido al mal en un combate en donde, con la ayuda de Dios, un hombre, su pueblo y el diablo fueron los protagonistas principales de una 3pica y memorable batalla entre el bien y el mal. El escenario: el cerro Maquiavello.

Los brujos quisieron deshacer el abrazo salvador, pero parec3a que hombre y 3rbol se hab3an fundido en uno; ambos quisieron huir de su destino involuntario aferr3ndose uno al otro; todos los esfuerzos fueron vanos. A los hombres no les qued3 m3s remedio que cortar el 3rbol y desgajar sus escu3lidas y desnudas ramas. As3, con el Lencho prendido sobre 3l, se inici3 el camino del descenso, en procesi3n, entre c3nticos, alabanzas del pueblo e intermitentes y lastimeras quejas el moribundo:

“¡El patrón miaentregau, pobrecito, no quiso que el Shapingo se llevara a su mujer! ¡Perdónalu taita Dios, perdónalu! ¡El patrón miaentregau!”. Así repetía lastimero en el camino el Lencho; su queja arrancaba llantos a los hombres. Su débil voz se ahogaba entre los cantos del peregrinaje salvador. Al llegar frente al trigal, donde se iniciara la lucha, el Lencho se desvaneció y cayó al deshacerse el abrazo entre hombre y árbol; ese árbol que un día fue instrumento de Dios y no permitió que el diablo se llevara al Lencho en cuerpo y alma.

EPITAFIAL

Ese día por la noche, en un rincón casi oscuro de un húmedo cuarto, tres velas lo alumbran en actitud mística. En ese rincón, echado sobre una pellonera y cubierto por una manta, un hombre estaba muriendo. Siete mujeres ataviadas de mantos negros sobre sus cabezas y hombros, con un rosario en la mano, murmuran casi cantando sendos Padres Nuestros y Ave Marías; los repiten una y otra vez en un lenguaje que quería ser castellano. Afuera del cuarto siete hombres, sobre una manta, chacchaban pacientes y concentrados su coca. En sus cabezas, raídos sombreros de paja tratan, sin lograrlo, de esconder su tristeza; sobre sus cuerpos mantas marrones los cubren del frío de la noche; hasta ahí también llegan, como una queja lastimera, las palabras del Lencho y ellos lloran:

“¡El patrón miaentregau; pobrecito, perdónalo taita Dios; no quería que el diablo se lleve a su mujer!”. Y de sus ojos cerrados brotan lágrimas de dolor y pena que resbalan por sus mejillas cetrinas.

En la hacienda Don Manuel, también, al igual que las mujeres del cuarto húmedo, tiene un rosario entre sus manos; él está de rodillas en un reclinatorio ante la imagen del corazón de Jesús, en permanente acto de contrición por la ofensa inflingida a Dios y a los hombres. Allí se le ve día y noche, ya no sale de la casa, se ha tornado solitario, huraño y místico. El trigal se ha secado misteriosamente; está abandonado; su mujer y el niño han partido a la ciudad. Los peones casi todos han huido por temor y de pobreza. El hombre se ha quedado muy solo y todos los días llora recordando al Lencho. Algunos días después fue encontrado muerto. La poca gente que quedaba en la hacienda lo veló en la miseria; lo enterraron y plantaron una cruz en el lomo delantero de tierra que cubre su fosa; inmerecido símbolo para una miserable vida.

El Lencho se ha recuperado pero perdió la razón. Se le ve vagar todos los días; camina harapiento por las pampas de Chérrepe; sus lamentos desgarran corazones y su llanto oprime el alma.

¡El patrón miaentregau! ¡Pobrecitu, no quería que el Shapingo se lleve a la niña! Así deambula llorando y pregonando la traición y entrega.

Un día cualquiera, de algunos meses después, fue encontrado muerto por unos nativos y al igual que a su patrón lo enterraron en una fosa con una cruz de humildes palos.

En los primeros días del mes de febrero de 1925, las aguas del Chamán arrasaron todo; los campos, la casa; hasta las cruces de las tumbas se las ha llevado. En la bocana, en donde el río se une con el mar, se han encontrado las dos cruces; ahí se han reunido nuevamente, dos símbolos de la pasión y muerte de unas vidas que Dios juntara y que el Diablo, perverso, separara. Las cruces, juntas,

poco a poco se van perdiendo en la inmensidad del océano; se han perdido para borrar con ellas un lacerante episodio que hirió y llenó de dolor el alma de los lugareños. Ambas cruces habían testimoniando la unidad de dos destinos que un día Dios quiso juntarlos, también después de la muerte.

Esta es una historia escondida en un lugar del alma del hombre y que duele al recordarla. Para algunos un cuento producto del desvarío de un pobre enajenado mental que llorando contaba sus alucinaciones; tal vez, magnificadas fantásicamente por el pueblo. Para otros, patética realidad, resultante de la ambición de un hombre por lo material y que en ese afán de búsqueda obsesiva de poder, no le importó el origen de su riqueza, optando por el mal, con el que se colude en asociación trágica, para su desgracia y la de los suyos; pero que sin embargo, y como pocos, con astucia, con el pueblo, y gracias a otro, tan lleno de fe y valentía, logran romper un pacto eterno de muerte.

¿Fantasía popular o patética realidad?

Riqueza, Poder; de qué sirven si envilecen al hombre y lo alejan de Dios.
(MCC)

LA TRAGEDIA DEL CHAMAN

Aunque – como decía José Ingenieros- “Una hora de bravura episódica no equivale al valor de Sócrates o de Cristo”; yo digo que esa hora puede ser tan vital, que incluso podría cambiar el curso de la historia; o tal vez, solo la vida de algunos hombres.

EL RIO

Quizá muy pocos conozcan de este impredecible y evocador río costeño. Sus aguas, como curiosas criaturas, bajan tímidas y serpenteantes desde las alturas de Chepén, hasta desembocar al mar en la llamada Bocana de Chérrepe; después de recorrer casi sesenta kilómetros desde su nacimiento cerca del pueblo de San Gregorio, en Cajamarca; desde donde las desinteresadas quebradas de La Chorroca, Los órganos, Higuérón y Los algarrobos le entregan sus cristalinas aguas, las que al bajar por su cauce riegan acariciantes, fértiles campos de la parte terminal del Valle de Jequetepeque; aplacando a su paso, también, la sed y el hambre de humildes e impacientes hombres.

Parte del pomposo, pero tan justificado, título que se le ha dado a ese valle como “Principal centro productor de arroz en el Perú” le debe a sus aguas; aunque esto pocos lo saben, pues el reconocimiento lo acapara el río Jequetepeque; tornando al Chamán casi como un desconocido. Pero esto, a él, poco parece importarle; igual sigue bregando en ese ininterrumpido ciclo hídrico generando vida en esa su misión divina, para en los meses de verano hacernos ver, tras la fulgurante luz del abrasador sol vallecano, espigas repletas de arroz que brillan refulgentes, cual oro inca acuñado por

orfebres manos artistas, en amarillas alfombras de naturaleza viva. Conscientes y pese a eso, los chepenanos sentimos justificado aunque silente orgullo por ese servicio no reconocido e ignorado.

Pero además, en un pasado casi desconocido, existe una historia de grandeza pre hispánica: La del legendario cacique Chamac; “Señor de Chérrepe”; guerrero, estadista, forjador de una majestuosa época ignorada, y al que el río le debe su nombre; fundiéndose en él, presente y pasado, naturaleza y hombre, en simbiosis de gloria que se niega a morir.

Su señorío abarcó las tierras de las actuales provincias de Ascope, Pacasmayo, Chepén, Chiclayo y la parte baja del departamento Cajamarca. Con esa historia mi orgullo se duplicaba transfigurado en vanidad mal disimulada en mi temprana juventud de los años 70; porque vi reflejada en él, la grandeza de nuestro ancestro, nuestra cultura y nuestro pueblo.

Esas aguas, frecuentemente tranquilas, forjan a su paso uno de los más hermosos y contrastantes paisajes costeros de ensoñador marco marino; de variada flora y fauna; con pantanales de lacerantes aguas que dan y protegen vidas. Altivos cerros amurallados por el hombre antiguo; desérticas pampas, donde inquietos arenales guardan mensajes cósmicos en enigmáticas figuras de hechura ancestral que, algo quieren decirnos.

Sus campos salpicados de añejos algarrobos retorcidos, y cual viejos curacas tristes, suelen darle el aspecto de escenario místico y nostálgico a tan evocador paraje de grandeza ida.

Al llegar a Pueblo Nuevo, el río lo abraza casi en semi círculo de sur a norte por su parte oriental; y sus danzarinas aguas saltan coquetas y casi en silencio, como queriendo inútilmente alcanzar las

marginales casas del pueblo que, arriba de su cauce, indiferentes se levantan.

Así lo vi siempre; inofensivo, respetuoso y tímidamente servicial; dándolo todo sin esperar nada; tan tierno y cariñoso con sus aguas, que cuando escuchaba hablar de sus desbordes y de todo el daño que ocasionó en aquel lejano 1925, me parecían exageraciones de viejos cuando lo contaban mis abuelos. Lo hice mi amigo y a través de él aprendí a amar la naturaleza y a mi pueblo. Sus aguas fueron el escenario donde abnegadas y cariñosas madres refregaban ropa y tiernecitos cuerpos de niños de sus entrañas paridos. En él, tantas veces había visto confundirse mi alegría con la de mis primeros amigos de infancia; allí los primeros amores y las bautismales desilusiones; las primeras alegrías y las iniciales tristezas juveniles. En su regazo y en el de mi madre me hice hombre; y él, siempre callado, guardando paciente y cómplice mil secretos; compartiendo mi gozo y comprendiendo tan bien mi pena, que sus aguas parecían gemir acompañando mi llanto, a veces desbordado por ilusiones e idilios muertos.

Así, a pesar de todo lo que daba, sufría la indiferencia histórica de su pueblo. Su pasado como fuente de grandeza fue borrado; el valle al que entregaba sus aguas le era indiferente; el hombre, al que servía, lo ignoraba y maltrataba; hasta las casas, desdeñosas, desde lo alto lo miraban.

Su paciencia contenida tenía ya cuarenta y siete años desde su último enojo y no soportaba más. El hombre lo había cambiado todo; ya no estaban sus antiguos y viejos dueños que lo cuidaban vigilantes y con amorosa entrega; los que le rendían adulator pero justo tributo, con el que calmaban sus locos impulsos escondidos.

¿Dónde están los grandes bosques de algarrobos y de espinos que el viejo Chámac sembrara? ¿Qué hicieron del maíz que prestas mis paternas lluvias y yo regábamos? ¿Por qué ya no se siembra lo nuestro? ¿Por qué se dañan mis suelos y me contaminan? ¿Por qué si yo les daba todo? ¡Fue muy poco para su ambición! ¡Todo lo cambiaron por dinero! Así parecía decir en su monótono murmullo, el que como lánguida queja llegaba a mis oídos.

Un día quiso demostrarle al hombre que su poder era más grande que el de ellos juntos; porque él es bendición de Dios en la Tierra; porque él no tiene pecado original; porque él nunca blasfemó de su creador y jamás lo traicionó; porque aún sigue amándolo y esperando su regreso; porque él es lealtad y respeto sin condiciones; que sentía, que vivía, que tenía alegrías y tristezas como ellos.

Ese día, escribiría su nombre en las páginas de esa historia que lo olvidó, con la indeleble tinta del dolor y la muerte.

En los primeros días de marzo, el río ya daba muestras del enojo de sus aguas y en el rostro de la gente se notaba la preocupación; pese al inútil esfuerzo por ignorarlo.

El río había traído en sus iniciales repuntes las primeras “palizadas”, una de ellas se quedó misteriosamente atrapada en un sauce que, mustio, había llorado por las tardes su solitaria y vieja existencia, junto al camino que va hacia El Milagro. Bajo las sombras de ese sauce, habían florecido, mucho antes que florecieran sus ramas, tantos amores que lo hicieron feliz. Él fue mudo testigo de sinceros y de insanos juramentos de amor; de apasionados y de embusteros besos; pero también, de tiernas y de mórbidas caricias. Al ser invadido por las aguas, el sauce sintió que el día de partir había

llegado; así lo había querido El Creador y resignado esperó el momento final; sus ya viejas raíces no resistirían por mucho tiempo; estaba casi en medio del nuevo y ancho cauce del río, que con los palos que arrastraba había formado una especie de mesa a su alrededor, mesa que más tarde sería providencial para la vida de dos actores inmersos en su tragedia.

El 10 de marzo amaneció nublado. Por la tarde de aquel fatídico día comenzó a llover torrencialmente; el cielo azuzaba malévolamente al río que loco de ira seguía subiendo su caudal. Los techos de barro y caña de las viejas casas se venían abajo por el peso de la humedad impuesta por la lluvia que los tubos de las cornisas no se daban abasto para desaguar. El agua corría por las calles, subía sobre las veredas inundando las casas; mientras hombres y mujeres con baldes trataban en vano de botar el agua a la calle; pero terca ella volvía, impetuosa, a meterse. La radio anunciaba desastres nunca vistos. La desesperación había hecho presa del pueblo; la gente lloraba, iban y venían sin saber que hacer. El descontrol era total. La Iglesia abrió sus puertas de par en par; y la gente, adentro, pedía perdón y piedad, jurando tardío arrepentimiento. Las mujeres se arremolinaban junto con sus hijos; se entregaban impotentes y desesperadas a la voluntad de Dios.

Afuera en la calle, solo se escuchaba decir: ¡Se viene el Chamán!, ¡Se viene el Chamán!, ¡Ya está por Pacanguilla! ¡A las seis de la tarde debe estar llegando por acá!

Y en el río, arriba sobre su cauce, una inusual fila de hombres cubiertos con plásticos protegiéndose de la lluvia se pararon cerca del puente de concreto, entre resignados y retadores, a esperar la llegada del Chamán...

FABIAN

Fabián Noriega pasó su vida como todos los niños de mi pueblo; en medio de un hogar humilde donde el estudio era, más que nada, una obligación mal aceptada; y el rutinario trabajo, una imperante necesidad imposible de eludir y del que dependía la existencia de la familia.

Al lado siempre de sus padres y hermanos, trabajó duro en medio de las pozas repletas de aguas, entre garbas y manojos de arroz en chacras ajenas; pescando en Chérrepe o en el río; río del que nunca imaginó que pudo ser su tumba o su liberación espiritual.

Fabián se hizo hombre siendo casi un niño. Bajo su piel bronceada fue desarrollándose una contextura muy fuerte; así le había exigido la vida y así lo fue moldeando. Aunque de baja estatura, se hizo respetar, incluso, de muchachos mayores que él.

Un día tuvo que salir del pueblo, tenía que salir de él; la pobreza allí, era más agobiante que el agobiante sol en el cenit quemando su espalda.

A los dieciséis años se presenta voluntario para servir al ejército, allá en Talara, al norte del país. Dos años después, al llegar su “baja”, parte rumbo a Lima en busca de alguna oportunidad para poder hacer algo en la vida; pero la vida le tenía reservado un camino por el que jamás imaginó peregrinar. En esa ciudad, encontró un ambiente muy distinto al de su pueblo; aprendió de hambres interminables, de esfuerzos vanos y agotadores; pero aún así pudo sobrevivir hasta hacerse pescador en el Callao. Peligrosa era la vida en el puerto; eso lo supo desde su llegada.

Su fortaleza física y su destreza para la pelea cuerpo a cuerpo, lo fueron convirtiendo en líder del grupo al poco tiempo de llegada,

ocupando un lugar de privilegio entre los palomillas del barrio y sin darse cuenta fue ganado por el mundo de la delincuencia

Casi a fines de febrero del año 1972 llegó a Pueblo Nuevo procedente de Lima, contaba ya con veintisiete años. Pese a haber llegado como quince días antes, muy pocos lo habían visto por el pueblo. El motivo me lo contó treinta años después:

“¡Después de algún tiempo de llegado a la capital me dediqué al robo, me gustó la vida fácil y seguí hasta que en una de esas circunstancias fui capturado y condenado, junto a otros muchachos, a quince años de prisión por robo agravado, tras una muerte de por medio. Estando casi dos años en “El Frontón”, perpetramos una fuga a nado desde esa isla hasta el Callao. Yo era fuerte, sabía nadar muy bien; además, era hombre de “guerra”. Así fue que una vez fugado, después de estar casi dos días en el mar y con las lanchas guardacostas que nos buscaban; tomé la determinación de salir de ese mundo, y para eso solo me quedaba regresar a Pueblo Nuevo. Era mi “sitio” el único lugar en donde podía volver a una vida tranquila y pasar un tanto desapercibido. Supuse –Me dijo- que solo allí podía estar sin problemas; algún día se olvidarían de mí. Al llegar me metí a la casa de mi madre y de allí no salía; lo hice solo el mismo día de la tragedia. A mí me pasó la voz mi mamá, yo estaba “tirando” balde tratando de sacar el agua que entraba a la casa. Serían como las seis de la tarde de 10 de marzo...”

LA TRAGEDIA

Poco antes de esa hora, la policía hizo desalojar todas las casas y chozas ribereñas. Uno de esos humildes hogares estaba

conformado por una señora de nombre Cleotilde y su hija Matilde que pronto cumpliría los quince años.

Estando arriba del río, la mamá de la niña recuerda haber dejado una bolsita de dinero escondida bajo el colchón y regresa a sacarla; baja presurosa, la niña al verla corre tras ella a cierta distancia, sin percatarse de una gigante ola de casi cuatro metros de altura, que como monstruosa boca omnívora tragaba todo lo que a su paso encontraba; reventaba y volvía a surgir porfiada del vientre del río; comandaba furiosa cual Atila a bárbaros guerreros destructores, que montados en potros de turbidas y espesas aguas, arrasaban lo que a su paso encontraban. Esa misma ola, con su parte inferior, coge a la madre cuando ésta trataba de subir; la fondea y la hace desaparecer en el acto. La niña, más arriba, es cogida con la cresta que la lleva en vilo revolcándola, y que al reventar la impulsa para su suerte sobre la mesa de palos que se había formado al rededor del sauce, el que al sentir la involuntaria presencia de la niña, quiso seguir viviendo, quiso ser eterno para salvar a Matilde; sus viejas raíces se aferraron mordiendo el vientre de la tierra, e inicia una feroz y solitaria resistencia al empuje de las irracionales aguas.

El pueblo, que había estado atento a la llegada del río, no fue ajeno a este suceso; e impotente, desesperado y presa del pánico se moviliza tratando de auxiliar a la niña que como a cien metros de la orilla permanecía aislada y en medio del monstruo embravecido que, sádico, parecía exhibir a la niña como trofeo de guerra, invitando a los hombres a medir con él sus fuerzas. Algunos jóvenes trataron de socorrer a la niña, pero todo fue imposible. Mario Lau, un joven pblonovano, estudiante de la Escuela de Educación Física de Lambayeque, tuvo la valentía de arrojarle primero al río, pero no

pudo con él; también lo hicieron, con el mismo arrojo y generosidad, Panchito "el hielero", que Dios lo tenga en su gloria; Rodolfo Chapoñán, Aldo Esquén y César Zavaleta; pero todos, desilusionados, regresaron a la orilla. El río pudo más que los hombres y ante la evidencia, los hombres aceptaron su derrota.

La gente reunida cautelosamente sobre la orilla del río, llorando, solo esperaba que esa "mesa" salvadora se disuelva al impulso de las aguas, cada vez más impetuosas, y poner así, punto final a la tragedia; y es que la sensación de todo el pueblo en aquella tarde, era la de estar asistiendo a la despedida anticipada, final y fúnebre de un ser querido; a un duelo donde aún nadie había muerto, pero que tenía que morir; a un duelo de alguien que estaba ahí, tan cerca de nosotros pero tan lejos de nuestras posibilidades. Hubiéramos querido tener la mano de Dios para tenderla a Matilde y regresarla con nosotros; pero Matilde se iba, se iba; sentíamos que se nos escapaba como se escapa un suspiro en una pena; un segundo en un día.

A la niña, en medio del río, se le veía de la cintura para arriba; desesperada solo levantaba sus manos; desde afuera se podía ver su angustia pero, increíblemente, no se movía; algo talvez se lo impedía.

Unas tías, al saber el suceso, habían llegado hasta el lugar y fueron contenidas por la gente para evitar que se lanzasen al río, en un desesperado e inútil intento de salvarla.

Aún no oscurecía; seguía lloviendo, el tiempo pasaba inexorable y con él, la noche llegaría para hacer más desgarrador y angustioso el hecho. Se comenzó a aprovisionar de reflectores; los autos llegaban y se ubicaban en la parte alta del pueblo, para más tarde prender

sus luces y con ellos seguir la desgracia de la niña o tal vez con la remota esperanza de un milagro que la salvara.

Mientras esto sucedía en el río, en una casa también a la ribera del mismo, pero aguas abajo, se encontraba Fabián ajeno a este acontecimiento. Él había visto desde su sala la tremenda crecida del Chamán, que incluso había llevado consigo el frágil corral de quincha y algunas paredes de adobe de su casa, sin imaginarse lo que a unos cientos de maestros río arriba sucedía; de pronto llega su madre y le dice llorando: ¡Hijo de mi alma, a una señora y a su hija la ha arrastrado el río, a la madre la ha desaparecido, pero la niña se encuentra atrapada en un árbol en medio del agua; nadie puede ayudarla, solo un milagro de Dios podrá salvarla, nadie se atreve entrar al río, esta como un demonio!

- ¿Dónde? – preguntó Fabián.

- ¡Por la Cruz de Mayo, en la Mariscal Castilla! – responde la madre.

Fabián lleno de resolución, sale presuroso con la misma trusa que tenía puesta y sin camisa; parecía no importarle su condición de requisitoriado por la justicia; va casi corriendo al lugar del acontecimiento, al llegar mira todo el escenario; al río, la chica y la desesperada impotencia de la gente que nerviosa no sabía que hacer. Las autoridades habían llamado a la base de la Fuerza Aérea acantonada en Chiclayo, para con un helicóptero logren rescatar a la niña, pero comunicaron que era imposible por el momento realizar la operación; la situación de emergencia era tal que no había disponibilidad para hacerlo y que había que esperar. Todo estaba perdido, solo era cuestión de tiempo, y la vida de la niña se iba con él.

Fabián llegó hasta muy cerca de la gente; ya casi oscurecía, se coloca al frente de donde estaba la niña detrás del tumultuoso gentío; mira todo el escenario; el sauce, los postes de luz y todo lo que había a su alrededor; camina unos pasos llega hasta una solitaria palmera, mira su altura: “¡Esto es lo que esperaba encontrar!” - Se dijo a sí mismo - Calcula la distancia que había desde allí al sauce salvador en medio del río; luego sube aguas arriba, regresa, de nuevo mira todo el panorama y comienza a diseñar en silencio y solitario una estrategia para salvar a la niña. Con gran rapidez mental determinó lo que era necesario para el rescate; y cuando lo tuvo todo calculado, se acerca presuroso a un policía y le dice resuelto y decidido:

- ¡Señor, me voy a meter!, ¡Yo la puedo sacar!

El policía, incrédulo, lo miró, dudó un poco pero no tenía otra alternativa y responde:

- ¿Cómo? ¿Qué necesita?

- ¡Yo voy a entrar! Necesito un Jibilaí⁵ o garetta de nylon.

- ¡Si hay! Los pescadores han traído una. ¿Qué más quiere?

Contestó el policía.

- ¡Un hombre para que me ayude a amarrar una punta de la sogá en la parte más alta de esta palmera! – dijo Fabián señalando la planta.

- ¡Yo lo hago! - contestó un acomedido muchacho. ¡Yo subo!

- ¡Bien, entonces traigan la sogá!

Cuando trajeron la sogá Fabián le dijo al muchacho:

- ¡Sube y amarra bien la punta, hazlo en la parte más alta de esa palmera!

Una vez cumplida la tarea el muchacho baja raudamente; entonces Fabián dice:

- ¡Vamos entonces aguas arriba! ¡Quiero explicar mi plan!

Caminó llevando el resto de la sogá en el hombro.

Se fue en dirección opuesta a la corriente del río, seguido de un numeroso grupo. Cuando llegaron al punto del que se arrojaría, Fabián se paró, dejó el Jibilai en el suelo; acto seguido comenzó a “cobrar”⁶, enrollando la sogá entre su hombro y brazo derecho a la manera de lazos, al tiempo que decía: “¡Yo me voy a lanzar desde aquí; calculo que nadando, y con la fuerza de la corriente, voy a llegar donde está la niña!”

- ¡No lo hagas muchacho, es muy arriesgado; el río te va a matar; está trayendo mucha palizada; te va a “comer”. Mejor esperemos que el helicóptero de Fuerza Aérea del Perú llegue y pueda salvarla!

- le dijo el policía.

- ¡Yo puedo sacarla ahora! – Respondió Fabián. Porque cuando el helicóptero venga, la niña ya no estará. ¡Confíe usted en mí jefe, me voy a meter por decisión propia, no importan los riesgos, es mi responsabilidad!

- ¡Bueno! Si es tu decisión ¡Hazlo! – Le dijo el policía.

De esa decisión y de su intuitivo cálculo dependía una vida, no podía fallar pues también ponía en riesgo la suya. Lo hacía de todo corazón, quería ayudar, sentía necesidad de hacerlo y reivindicarse ante la sociedad; en ese propósito estaba decidido a todo; había encontrado en esa circunstancia, la oportunidad de indulgencia para su atormentada alma que estaba dispuesta a salir de su infierno y reivindicarse ante los hombres y ante la sociedad; incluso a costa de su propia vida.

- ¡Quiero que unas luces enfoquen mi trayectoria y otras el lugar donde está la niña, para yo poder guiarme y dirigirme! ¿Está bien?
- ¡Sí, está bien! - Contestó el policía.

Cuando todo estuvo coordinado, Fabián se coloca entre los dientes la punta de la soga que él llevaría. La noche estaba totalmente oscura y llovía torrencialmente. Truenos y relámpagos como sendos puñales de fulgurante luz coreografiaban aquel fatídico día, desgarrando homicida y por brevísimos instantes el vientre de la noche, que retornaba resarcida más negra que nunca, haciendo cada vez más tenebroso el escenario. Los reflectores alumbraban todo el lugar, en especial a él, que se persigna, mira al río que rugía embravecido; lo mide, toma posición para lanzarse y sin esperar más, se arroja a las turbulentas aguas del Chamán.

Se lanzó frenéticamente algo más de las siete de la noche, sin valorar las consecuencias de su ya heroico acto; así lo había decidido. Era el precio que quería pagar para redimir sus pecados; y lo pagaría, si era necesario, con su propia vida. Al primer impacto con el agua, ésta lo despoja de su trusa dejándolo desnudo, pero no tenía tiempo para reparar en ello, nadaba o bogaba de acuerdo a las circunstancias y a la corriente de las aguas que lo maltrataban, ejerciendo una fuerte presión sobre su cuerpo, el que parecía un juguete al que lo golpeaba sin piedad. Casi no veía nada pese a que la luz lo seguía, tenía un objetivo donde llegar y nadaba casi a ciegas; lo hacía con todas las fuerzas y astucia que tenía, y también con aquellas que le daba su firme decisión de ayudar.

La lucha aunque desigual fue feroz e intransigente, nadie quería ceder; él dispuesto a salvar a la niña; el agua, espesa por el barro que traía, queriendo devorarlo, aplastarlo para luego botarlo e

impedir su propósito. El río era más fuerte que él, eso lo sabía; además tenía aliados en los algarrobos, espinos, sauces, palos, animales y algunos otros objetos arrancados aguas arriba, y que arrastraba a su paso. Fabián se cuidaba no solo de la corriente, tenía también que esquivar a esos obstáculos, ya sea esperando o apresurándose para evitar un golpe fatal, o que la soga se enrede. Los palos podían matarlo de un golpe y fondearlo, pero aún así no podía eludirlos a todos, y éstos lo herían al más leve contacto. No había otra alternativa que seguir, mientras que al mismo tiempo iba soltando la soga que en su hombro derecho llevaba.

Cuando yo le pregunté: ¿Por qué no te amarraste la soga al cuerpo? Él me contestó: ¡Porque amarrado me entregaba al río, hubiera sido presa de él sin la menor posibilidad de soltarme si hubiera cometido un error o descuido!

Afuera en la orilla la gente en sus gritos expresaba su profunda alegría: ¡Ya llega, ya llega Dios mío! ¡La va a salvar! ¡Ayúdalo Señor para que lo logre!

Ya muy cerca del sauce, toma un gran impulso y nada a brazo partido; al llegar salta sobre la “mesa” para evitar ser absorbido por la corriente y se aferra fuertemente a ella con los dos brazos mientras la corriente por abajo de su cuerpo pugnaba por succionarlo, meterlo a sus entrañas y devorarlo; pero ésta no podía, él también era fuerte.

Descansó algunos minutos, sacó la punta de la sogá que llevaba en su boca y la agarró con su mano derecha. El agua lo seguía golpeándolo implacable. Aún así, él trataba de consolar a la niña que lloraba en un murmullo ronco.

La luz de los faros llegaba muy débil. Ya había ubicado a la niña, estaba a solo a dos metros de ella, se le veía la parte superior del torso que estaba cubierto por un pedazo de blusa desgarrada.

Al escuchar el desesperado llanto de la niña le gritó: ¡Tranquilízate Matilde, yo te voy a sacar de allí, solo debes resistir un poco más! Escuchó apenas que la niña gritaba en medio de su suplicante llanto:

- ¡Mi mamá! ¡Por favor! ¿Dónde está mi mamá?
- ¡Tu mamá está afuera, ya te voy a sacar! - Gritó Fabián.

Cuando hubo recuperado algo de sus fuerzas, tomó un gran impulso para romper la tracción de la corriente bajo su cuerpo y logró subir. Fue directamente hacia el sauce; subió llevando la punta de la sogá y comenzó a temprarla; cuando la sintió tensa, la amarró lo mejor que pudo, de tal manera que con la punta opuesta, fija afuera en la palmera; hizo una especie de cordel por el que pasaría prendido en una especie de puente aéreo. Luego prueba la sogá pasando unos cuantos metros solo, tal como lo iba a hacer con la niña cargada,

recorre una distancia de veinte metros para ver si soportaba su peso y se convenció que sí resistiría, incluso con Matilde en su espalda.

Cuando dejó todo listo para el rescate, bajó donde la niña y le dijo ocultando su vergüenza:

- ¡Yo estoy desnudo, el agua me ha “calateado”, pero eso no importa, lo que importa es salvarte. El pudor que le producía su desnudez fue superado por el deseo de salvar a la niña.

Al acercarse y tratar de levantarla, la niña dio un grito de dolor; entonces él la soltó. Al agacharse y meter sus manos bajo el agua recién comprendió la causa de su inmovilidad: Unos alambres de púas, de algún parador arrancado por las aguas, mantenía unidos los palos y el sauce, sujetándola a la altura de la pelvis. Tenía que actuar rápido.

Fabián trató de liberar a Matilde pero no pudo, no encontraba el lugar por donde comenzar, solo le quedaba cortar los gruesos alambres, pero no tenía nada que le pudiera servir de ayuda. Trabajó algún tiempo quitando algunos palos, pero todo fue en vano; los otros estaban tramados entre sí, unidos fuertemente por la presión del agua; fue entonces cuando toma la determinación de romper los alambres doblándolos reiteradamente con sus manos. Así comenzó a hacerlo mientras le seguía hablando a la niña para tranquilizarla.

Primero lo hizo con los alambres que se encontraban fuera del agua, que se calentaban poco a poco producto de la torsión al que él los sometía, llegando a grados casi insoportables; sentía que los dedos le quemaban pero seguía, hasta que repentinamente se rompían. Así siguió haciéndolo mientras quitaba algunos palos, hasta no dejar algo que le impida liberar a Matilde. Trabajó duro, no recuerda por

cuanto tiempo lo hizo, quizá fueron dos horas o más; no recuerda. Algún tiempo después logró liberar a la niña.

Cuando Matilde pudo pararse con la ayuda de Fabián, se dio cuenta que ella también estaba casi desnuda y sintió vergüenza por ella, que con sus manitos, trataba inútilmente de cubrirse, mientras seguía llorando. Una vez liberada trató, en su desesperación, de lanzarse a las aguas, Fabián la detuvo con firmeza. La afonía de la niña era tal, que sabía que lloraba solo por el murmullo ronco y casi imperceptible que salía de su boca; además por las lágrimas que al caer por sus mejillas se las enjugaba con las manos.

El cuadro era triste, desgarrador; ver a la niña así le partía el alma, sin embargo tenía que sobreponerse, controlarla, necesitaba su apoyo para enfrentarse al río con mayores posibilidades de triunfo.

La niña, si bien era delgada, era más alta que él. Dudó un poco si la sogá podría soportar ambos pesos, pero siguió; no tenía otra alternativa, era el único camino que podía conducirlo con vida hasta la orilla. Estaba agotado; tenía que subir al sauce, allí iba a estar más seguro; él sabía que en cualquier momento la “mesa” podía desbaratarse; los alambres que habían mantenido unidos a los palos, estaban ya rotos y en cualquier momento, éstos, se podían separar por la fuerza del agua. Fabián sangraba por todos los lados, su cuerpo le ardía insoportablemente, estaba muy agotado; calculaba que habían pasado más de tres horas desde que se había metido al río, más de tres horas de lucha intensa que lo habían dejado al borde del desfallecimiento; había bregado fuerte contra las aguas que subían y bajaban embusteras, y que burlonas lo invitaban malévolamente a regresar, pero él sabía que eso era solo un gesto.

“¡No voy a darte el gusto de entregarme!” – pensó. Luego comenzó a subir al árbol adelante de la niña tomándola de la mano.

Así llegaron a la copa del sauce que se erguía casi moribundo, pero orgulloso por ser el único sobreviviente que había soportado, valeroso, el terrible ímpetu de las aguas; tal vez para salvar a la niña, en esa afinidad de sentimientos que a veces une a la naturaleza y a los hombres, pero que casi siempre la ignoramos en nuestro loco devaneo de creernos los únicos hijos de Dios. En ese momento sauce y hombres, en una comunión de afectos, habían hablado un solo lenguaje para salvar a la niña; lenguaje universal que nos habla de una unidad creacional que la olvidamos casi siempre.

Algunos minutos después al bajar la mirada ve que la “mesa” de palos, ya sin los alambres que la mantenían unida, comienza poco a poco a desintegrarse, los golpes del agua la fueron demoliendo hasta no quedar nada de ella. El tiempo pasaba insensible e indolente; afuera la gente expresaba una histeria colectiva incontrolable; los hombres de mayor edad trataban de tranquilizarlos.

Como la luz llegaba muy tenue por la oscuridad de la noche, la lluvia y los tumultos que el agua formaba, no los vieron subir al sauce. Algunas mujeres gritaban llorando ¡Ya se los llevó el río, Dios mío, se los llevó el río! Otros más optimistas tranquilizaban: ¡No, están arriba en el sauce! ¡Ya ha templado la sogal

Sobre el árbol y con la niña agarrada Fabián descansó lo más que pudo, tenía que hacerlo, la travesía iba a ser muy dura; los músculos de sus brazos iban a soportar su peso y el de la niña cargada a su espalda y tenía que recuperarse. Las aguas al inicio del cordel

estaban muy cerca de él, anhelaba que bajen para que no ejerzan tracción hacia abajo y hagan más duro su paso. Mientras descansaba seguía hablando a la niña que aún no se tranquilizaba del todo. Abajo el agua discurría formando olas locas de furia tratando de arrancarlos del sauce. Después de algunos minutos de descanso y al sentirse con las suficientes fuerzas como para iniciar la más dura prueba de resistencia y valor, le dijo a la niña que más tranquila le obedecía:

- Sujétate fuerte en mi espalda, agárrate con manos y piernas; vamos a cruzar el río a través de la soga. No te vayas a soltar, de ti depende que salgamos con vida. ¿Estás lista?

La niña aún llorando movió la cabeza en sentido afirmativo.

Eran más o menos cien metros los que tenía que cruzar con la niña en la espalda; confiaba en la fuerza de sus brazos.

Mientras llovía torrencialmente inicia cauteloso el cruce. Agarraba con mano firme la soga mientras su cuerpo colgaba con la niña en la espalda. El agua abajo formaba olas que, como arácnidas garras, trataban de cogerlos para después pasar vivas a sus víctimas por sus monstruosas fauces, pero al no lograrlo, derrotadas volvían a caer a su lecho para seguir su devastador rumbo.

Fabián siguió lentamente agarrando fuerte la soga, había avanzado casi hasta la mitad de su objetivo final, tenía que llegar a la orilla y le faltaba muy poco.

La gente afuera, expresó en gritos su tensa alegría: ¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! ¡La trae en la espalda! ¡Gracias Dios mío, la va a salvar! ¡Bajen la luz, no alumbren a su cara que lo ciegan! ¡Parece que Fabián viene desnudo!

El paso siguió lento, Fabián comenzó a sentir un dolor insoportable en sus hombros pero tenía que seguir, ya le faltaban como cincuenta metros, avanzó algunos más, tenía que llegar. Ni el dolor ni nadie podría detenerlo. Sus brazos parecían querer desprenderse de su cuerpo, sentía que sus músculos se rompían, pero seguía; tenía que soportar; su vida y la de la niña estaban en juego. De pronto siente que se precipita al río, en su estómago se produce un gran vacío por la caída intempestiva. Se detiene casi al llegar a las aguas que lo golpean furiosas. Había sucedido que el nudo de la sogá amarrado afuera en la palmera había corrido y perdido tensión.

Las manos de Fabián le quemaban por el roce de la sogá en su caída, las sentía sangrar pero no suelta la cuerda. Él y la niña estaban sorpresivamente de nuevo en las aguas, que desesperadas rugían tratando de matarlos.

Fabián siente que la niña se va desprendiendo de sus hombros por el contacto de sus manos con el agua; la sentía resbalar y tratando inútilmente de aferrarse a su espalda con sus uñas que lo lastiman, pero en vano; la niña se suelta y se hunde; él entonces deja la sogá voltea de inmediato para agarrarla y no lo logra; se zambulle tras ella pero no la encuentra; sigue buscando bajo el agua, se deja llevar por la corriente que lo arrastraba; la buscaba desesperadamente con sus manos y sus piernas pero no podía hallarla. Sale del agua; toma aire y vuelve a zambullirse en un segundo intento; en ese momento la siente, la toca con su mano justo en la cabeza, la toma de los pelos y con ella se deja llevar por la corriente a la vez que sale a la superficie para, ambos, poder respirar. Las aguas del Chamán lo golpean salvajemente a la vez

que remolineaban para fondearlo junto a Matilde, como si en él reconociese al irreverente hombre que había osado quitarle su presa, “pago”⁷ que quería cobrar para aplacar su furia contenida. Trataba el río de vengar la afrenta a quien se había atrevido a retarlo.

Un palo le golpeó la cara al salir; pese al dolor no soltó a Matilde; se dejó llevar por la corriente hasta que pudo cogerla con mayor firmeza. Cuando lo hubo conseguido, nadó con todas sus fuerzas con un solo brazo, intuyendo dirigirse a la orilla; estaba totalmente desorientado, las luces de los carros y los reflectores los habían perdido de vista en esa turbulenta masa espesa de agua. Se sintió perdido; agua y troncos, en asociación homicida, trataban de matarlos; estaban ambos a expensas del río; ya no tenía fuerzas, se sentía morir, pero él siguió nadando con la niña en su brazo. Completamente extenuado quiso abandonarlo todo.

Afuera la gente gritaba desesperada.

- ¡Por allá va! ¡Por allá va! – Decían unos.
- ¡No, no son ellos, son palos! – Decían otros.

Eran confundidos con ramas de algún árbol u otro objeto. Las luces se movían tratando de ubicarlos, pero nada; sus intentos se perdían en la oscuridad de la noche, la lluvia y la turbulencia de las aguas.

Sorpresivamente y cuando todo ya estaba perdido, agotado por el cansancio y por el duro castigo de las fuerzas de las aguas, sintió que su cuerpo se golpea contra algo duro e instintivamente se aferró a la vez que sus pies tocan tierra. Había chocado con un árbol y una nueva luz de esperanza nació en la mente de Fabián que, exhausto, sostuvo con una mano a la muchacha y con la otra se abrazó a aquel tronco del espino que lo había salvado, aunque sea,

momentáneamente de morir. La suerte había jugado un papel muy importante y se acercó en el preciso instante para darle su oportuna ayuda.

Ese lugar había sido un camino hasta el día anterior y el río al encontrar altura, se había abierto en dos brazos dejando un pedazo de tierra salvadora, cubierta superficialmente por agua; justo donde estaba ese espino que había crecido a un costado del camino, junto a un cerco.

Una vez más calmado, colocó a la niña en la parte donde se bifurca el tronco; él permaneció abajo, sosteniéndola mientras descansaba. Trató de llamar la atención gritando y moviendo los brazos, pero no pudieron ser vistos; estaban lejos de la gente que, angustiados, los buscaban.

La niña lloraba incontrolable en su desesperación.

- ¡Tranquilízate niña, estamos en lugar seguro; debemos estar cerca de la orilla! Cuando nos alumbren podremos pasar sin problemas, debemos esperar un poco.

Afuera las luces se movilizaban en distintas direcciones pero no lograban ubicarlos; algunos árboles, la oscuridad de la noche y la lluvia lo impedían.

Allí tuvieron que esperar toda la noche; una noche insoportable por los zancudos y mosquitos que les picaban su cuerpo.

Como a las cinco de la mañana; cuando la noche, casi vencida, quería dar paso a la luz del día que tímidamente asomaba llenando de esperanzas a los desesperanzados hombres; Fabián se para y comienza a gritar de nuevo, pero sus gritos no eran escuchados.

La gente, afuera, se movilizaba de un lugar a otro en su búsqueda y recién son ubicados como a las cinco y media de la mañana cuando

las luces de los reflectores ya se confundían con el tenue amanecer del día. La gente corrió por la orilla hasta ubicarse al frente de ellos. Fabián gritó de nuevo creyendo que no lo habían visto, hasta que escucha:

- “¡Fabián! ¡Fabián! ¡Ya te hemos localizado! ¿Estás bien? ¿Matilde está contigo?”

- ¡Sí!, - Gritó con todas sus fuerzas, a la vez que hacía señas. ¡Que pasen a ayudarme unos hombres! –Gritó de nuevo.

Cuatro jóvenes subieron aguas arriba como lo había hecho Fabián, al entrar al río la noche anterior, para con la ayuda de la corriente poder llegar en diagonal al sitio donde se encontraba la niña y su salvador. Estos llegaron después de unos minutos al lugar donde los dos habían pasado la noche. Encontraron a Fabián dentro del agua aferrado al tronco; la niña acurrucada trataba de cubrir con sus manitos su desnudez. Uno de ellos se sacó la trusa y la lanzó para que la niña se cubra.

Fabián no podía más, estaba totalmente agotado, la niña también. Los estragos del esfuerzo, en ambos, eran evidentes. Casi doce horas dentro del agua los habían puesto al borde del desfallecimiento; pese a eso, Fabián quería terminar su osada aventura, sacando fuerzas de flaquezas se levanta y les dice a los hombres:

- Yo voy a la orilla, ustedes quédense con la niña, voy a ver que puedo hacer afuera, el río no baja y con ella no podemos pasar a nado. Voy a traerle ropa a la niña y a ponerme algo.

Un momento después se lanzó nuevamente al agua. Llegó a la orilla; la gente lo recibió alborozada dando gritos de júbilo. Antes de salir del agua le habían alcanzado una trusa; al subir, lo cubrieron

con unas frazadas, le curaron sus heridas y le dieron algo caliente. La gente lo rodeaba con admiración.

Eran como las siete de la mañana; Fabián informó a la policía de los pormenores de la situación dentro del río; les dijo que tenía que regresar a llevarle ropa a la niña. Solo descansó unos minutos y luego regresó al lugar donde estaban los muchachos y la niña; Cuando llegó a ese lugar sintió morir, el malestar se acentuó; era insoportable el dolor de cuerpo, y el cansancio también.

Al verlo así, herido y agotado, los muchachos le dijeron, “¡Anda afuera Fabián, descansa un poco, nosotros la podemos sacar, solo hay que esperar que el río baje un poco!”

Después de ponerse de acuerdo, Fabián se lanzó nuevamente a las furiosas aguas de ese brazo del río dejando a los cuatro muchachos junto a Matilde. Cuando llegó a la orilla se recostó bajo un árbol, le alcanzaron una frazada, se tapó; le dieron otro jarro de bebida caliente y descansó; había estado como doce horas en el agua.

Aunque ya había cesado de llover, el cielo se mantenía con algunas nubes. En el río las aguas subían y bajaban repentinamente, inspirando una terrible inseguridad.

Habría pasado casi una hora durmiendo a sobresaltos, cuando un policía regresa, lo despierta y le dice:

- ¡Fabián, Fabián! Los hombres no pueden sacar a la niña; el río baja pero vuelve a subir ¡Quieres continuar! ¿Puedes hacerlo? ¿Te sientes bien?

- ¡Sí, voy a continuar! – Responde.

Al pararse se sintió un poco mejor, se preparó para volver a meterse al río; pidió previamente cuatro cámaras infladas; ordenó sean amarradas con largas sogas sostenidas desde la orilla por hombres,

para así llevarlas hasta el lugar y regresar con los muchachos y la niña.

Minutos más tarde se lanza con las cuatro cámaras unidas por una soga corta. Luego de bregar unos minutos con el agua, por fin logra llegar hasta donde estaba Matilde con los cuatro jóvenes; instruye para que la niña vaya en una cámara con uno de ellos; el resto independientemente en la suya y él, iría nadando hasta la orilla. Así fue, el río ya se había calmado, como intuyendo desmoralizado su derrota.

Al bajar a Matilde del árbol le dice:

- ¡Sube a la cámara y no te desprendas por nada! ¡Agárrate fuerte! Solo es cuestión de minutos llegar hasta el otro lado. De ti depende, no te preocupes por tu mamá, afuera esta con toda tu familia esperándote -mintió. Ellos también quieren verte, no les vayas a fallar.

La niña, asustada, movió la cabeza, y en un ronco murmullo pareció decir sí.

Una vez listos, Fabián y los otros hombres comienzan a “tantear” cautelosamente la orilla con sus pies para afirmarse en el barro resbaladizo formado en esa parte del río; luego mira si el agua no traía ramas o algún palo; una vez que constatan eso, les grita ¡Ya!. Los hombres y la niña se lanzan aferrados fuertemente a los neumáticos, mientras él, por atrás, iba nadando; lo hacen cautelosamente, muy atentos al paso de algo que pudiera golpearlos, voltear las cámaras y llevarse a la niña.

Ayudados por los hombres que jalaban las cámaras desde afuera, llegaron sin contratiempo a la orilla; esto le significó un poco más de esfuerzo, el que su cuerpo soportó estoicamente. En esos minutos

finales de la tragedia, Fabián - con la ayuda de los hombres, entregó lo último que le quedaba de sus fuerzas. Al llegar, son ayudados por los de afuera y con una ovación de alegría fueron recibidos. Todos le agradecían; los familiares de Matilde lo rodearon abrazándolo, lloraban de alegría pese a la desaparición de doña Cleotilde.

Después de ese inicial momento de felicidad, todo se interrumpió de pronto. Dos policías se acercan a Fabián y uno de ellos le dice:

- ¡Tenemos que detenerte!

Fabián se sintió desfallecer; resignado pensó en que la orden de captura de Lima ya había llegado al puesto policial.

- ¡Acompáñanos, hay una denuncia de violación en tu contra!

- ¿Cómo?... - respondió Fabián.

- ¡Sí, hay una denuncia de violación en tu contra, acompáñame!

- ¿De violación...?

- ¡Así es, de violación!

Fabián no alcanzaba a comprender, todo estaba tan confuso que solo atino a resignarse y a esperar que se aclare; quizá, supuso, había un malentendido.

¿Qué había sucedido para que todo cambie tan repentinamente?

Así como hay personas nobles y cautas, hay otras que juzgan invariablemente con escondida insania a los demás, sin pensar en las consecuencias que sus actos pueden acarrear; que no piensan que aún en el fondo del más vil corazón puede encontrarse tiernos sentimientos y que en la desgracia esos corazones pueden agigantarse tanto o aún más que las almas de los nobles; pues aquellos buscan, desesperados, indulgencia para su atormentada vida; y hasta pueden convertirse en hacedores de la voluntad divina. Fabián no fue el Dimas de la pasión de Cristo, y quizá tampoco a su

muerte estará a la diestra del Señor; pero su acto, en ese momento, lo acercó a Dios.

Un hombre allí presente, que sabía algo del pasado de Fabián; al ver el sangrado a la altura de la pelvis de Matilde, aún más por la desnudez a la que fue sometida por la fuerza de las aguas y por el tiempo que estuvieron en el río sin ser localizados, levanta una frontal acusación contra el que había arriesgado su vida para salvar a la niña acusándolo de violación; transformando aquel instante de algarabía en un total desconsuelo, que incluso hizo dudar a la gente que poco antes lo había ovacionado agradecida.

Fabián es llevado como a las diez de la mañana al puesto de la Guardia Civil y encerrado en el calabozo. Pese a que los caminos estaban intransitables, la niña debería ser conducida a Guadalupe o Chepén para que le hagan el peritaje de ley y confirmar o despejar las dudas sobre una posible violación. A la niña no se le comunica esto, pues fue llevada con la mayor cautela para evitar problemas y además porque ella estaba en total estado de shock emocional, no pudiendo desmentir el suceso y más aún estando con afonía agravada.

En el calabozo de la Guardia Civil, Fabián tuvo tiempo de meditar sobre lo que puede arrastrar un pasado oscuro, entrando a una profunda depresión y sobre todo vergüenza; vergüenza más grande que su miedo de volver a prisión; podía soportar cualquier adjetivo, pero... ¿Violador?, ¡Jamás! Menos de una inocente niña; sobre todo en esas circunstancias tan difíciles para ella y para él. Las horas pasaban y los resultados del medico legista no llegaban. No quiso comer lo que le había llevado su madre.

Afuera el pueblo exigía su libertad, las autoridades locales y el pueblo se solidarizaron con él. Aproximadamente a la una de la tarde, se acerca un policía a su celda y le dice:

- ¡Señor, sabrá usted disculparnos pero era nuestro deber; queda usted libre, el médico ha certificado su inocencia!

Salió más calmado; no estaba orgulloso de lo que había hecho; la vergüenza, por más que se había probado su inocencia, no lograba salir de su alma, y podía más que la satisfacción de haber salvado una vida. Afuera la gente lo recibió con alegría y admiración, algunos amigos lo acompañaron hasta su casa y entró a ella como si nada hubiera pasado, se acostó a descansar; no pudo dormir...

EPITAFIO

Unos meses más tarde llegó a ese puesto policial la requisitoria que ordenaba la captura de Fabián. La policía nunca hizo cumplir la orden, tal vez como reconocimiento a su valerosa acción cívica.

Un grupo de voluntarios buscó inútilmente durante más de una semana el cadáver de la madre, pero aún el río traía mucha agua y no pudieron encontrarla; el barro limoso que el agua desde las alturas trajo la había cubierto. Días después, cuando ya casi había fracasado la búsqueda, el cadáver de la madre fue encontrado por unos pescadores de río como a quince kilómetros del suceso. Se la reconoció solo por un arete de oro que aún llevaba prendido.

Días después, unos amigos de Fabián lo fueron a visitar a su casa para hacerle escuchar un hermoso vals, cuya autoría y composición pertenece a la inspiración del señor Rolando Perales Pizarro, quien emocionado lo interpretó en un gesto de agradecimiento y

reconocimiento en nombre de todo el pueblo. Vals que entre sus versos dice:

Surge entonces el valor de Fabián Noriega,
que con coraje y valentía él se lanzó
a salvar a Matilde que lloraba
en medio de las aguas del Chamán.

Unos meses más tarde, las autoridades del lugar encabezada por su alcalde don Justiniano Esquén Bocanegra y a iniciativa del insigne maestro poblonovano don Manuel Marroquín Becerra, le comunicaron que por acuerdo de Consejo lo habían honrado con una diploma en calidad de Héroe Civil, la que le fue entregada en acto público el 28 de julio de ese año, junto con la promesa de donación de un lote de terreno en donde vivir. Este último ofrecimiento nunca lo recibió; el diploma sí y después le serviría para tramitar el indulto y levantamiento de su condena; gestión llevada a cabo por su hermano Abelardo⁸ cuando se recibe de abogado, y contando con el decisivo apoyo de la Doctora Celina González Balarezo.

Así se cierra el capítulo mas negro en la vida de Fabián Noriega y al que jamás desearía regresar, para desde ese momento abrir una nueva página que marcaría otro rumbo en su existencia.

Su vida, debe ser el espejo en donde la juventud de hoy debería verse para evitar seguir el camino equivocado y lleno de penumbras, o para lo que ya han optado por esa senda, enrumbarse hacia el encanto de la paz que brinda las buenas acciones, que nunca hacen

DON FERMIN⁹

Se dijo tantas cosas de él, que en mi recuerdo se me dibujaba confusa su discutida personalidad. Para algunos simplemente un loco; para otros, un místico que refugiado en la Biblia trataba inútilmente de romper un pacto diabólico de juveniles ambiciones, el que finalmente lo llevara a la tumba. Tampoco faltaron los que de él decían ser un fanático religioso en permanente desvarío en esa obsesiva búsqueda de Dios. No importa lo que haya sido, pero su vida con el paso del tiempo me fue pareciendo un ejemplo de civismo y que hoy lo afirmo con absoluta certeza.

No sabría decir de donde vino, quizá ya nadie lo sabe. Dicen que vino del norte, mas eso ya poco importa.

Recuerdo aún su delgada figura, su pelo lacio y su cobriza piel, que parecía a punto de romperse de vieja dibujando tan pronunciados pliegues por su cuello, que la imaginaba no haberse hecho a la medida de su delgado cuerpo; el que en su necesidad de refugio se había encorvado, cómplice, para lograrlo.

Vestía casi siempre con pantalón y camisa de dril beige, a los que acompañaba su infaltable y viejo saco gris azulado. Dando vuelta a su cuello un pañuelo blanco un tanto percutido amarrado hacia delante. En la mano derecha su bastón de palo; en sus huesudos pies sus ojotas de cuero; y para completar su enigmática figura estaba su caminar presuroso, desesperado, como si estuviera en competencia permanente con el tiempo, al que parecía querer robarle aunque sea unos minutos a cada día.

Trabajaba como peón eventual en el campo, aunque en la época de preparación de terrenos, al inicio de la siembra, se desempeñaba

como yuntero¹⁰. Se lo veía salir siempre acompañado de su lampa, hoz y machete; para verlo regresar algo después de la hora del almuerzo. Por la tarde se sentaba en su silla bajo el marco de la puerta para leer en actitud mística su inseparable Biblia. Unas horas después se internaba en su casa, para luego a eso de las siete de la noche se le veía salir en dirección de una iglesia evangélica, a la que asistía ininterrumpidamente.

Siempre se decía que en su cuarto discutía y peleaba con el diablo. Un día nos entró la temeraria curiosidad de comprobarlo y fuimos personalmente con unos amigos a averiguarlo. Recuerdo que éramos muy niños aún; lo estuvimos vigilando hasta la hora en que entró a su casa y cerró la puerta; esperamos un momento y luego nos acercamos, pusimos el oído sobre las macizas tablas y después de algunos minutos, escuchamos su voz en una aparentemente acalorada discusión, pero que en realidad era solo un iracundo soliloquio.

¡Está peleando con el diablo!, - dijimos conteniendo el miedo, para luego escuchar frases como: ¡Fuera de aquí! ¡Apártate Satanás, Jehová es mi Señor, he entregado mi vida a Él! Hablaba en tono enérgico don Fermín y nosotros ya colmados de miedo, salimos corriendo hasta la casa de Víctor, un amigo que vivía cerca, para refugiarnos en ella, él entonces le contaba a su mamá:

- “¡Mamá, mamá; don Fermín esta peleando con el diablo!”
- “No vayan a su casa, - respondía Doña Angélica -, cualquier día el diablo los va a llevar a ustedes. Dicen que ese señor de joven tenía un pacto con el diablo y lo persigue a donde va; por eso es que se ha vuelto evangélico”.

En las esquinas y al amparo de la oscuridad tétrica de las noches, se juntaban las personas mayores y su pasado era punto de conversación inacabable. Algunos hasta afirmaban haberlo visto salir de su casa arañado de la cara producto de sus frecuentes peleas con el demonio.

Por las mañanas muy temprano, casi cuando comenzaba aclarar el día, y durante todo el tiempo en que vivió allá, escuché sonar su silbato y seguido de sus itinerantes y clásicas frases ¡A Barrer las fronteras!, ¡A Barrer las Fronteras!, ¡A levantarse señores, a barrer las fronteras!.

Con esas repetitivas frases recorría todo **Santa Rosa**, después se iba hacia atrás de nuestra casa y con rastrillo en mano, comenzaba a amontonar la basura que la gente del pueblo arrojaba en ese lugar destinado como colector, para luego prenderle fuego. Al final sacaba su pañuelo blanco y se secaba el sudor. Terminada su tarea recorría de nuevo el pueblo y a las casas que aún no habían sido barridas y regadas, tocaba su puerta y a la ama de casa la instaba a que cumpla con su deber: “Señora, todos ya han barrido y regado sus fronteras, solo usted falta que lo haga. Las calles de un pueblo tienen que asearse como se asea el cuerpo o su casa; porque un pueblo limpio es un pueblo culto. ¿Usted se imagina lo que dirían de nosotros si llegaran algunos forasteros?”

Pero este requerimiento muy pocas veces fue necesario, nuestras laboriosas madres siempre lo entendieron como un mandato cívico, un deber moral y por lo tanto parte de sus obligaciones; que incluso antes de escuchar el silbato, ya se apresuraban a cumplirlo. Terminada esta labor y como a las siete de la mañana, ya estaba

saliendo con su alforja y herramientas al hombro; iba Don Fermín, rumbo a su trabajo.

También por esas épocas eran más frecuentes las sequías, y por esa razón es que la acequia de **Santa Rosa** permanecía con muy poco agua; tan poca que casi no alcanzaba para tomar, improvisándose pozos a su orilla para de ahí, en latas, llenar las tinajas de agua. Uno de niño poca conciencia tenía de este hecho y nos metíamos en los pequeños charcos que se formaban en los vados de la acequia, contaminando la poca agua que, casi como hilos, discurría por su cauce. Don Fermín nos sacaba a punta de silbato. Salíamos corriendo “calatos” con el pantalón y la camisa bajo el brazo; pero tercicos, volvíamos a meternos más arriba o más abajo de la acequia. Algunas veces se nos “dormía la mosca” y nos quitaba la ropa; la llevaba a nuestras casas, donde aprovechaba para dar las quejas por esa “falta de respeto a la salud pública” como él decía; entonces era que al regresar al hogar, con los ojos rojos y tiritando de frío, recibíamos ahí una fuerte llamada de atención o algunos correazos, ya sea del papá o la mamá.

Por esos años, las autoridades elegidas después de la unificación del pueblo, quisieron llenar de árboles y flores, el eriazó parque que años antes había desmoralizado a los más entusiastas y optimistas hombres amantes de la naturaleza, en su ambicioso proyecto de hacer hermosos jardines dentro de él

Don Fermín y algunos vecinos, sembraron las primeras plantas: las atendían con tan amoroso cuidado, que después de algunos meses nacieron las primeras, a las que pocos auguraban larga vida, pero que él las cuidaba con el mismo esmero que hubiera cuidado el Edén del Señor.

De ese lugar nos alejó tantas veces con su bastón y su silbato, impidiendo que nuestras infantiles pero traviesas e inquietas manos, acabaran con las plantas antes que el intransigente y terco salitre; el que blanquesino como nieve andina, por las mañanas afloraba desvergonzado y que hubiera llenando de pesimismo al mas osado e iluso jardinero; pero no así a don Fermín quien jamás renunció a esa su espontánea y desinteresada misión asumida, la que con tanto empeño realizaba día a día.

Quizás ya no estén las plantas que este señor, junto a los vecinos sembrara; pero si podemos decir, que gracias a él, hoy recibimos de los árboles que hoy florecen en el parque, su sombra y su función vital que día a día oxigena y alegra la vida.

Siempre creí que esas tareas las cumplía como parte de un compromiso laboral con la Municipalidad, para la que supuse trabajaba; pero no, no era así: ¡Nunca recibió remuneración alguna del municipio! Su compromiso fue con un deber ciudadano, por respeto a la vida y a las normas de convivencia que ella exige; porque sintió como suya la imperante necesidad de ser útil a un pueblo que aunque no lo vio nacer, lo sirvió mejor que muchos de los que en él nacimos y al que tan poco le hemos dado.

Algunas veces yo estuve muy cerca de él y no con poco miedo. Miedo que luego se diluía en el fragor de la tarea encomendada con contraprestación de algunas monedas a recibir después de acabada. Fue en ocasiones cuando por aquella época el Concejo Municipal difundía sus ordenanzas a través de los ya olvidados Bandos Municipales: Él tocaba el tambor con el que se llamaba la atención del pueblo para darle a conocer lo resuelto por los concejales. Al llegar a la esquina dejaba de tocar, para permitirme

iniciar el clásico “Bando municipal, se pone en conocimiento de la ciudadanía que...”

Cierto día el pueblo se levantó muy temprano, casi de madrugada, consternado y al grito de la gente que decía: ¡Se quema la casa de don Fermín; ¡Agua por favor, traigan agua! Unos rompieron la puerta mientras otros corrían con sus baldes a la acequia que por en medio y cual Venecia del norte cruza el pueblo. Desesperados hombres y mujeres corrían con la esperanza de poder hallar con vida a don Fermín. Todo fue en vano; adentro, sobre el catre de fierro de su vieja cama, yacía el cuerpo incinerado de Don Fermín; de su colchón de paja de arroz ya no quedaba más que cenizas. Estaba el pobre hombre reducido y acurrucado. No pudo salir y se quedó atrapado en el infierno que una vela cómplice de la desgracia desencadenara.

Los comentarios apresurados no se hicieron esperar, “¡Ha sido el diablo, el que se lo ha llevado!, ¡El diablo tarda pero siempre cobra su deuda!”. Sus hermanos de religión oraron para que sea acogido en el reino del Señor y comparta con Él su gloria. En fin, Dios o el Diablo, don Fermín Ramírez murió el día 6 de Junio del año 1968, y con él también murió una hermosa costumbre que hemos querido recordar.

Hoy las calles de mi pueblo lucen empedradas y con veredas bajo sus humildes casas. En aquel tiempo **Santa Rosa** tenía mayoritariamente sus casitas de adobe y quincha, sus calles eran solo de tierra y sin veredas; pero esas calles lucían pulcramente regadas y tan limpias, que al paso del tiempo veo a mi pueblo más hermoso que hoy; quizá sea por la evocación nostálgica de un tiempo que por ser pasado lo creo mejor; pero no; porque al pedir la

apreciación de mis amigos, también lo ven como yo: Como un cuadro en donde la pobreza, la sencillez y la humildad se dibujaban más hermosas que nunca; en donde los artistas, nuestras madres y Don Fermín Ramírez todos los días, muy temprano, le daban artísticas pinceladas para hacer perpetua su espontánea belleza; la que desde el suelo brotaba como vapor de elixir mágico, para luego subir prendido por las paredes pintadas de cal, por las puertas de lata, y también entre los salpicados algarrobos que sobre las casas se veían como orquídeas colocadas cuidadosamente entre imaginarias trenzas; que me hacían ver en mi amada tierra su juvenil encanto y su embriagador aroma de pueblerina india prieta, que coqueta me sigue sonriendo en mi recuerdo.

Hoy ya no está Don Fermín y tampoco muchas de esas abnegadas madres; el tiempo, como siempre, les ganó la batalla; y con él, mi pueblo fue perdiendo su franciscana pulcritud; se ha vuelto indiferente, poco preocupado de sus calles y del “que dirán de algunos foráneos, si a él llegaran”. Sus autoridades desdeñan la higiene; los recursos que el pueblo le asigna a través del estado los derivan a otras cosas, quizá trascendentes, pero no tanto como la salud ambiental. Sobre la “Huaca” se han levantado casas que hoy, me parece, aplastan homicidas este hermoso recuerdo. De Don Fermín, ni de su ejemplo, ya nadie se acuerda.

“Ingratitud, injusticia; hidras generadoras del atraso de los pueblos, se filtraron por los recodos del tiempo para borrar lo bueno que el hombre hizo y sumirnos en el letargo y la apatía involutiva que seguirá por siempre matando nobles ideales”.
(MCC)

COLOFON

El enigma del supuesto pacto diabólico lejos de morir con su muerte se acrecentó, en la suspicaz imaginación popular, gracias a una sorprendente visita al día siguiente de su muerte. Como a las dos de la tarde, cuatro hombres llegaron en un lujoso auto blanco; llegaron vestidos de impecable terno azul oscuro. Se identificaron como familiares. Fueron hasta el ataúd que reposaba cerrado sobre una mesa - Así lo habían decidido los hermanos de su congregación, dado el estado en que había quedado el cuerpo -. Pidieron que lo abran; luego de unos minutos volvieron a cerrar el ataúd.

Por la hora, solamente unos niños vieron este suceso; pero ya imbuidos de esa psicosis colectiva que generó su supuesto pacto diabólico, salieron corriendo a contar a sus familiares, que el ataúd de don Fermín había sido abierto por los cuatro visitantes. La sutil y creativa imaginación popular hizo el resto. Dijeron que los cuatro visitantes eran enviados del diablo para que llevara su cuerpo hasta sus dominios y que habían dejado dentro del ataúd algunas piedras, que fue lo que realmente enterraron en su nicho. Serían como las seis de la tarde que los visitantes regresaron a su lugar de origen; fue luego del entierro.

En julio del año 2005, quise desentrañar el misterio de los visitantes y pregunté, omitiendo la versión popular, a dos testigos presenciales del suceso. Ellas confirmaron algunas de mis sospechas. Don Fermín padecía de arteriosclerosis moderada y que los hombres que llegaron fueron sus familiares; uno era su hijo y los otros sus nietos. Habían llegado de Chiclayo tras haber sido informado por los hermanos de religión de la muerte de don Fermín; ellos les pidieron

que dejaran descansar sus restos en esa tierra, pues así lo había querido el anciano, que no quiso regresar a su pueblo por el entrañable amor que sentía por **Santa Rosa**. Ellos aceptaron las razones, pese a que inicialmente quisieron llevar el cuerpo a su tierra.

Ese mismo año uno de los nietos llegó hasta el cementerio a visitar a su abuelo. Venía de Lima, iba a Cajamarca a ver a su madre, e hija de don Fermín, la que se encontraba agonizante y le había pedido por teléfono que a su paso visite la tumba de su padre. Así lo había hecho cumpliendo la última voluntad de su madre. Alguien le hizo llegar un ejemplar de esta obra, pero sin este añadido. Se fue contento de saber que su abuelo tenía este reconocimiento por la labor realizada, pese a la malévola y misteriosa historia; ahora develada.

EL DON DE LA PALABRA

Es la palabra, el don máspreciado que se le ha otorgado al hombre; a través de ella puede expresar sus sentimientos y emociones; con ella puede enseñar o aprender; herir u honrar; evocar su pasado, expresar su presente y su visión del futuro; en fin, puede comunicarse con quien quiera y sobre lo que él quiera. Pero para que la palabra sea mejor entendida, muchas veces el hombre utiliza una serie de complementos que podrían hacer variar la significación de la misma, según lo que quiera expresar y de acuerdo a las circunstancias; así por ejemplo hace uso de gestos o poses, dándole o quitándole énfasis; haciendo del manejo oratorio un arte tan sublime, capaz de distinguir y elevar a un hombre sobre otro. Todo esto ha hecho que el lenguaje humano se haya nutrido tanto y de tan variados elementos complementarios, que no exista nada que no pueda ser expresado a través de él y de tan distintas formas.

Claro que hay personas que tienen una gran capacidad comunicativa y su natural facilidad para transmitir arte y cultura; diferenciándose de otros, con menos atributos para lo mismo, a pesar de que pueden utilizar las mismas palabras y el mismo idioma. Los pueblos también tienen características particulares en su forma de hablar; existen algunos con más virtudes comunicativas que otros; los primeros se constituyen en símbolos en el manejo oratorio; y no es precisamente el grado cultural o un alto nivel educativo lo que los distingue; sino más bien, y por mi experiencia deduzco, que existe un antecedente étnico – cultural, que es el que otorga ciertas características especiales a las formas de comunicarse de su gente.

Uno de esos pueblos con grandes cualidades comunicativas es sin lugar a dudas, **Santa Rosa**; que a la fecha celebra más de cien años de su inicial formación. Este pueblo abarca un área que antiguamente eran algarrobales, pastizales y tierras eriazas; que poco a poco fueron roturándose en favor de la actividad agrícola por parte de agricultores pioneros, los que luego fueron absorbidos por las haciendas. Esto trajo como consecuencia la necesidad de mano de obra de otros lugares; así es como llegan a estas tierras, gente morena procedente de Ucupe, Mocupe y Zaña, Cholos de Lambayeque y Piura, así como serranos de Cajamarca; los que al unirse en sus cotidianas relaciones sociales y biológicas, logran estructurar en sus descendientes, un hombre que unifica los atributos más saltantes de su personalidad y cultura; así tenemos que hoy, en el nuevo poblador santarrosino y en su forma de vida, confluyen la espontánea alegría del negro, el inocente ingenio del serrano y la actitud casi despreocupada del cholo. Características que se reflejan en la filosofía de vida del pueblo y que se expresa en su cotidiana forma de existencia; en su sentir y en su forma de hablar.

Su gente, pese a su apretada economía, poco sabe de tristeza, y hasta los momentos más trágicos de su vida los adorna con intervalos de comedia. Temen a la muerte y sufren la pobreza, pero pueden reírse de ellas. Se sienten orgullosos de su raza, aunque a la vez pueden ridiculizarla para provocar su alegría. Respetan a sus semejantes y son muy solidarios, pero pueden exagerar deliberadamente sus defectos o virtudes; no como un intencional acto de ofensa, sino, con la intención preconcebida de darle un poco de amenidad a su monótona y precaria vida, quizá para hacerla más

llevadera en una bien estructurada e inédita broma creada con depurado y chispeante ingenio.

He sido testigo del profundo respeto que se profesan entre morenos, cholos y serranos; pero que por momentos se desfigura en tono de aparente riña; con un realismo tal, que al extraño le parecería una acalorada discusión a punto de desbordarse a golpes; se dicen de todo de vereda a vereda, ¡Negro Flojo¹¹! - de un lado, ¡Cholo simplón¹²! o ¡Serrano gafo¹³! - del otro -, y luego se van con sentido enojo, para a pocos metros soltar la risa.

Dueños de una gran imaginación y capacidad creativa, de improvisación permanente y espontánea; recursos que hacen de la conversación, incluso de aquella de poco interés, algo digno de ser escuchado; narradores orales extraordinarios, con mucha chispa e ingenio para crear y transmitir; utilizan de manera tan magistral la palabra que la han elevado a la categoría de arte.

En este hombre y en el de sus descendientes la palabra se vuelve dinámica, cambiante; se arrastra o apresura en su dicción; la puede mostrar aparentemente irrespetuosa o modesta, sincera o pícaramente irónica, pero siempre precisa en cuanto a conceptos e intenciones; pudiéndola acompañar con risa explosiva que de pronto se trunca; cambiando gestos de tristeza por los de alegría, pero siempre se notará picara. Como complemento final puede asumir poses arrogantes o humildes, mas nunca sumisas; dándole a éstas, expresiones corporales y gestuales, intensidades tónicas con intencionados cambios bruscos de movimientos ágiles o parsimoniosos. Ellos hacen, al hablar, una escenificación teatral de la conversación.

JUAN VALDEZ POLO

Entre los más caracterizados personajes de **Santa Rosa** está: Juan Valdez Polo, más conocido como “Chalga Chalga”¹⁴, “Negro Chalga” o simplemente Juan Polo. Era él, un moreno alto, delgado pero de apariencia fuerte, nariz aguileña, frente amplia, de pelo negro ensortijado, ojos vivaces, boca con labios muy marcados pero no gruesos, cabeza acombada cubierta siempre por un sombrero puesto al estilo vaquero y tirado hacia adelante.

Su actividad natural era de rodeador de ganado o guardián, en las que siempre se valía de un caballo. Lo recuerdo más montado que a pie, aún así casi nunca le faltaron espuelas en sus negras botas, las que al caminar le daban un tintineo clásico a su pausado andar que asociado a sus arqueadas piernas y a su pronunciado pecho dibujaban en él, un aire de arrogancia innata. Nunca paraba de hablar con esa voz configurada de manera tan especial entre vozarrona y aguardientosamente aguda. De pronto se detenía intempestivamente, daba media vuelta, como si quisiera explicar a alguien que estuviera a un costado, y luego seguía caminando sin dejar de hablar.

A todo el mundo saludaba, llamándolos patrón o patrona, don o doña, señor o señora, niño o niña; precedidos de un respetuoso y sonoro “Tenga usted muy buenos días, o muy buenas tardes”.

Sus mejores ocurrencias le brotaban de sano, aunque nunca dejó de hacerlas, incluso cuando estaba con unas copas, de las que fue muy amigo.

Me contó, alguna vez, que llegó a **Santa Rosa** procedente de Ucupe, luego de servir al ejército y trabajar como rodeador de ganado primero, y como chofer después en esa hacienda, por el año

52. En ese lugar había perfeccionado su arte de domar y montar a caballo; verlo sobre el animal ya sea al domarlo o al pasearse era un espectáculo por la facilidad y gracia con que lo montaba. El caballo parecía ser su complemento necesario o parte de sí mismo; lo sometía a su entera voluntad con riendas y espuelas. Hombre y animal mezclaban sus plásticos cuerpos en una armónica imagen que al ser detenida en el espacio, recuerdo al caballo completamente “jateado” y aperado cuidadosamente, arremolinando su propio cuerpo, como queriendo morder su propia anca. Sus patas entre abiertas y casi dobladas, unas en el aire y otras pisando polvorienta tierra, parecían seguir el ritmo de alguna música imaginaria. Y él, triunfante, con su cuerpo girando al lado opuesto del giro del caballo; orgulloso y arrogante; con el sombrero en la mano izquierda levantada abriendo el brazo y en la mano derecha las riendas firmemente agarradas.

Queda aún en el recuerdo de mucha gente, cuando a fines de la década del 60, se realizaba, un día domingo de noviembre, el curso por la Semana Jubilar de Chepén¹⁵. El señor Juan Luperdi Novoa, propietario del fundo en el que trabajaba “Chalga” por aquel entonces, lo había llevado para que participe como chalán en ese multicolor desfile. Iba montando un hermoso Alazán; ataviado de un poncho blanco, sobre níveas ropas y botas altas de negro cuero.

Estando en plena Plaza de Armas, y ante la admiración de los espectadores, tira un pañuelo blanco delante y a la derecha del animal, al que lo deja avanzar unos pasos y al ubicarse casi al frente del pañuelo, hace una leve e inesperada tracción de las riendas a la izquierda de su pecho; el caballo responde doblando la cabeza y agazapando la parte posterior de su cuerpo, al costado opuesto,

mientras Chalga en simultáneo movimiento, toma el sombrero con su mano izquierda, inclina su cuerpo abajo y a la derecha, estira la mano, y del suelo recoge el pañuelo, elevándolo sonriente sobre su cabeza en alusivo gesto de triunfo y siguiendo el compás de la marinera que una banda de músicos interpretaba al mejor estilo norteño. El aplauso del público para el moreno Chalán no se hizo esperar, gesto correspondido con una arrogantísima pose por parte del jinete y un elegante pero a la vez jactancioso paso del hermoso corcel; como si hubiera querido expresar en él, su aristocrático abolengo moro y que altivo siguió, al trote, el ritmo que imponía aquel aire norteño, tan bien interpretado por aquellos músicos chepenanos.

Así era Chalga profundo conocedor de su oficio, aparentemente altivo pero muy humilde y humano.

Debió ser poco el grado de instrucción que recibió, porque cuando se le preguntaba hasta que año estudió, él contestaba: “Solo llegué hasta la Zorrita”, en alusión a la fábula El Zorro y las Uvas del filósofo griego Esopo, lectura del primer año en un libro usado por aquella época. Aún con esa limitación, fue espontáneo y excelente creador de tantos cuentos orales entre los que destacan: “Me soñé muerto”, “El mejor brujo del mundo”, “Negro al suelo” “Ni revés ni derecho” “Te compro el huaco”, entre otros; tan dignos de ser escuchados y a los que muchos aficionados a la narrativa han pretendido llevarlos al plano escrito, pero no ha sido posible expresarlos en toda su magnitud, pues se le mutilaba lo más importante: su escenificación, en la que intervenían su estilo tan peculiar de hablar, sus gestos y formas corporales conformando una singular técnica oratoria innata.

Tuvo como compañera de su vida a la Señora Rosa Tapia, además de dos hijos en anterior compromiso; el mayor era blanco, de nombre Alberto; el segundo moreno, de nombre Casimiro; a los que para diferenciarlos se los llamaba como “Chalga blanco” y “Chalga negro” respectivamente.

Don Juan Valdez Polo nace en Ucupe el 26 de noviembre del año 1921 y muere en **Santa Rosa** el 1 de Julio de 1994, víctima de un paro cardíaco; partiendo con él la alegría, la creatividad y el talento. Sus restos descansan en el cementerio “Carlín” de **Santa Rosa**.

PIOTO

Es muy digno de destacar también, la figura de Manuel Medina Zambrano, conocido, pese a su negritud y ensortijado pelo, como “Cholo Pioto”, apodo derivado de Piloto, nombre del asno que acompañó su niñez y al que su infantil lengua no alcanzaba pronunciar adecuadamente.

Este moreno tenía una impresionante figura, medía algo más de dos metros de altura; de contextura muy fuerte, pero con un alma de niño travieso y juguetón; asiduo y permanente hacedor de palomilladas, bromas y “tomador de pelo”; características que jamás las perdió, ni siquiera en los últimos momentos de su agonía

Hijo de uno de los mejores “Cajoneros”¹⁶, decimista¹⁷, compositor de tristes y mejor “quebrantador”¹⁸ de caballos llegados a **Santa Rosa**: Don Candelario Medina Ortiz y de la señora Julia Zambrano; morenos de procedencia mocupana y sañera. Cuentan que “Pioto” heredó de su padre la facilidad para las décimas, además de lo aprendido de su tío José “Chiri” García, de Cristian y “Wale”

Colchado y de su contemporáneo el “Tana” Urbina; todos éstos, afamados decimistas sañeros.

Con “Chalga” los unió no solo su amistad, sino que compartieron el mismo lugar de nacimiento y asistieron a la misma escuela en la hacienda Ucupe. Por esta razón cuando se le preguntaba que tal ha sido “Chalga” en la escuela, volteando la cara hacia atrás como para dar énfasis al mensaje y cerrando los ojos decía: “Ufff carajo, yo he sido burro, no lo niego; pero Chalga, ¡Ay mamita!, ese negro decía ¡Apártate carajo! ¡Que “torata”¹⁹ el negro e mierda! Ese no llegó ni a la zorrита y se palanganea que si llegó. ¿Cuándo? ¡Qué me va a decir a mí que lo he gozado!”

A muy temprana edad llegó a **Santa Rosa**, huyendo de la escuela y del duro castigo que le infligía su profesor, al que él mismo le dio el apodo de “Leche e´ gata”, debido al color de su piel. Al respecto me contaba esta parte de su vida de la siguiente manera:

- “Mire niño me decía, nunca en mi vida he visto maestro más abusivo que ese preceptor; a mi y Chalga nos pegaba como a animales. Yo soy tranquilo y respetuoso, pero un día fue tanta la impaciencia que en acto, yo creo, de justificada rebelión, le “pegué” una trompada que, ¡Pangandán! me lo tiré al suelo carajo. Salí corriendo mientras “Leche e´ gata” gritaba ¡Agárrenlo que lo mato! Corrí sin rumbo fijo; no sabía a donde ir; me acordé de mi hermano Víctor que vivía en **Santa Rosa** y tome esa dirección, me persiguieron a caballo los rodeadores de la hacienda, pero no pudieron agarrarme; llegue a este pueblo después de correr como cinco horas; también que si me agarraban, ¡Ay mamita! ¡Me despellejaban a latigazos! Así eran esos tiempos niño, el patrón era

casi dueño de nuestras vidas” – Estas últimas palabras me las dijo con profunda tristeza.

Escucharlo hablar era un deleite; incansable conversador; ameno, ocurrente e improvisador decimista; excelente amigo, mejor padre y esposo; de carácter alegre, modesto, humilde y muy pasivo pese a su tremendo porte.

En su búsqueda de los medios para subsistir, trabajó como pescador en alta mar. Fue llevado a Chimbote por don Juan Vargas Revilla, Martín Novoa, “Machete” y “Pichón” Revilla y el “Loco” Gonzalo Zapata; más que nada para que les haga la vida amena, pues de ese oficio muy poco sabía; ganándose allí y de inmediato, el cariño del patrón de lancha, el cual lo “bautizó” con el nombre Lotar, por su fuerza para levantar el boliche de la embarcación, tarea que normalmente lo hacían tres pescadores pero que él la realizaba solo.

- ¡Quédate Lotar! ¿Qué vas a hacer en tu pueblo? – Así le dijo el patrón, cuando Pioto le comunicó su deseo de regresar a **Santa Rosa**.

- ¡No patrón, la verdad, la verdad; yo le tengo mucho miedo al mar!

¡Aquí no hay nada en donde yo pueda prenderme si la lancha se hundiera, en cambio en la acequia o en el río, estoy más seguro, allí aunque sea del gramalote²⁰ me prendo! – Le contestó Pioto.

No entendió razones y por más que le ofrecieron algunas otras ventajas, regresó a su **Santa Rosa** querida; probablemente añorante del calor de hogar y la familia que había formado. Entró a trabajar como peón en la hacienda Cruz de la Legua, que en la década del 70 fue expropiada y fusionada con otra de nombre “Cabo

Verde”; formándose la Cooperativa arrocerera “San Juan” de la que se hace socio; ganándose el respeto y admiración de sus compañeros de trabajo por su carácter alegre y ocurrente.

En sus copas era un deleite oírlo conversar; decimaba, bromeaba, contaba anécdotas y bailaba. Normalmente de sano era vergonzoso, aunque, con amigos muy locuaz. Muchos recuerdan la mejor demostración de su alegría de vivir, y de ese permanente deseo de dar alegría a sus semejantes; fue cuando contaba más o menos con cuarenta años de edad; sale en Navidad por las calles del pueblo disfrazado de “negra” junto a las pastorcitas como homenaje al nacimiento de Jesús. Ahí lo acompañaron Don Juan Vargas Revilla, Raúl Balarezo y Ramiro Pizarro caracterizando a los tres reyes magos, suceso inusual y tan exitosos que fue repetido en otras localidades pero solo ese año. Nunca más se volvió a realizar tan aplaudida demostración escénica de Fe. Actualmente sus hijos continúan con esa tradición, celebrando y escenificando el nacimiento del niño Jesús a través del comité Pro Navidad del Niño. Entre sus mejores ocurrencias destacan: “¡Alto, esto es un asalto!”, “Ta duro el Chirrón”, “Mamá, ya cazamos al ladrón”, “Enamorao no pide vuelto”, entre otras.

Formó una gran familia con la Señora Claudina Asenjo Infantes y sus siete hijos que lo llenaron de afecto y cariño hasta el año 2000 en que muere a la edad de setenta y dos años con el reconocimiento de todo el pueblo.

Es precisamente en este triste momento que le gasta la última broma a la vida: Al producirse su deceso, hubo que buscar en Chepén, un ataúd en el que pudiera caber su tremenda humanidad. Sus hijos, al no encontrar el apropiado, viajan a la ciudad de

Chiclayo con ese objetivo y tampoco lo encuentran. Desmoralizados deciden regresar a **Santa Rosa** y mandarle hacer uno a su medida; toman el taxi para que los lleve al terminal terrestre de la salida al sur; de casualidad en ese trayecto pasan por una funeraria y en un último y desesperanzado intento bajan a preguntar; para su suerte allí encuentran uno a su medida, pero no de madera, sino de aluminio. Lo compran y en él se veló esa noche “Pioto”.

Al día siguiente, al ser introducido en el nicho adquirido en el cementerio, se dieron con la sorpresa que no entraba el ataúd, sobraba como diez centímetros; de inmediato tuvieron que hacer las gestiones para adquirir un área en el suelo, en donde finalmente pudo ser enterrado Manuel Medina; cumpliéndose así, el deseo reiterativo que expresara en vida cuando decía: “Cuando muera este pobre y triste paria, no quiere ser encerrado en frías e incómodas paredes de cemento. Ahí no me voy a poder ni rascar el hombro si en caso me picara. ¡Yo quiero descansar en la tierra, para darle de comer aunque sea de muerto y así corresponder con algo, a quien me diera de comer toda la vida!”.

Sus restos descansan en el Cementerio General de Pueblo Nuevo.

Así era “Pioto” con una filosofía de vida más grande que su propio porte, pero tan noble y sencillo como un niño.

Son tantas las anécdotas y ocurrencias en que estuvo involucrado, que el pueblo lo lleva permanentemente en su recuerdo y aún muerto sigue amenizando las más alegres reuniones, como sólo él supo hacerlas en vida.

Este es un homenaje póstumo, sincero, justo, aunque insuficiente, a “Chalga” y “Pioto”, dos grandes representantes de la creatividad e ingenio popular. Convirtiéronse, estos mocupanos de nacimiento y

santarrosino de corazón, en los más grandes exponentes del Don de la palabra; amos y señores de la conversación, la décima y el cuento inédito, improvisado y tan ameno; que sin tener la elocuencia refinada de la oratoria ateniense representada por la fuerza de la pasión y la mordacidad verbal de Demóstenes, la sencilla naturalidad y transparente claridad de estilo del gran Hipereides o por la gracia y finura de Esquines, se constituyen hoy en personajes símbolos de los nuevos narradores y cuentistas Santarrosinos, aún en el anonimato.

ME SOÑE MUERTO

(De Juan Valdez Polo)

Juan Valdez Polo, a sus cincuenta y seis años de edad, padecía frecuentemente de un severo insomnio, el que tantas veces lo había sacado de la cama muy de madrugada; mucho antes de la hora en que se levantaba para realizar sus cotidianas labores como rodeador del ganado de algún pudiente de la zona, o también como guardián; cuidando en chacras ajenas, alguna cosecha de arroz o maíz.

“Chalga”, como se le conocía a Don Juan Valdez, era frecuentemente tentado para convertirse al evangelio, dado su apego al trago; ofreciéndole, a cambio de eso, el paraíso.

- ¡Es tiempo don Juan que entregue su vida al Señor!, - Así le decían casi implorando los hermanos de una congregación religiosa, ¡Cambie su vida por una al servicio de Dios, Él le perdonará todos sus pecados, lo llevará a la vida eterna y a su lado vivirá allá en el cielo!

- ¡Vamos a ver, vamos a ver; por ahí les caigo en cualquier momento! – respondía Chalga

Aunque siempre leía la Biblia, muchas veces producto de algunas jornadas entregado al alcohol y sumido en una honda depresión, había meditado sobre esa posibilidad y asistido unos días a sus reuniones, pero al final siempre las abandonaba, más por su desenfrenado amor a la libertad de hacer o decir las cosas que por su falta de Fe.

Mi padre por otro lado, trabajaba en un camioncito que llevaba el nombre de “Luz Marina”, en honor a la menor de mis hermanas. En

ese su cotidiano quehacer tenía que levantarse también muy temprano a recoger carga de alguna chacra, para llevarla luego al mercado de Chépén o Guadalupe.

Bajo estas circunstancias fue que una vez y a tempranas horas de la madrugada se encontraron en el casi lejano 1979. La noche estaba oscura, no había llegado al pueblo la luz eléctrica por esos años. Mi padre lo reconoció por su figura y su clásico caminar, como a setenta metros después de voltear la esquina cuando venía de su casa. Al acercarse “Chalga” lo saludó muy cortésmente como era su costumbre:

- ¡Muy buenas días tenga usted don Mario!.
- ¿Cómo esta usted don Juan?, ¿Tan temprano? –Saludó mi padre.
- ¡Aquí oiga! Caminando, haciendo tiempo hasta que salga el pan.
- Y ¿Qué se cuenta? – Le pregunta mi papá como tratando de sacarle alguna de sus amenas conversaciones.
- ¡Ya que lo encuentro, voy a contarle lo que su fiel amigo y sincero servidor soñó la otra noche! -Lo dijo con su característico tono pausado de negro norteño que lo hiciera tan famoso por esos lares.
- ¿Y que soñó, don Juan? -Le pregunta mi padre interesado.

Entonces, Chalga, le responde en tono contundente y grave:

- ¡Me soñé muerto, don Mario!
- ¿Y como así? –Respondió mi padre.
- Resulta patrón, que en mi sueño me he visto muerto, velándome sobre una mesa, sin cajón, sobre unas sábanas blancas y una almohada bajo mi cabeza. Estaba completamente amortajado, con algodones en la nariz, los ojos cerrados, las manos en el pecho,

juntas y agarrando un ramo de flores, que por ahí del campo habían recogido - Comentó con convicción Chalga, para luego proseguir con tono trémulo -. Cómo habría sido la pobreza de mi Rosa que no había tenido plata ni para el cajón oiga, así que había hecho lo que pudo mi pobre mujer. Yo estaba muerto, pero podía ver todo lo que sucedía a mí alrededor. Veía a quienes sentían sinceramente mi muerte y a aquellos que se alegraban de mi deceso, pero que por compromiso asistían a mi sepelio. Usted sabe que yo soy un negro medio jodido, - continuo cambiando a tono contundente y decidido- Que no me gusta rodeos ni cojudeces; digo las cosas como son y de frente; mas como soy medio “torata”, a veces “pateo como mula”²¹; y no niego que soy medio metiche y hablador, defectos que me han generado enemistades sobre todo allá por la “Bolsa del diablo”²²; por eso no han faltado quienes me han tildado como un negro fisgón, chismoso y cuantos improperios más no me habrán dicho por atrás y por delante. Esta gente, y en especial a los que le he cantado sus cuatro verdades, cómo se alegraban de mi muerte don Mario. Yo lo escuchaba bien clarito y sobre la mesa pujaba como un condenado de pura impaciencia ante quienes, indolentes, se alegraban de mi muerte; pero nada podía hacer porque yo, en ese momento: ¡Ya era cadáver! – Chalga lo dijo en tono grave.

Luego asumiendo en su relato una actitud de dolido regocijo continuo hablando Chalga: Pero, como le había dicho, también hubieron de los que sintieron mucha pena por mi muerte, y ya que se da el momento, aprovecho la oportunidad para agradecerle lo bien que usted se portó ese día de mi partida final don Mario – lo dijo extendiendo su mano hacia mi padre quien llevándole la corriente le dijo:

- ¡De qué pues, don Juan!.
- ¡Usted se portó como un caballero, oiga! -Así respondió Chalga exteriorizando sinceramente su agradecimiento- Igualmente Juan Sánchez y don Juan Luperdi. Nunca podré pagarles todo lo que hicieron por mí: Fueron llevándome cañacito y coca para los acompañantes y hasta los vi apenarse mucho de mi muerte.

Bueno pues, resulta que al día siguiente, después de coquearme toda la noche, me llevaron en hombros hasta "Carlin"²³. Ahí me metieron al hueco; en ese mismo instante sentí salir disparada mi alma hacia el infinito. ¡Que velocidad oiga! Usted no se imagina lo que es volar al cielo, ¡Qué avión ni avión! ¡Eso es algo increíble!. Pero como todo viaje tiene su fin, el mío llegó y lo hizo en el lugar exacto en el que había un letrero con dos flechas, una arriba señalando a la derecha que decía: CIELO y la otra abajo y señalando a la izquierda que decía: INFIERNO. Ni Cojudo don Mario, ¡Yo agarré pa' la derecha! Y así fue como es que llegué al cielo.

Después de caminar un buen trecho llegué a la entrada y toqué; a los pocos segundos se abrió la puerta apareciendo en el umbral, una preciosura de mujer, ¡Qué hermosa oiga usted! Le juro que nunca había visto mujer tan linda como esa. Aparte de la finura, nobleza y distinción; tenía una cara de sincera y honesta, que no quedaba ninguna duda que era una dama. Era, don Mario, ¡LA SECRETARIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO!, ¡Qué buen gusto para escoger su personal tiene el Hombre mi amigo!.

- ¡Adelante usted, señor! ¿En qué lo puedo servir?, - me dijo muy cortésmente.

- ¡Buenos días señorita, yo soy Juan Valdez Polo, - le dije -, nacido en Mocupe, pero he vivido mucho tiempo en **Santa Rosa**, en la provincia de Chepén, el día de ayer he muerto y por esa razón, he venido a hacerme presente como manda la ley!

- ¡Por favor, tome asiento y espere un momentito que el Señor lo va a atender!

- ¡Gracias!, -Respondí, y me senté sorprendido de que me dijera, que el propio Señor de los cielos me iba a atender. ¿Qué merecimientos pudo tener este pobre y triste paria del destino para tener semejante privilegio? Pero, en fin me dije, ¡Son cosas del cielo y de Dios! ¿Y en eso? ¡Yo sobro!.

¡Qué muebles don Mario! ¡Qué suavidad, qué limpieza, que comodidad! Efectivamente mi estimado señor: ¡Era el Paraíso! ¡No cabía ninguna duda! ¡Hasta por lo muebles se notaba!. Esperé un rato, tomé una revista de la mesita de centro y me puse a ojearla mientras salía mi Señor. De pronto se abre una puerta al costado de donde yo estaba; al voltear lo veo; estaba radiante, esplendoroso, reflejando infinita bondad. Parecía – dijo Chalga, bajando el tono de voz- que venía de tomarse un baño, porque estaba con el pelo medio húmedo; venía vestido con túnica blanca y en sandalias de cuero. ¡Qué buena talla tiene mi Dios! ¡Ufff, más alto que yo! “sobrao” pasa el metro noventa– dijo Chalga cambiando de tono; con gestos aseverativos de ojos, boca y manos; dando una especie de media vuelta y regresando encarador, dice: Gringo es mi Señor; ojos, celestes como el cielo; pelo largo, ondulado y rubio tiene mi Dios. ¿Su piel, amigo?: Era rosadita y se notaba tersa y delicada ¿Qué comerá el hombre que tan bonita piel tiene? Qué vida más sana llevará este buen Señor ¿No cree usted, don Mario? ¡Qué va a

ser como este negro que come caballa seca, atún, conchitas saladas y encima le avienta cañazo!. ¡Por eso debe ser que tengo el pellejo tan duro y casposo! – lo dijo tocando la piel de su brazo en un gesto tosco. No señor, ¡Qué diferencia con nosotros los pobres!

¡De su barba mi amigo, ni que hablar, era tan rubia como su cabellera, tan bien recortada que realzaba su belleza! ¡Qué va a ser como la de los “israelitas”!²⁴ ¡NO SEÑOR, QUE DECENCIA LA DE MI DIOS!. ¿Lo de éstos?: ¡Es ventidiez carajo!²⁵.

¿El bigote, señor? ¡PER...FECTO! No como el de tanto cholo lampiño que hay por acá y que solo se lo deja por palanganada. Más bonitos, sí les pudiera llamar bonitos, se les vería cortándose; porque así como lo llevan más parece ramada de chiquero. No hay nada que hacer don Mario: ¡Todo cholo es simplón, eso si se lo aseguro!

Bueno pues; al verlo, me paré, me saqué el sombrero, y me le arrojé a sus pies deslumbrado por su grandeza. Él entonces me tomó del hombro, extendiendo la mano y me dijo:

- Levántate hijo y dime ¿Qué deseas?

- Mi señor, - le contesto casi llorando de emoción- yo soy un humilde pecador que por nombre lleva Juan Valdez Polo, nacido en Mocupe, pero que he vivido mucho tiempo en **Santa Rosa**, allá en la provincia de Chepen. El día de ayer he muerto y me estoy haciendo presente para ver si soy digno de ti.

¡Muy bien hijo mío! - Me respondió con mucha ternura, ¡Siéntate!
¡Haber señorita! - le dijo a su secretaria- busque por favor en el libro de los escogidos si Juan Valdez Polo es uno de los llamados.

La secretaria tomando un libro como el de las planillas de la cooperativa, lo abre en la letra V chica diciendo: Valencia, Valencia,

Valeriano, Valdez, ¡Aquí hay un Valdez Juan!. Pero no, ¡Este es Valdez Palacios Juan!.

- ¡No señorita, yo soy Juan Valdez Polo! Ese debe ser mi nieto, hijo de mi Casimiro.

- ¡No hay otro Valdez mi Señor! -Le dijo su secretaria.

Entonces Jesús, volteando hacia mí, me dice:

- ¡Hijo, lo siento! Pero tu lugar está al otro lado; en el infierno.

¡Perdone usted la sinvergüencería, - le dije en tono humilde-, estoy muy avergonzado por todo lo que hice en la tierra. ¿No hay posibilidad de arrepentimiento en este momento Señor?

- ¡No hijo, haz tenido cincuenta y seis años para hacerlo! La evaluación la ha hecho un tribunal supremo y su sentencia es inapelable; solo te queda acatarla -me contestó mi señor- (que ya no era tan mío, porque el mío estaba al otro lado)

- Entonces, ¿Qué debo hacer?, -Le pregunto.

- ¡No te preocupes! ¡Haber señorita, llame a dos guardias para que conduzca al señor a su destino!. ¡Yo me despido de ti Juan, tengo mucho que hacer, espero que tengas suerte y algún día volver a encontrarnos! ¡Adiós!

- ¡Adiós Señor y gracias por haberme dado el privilegio de contemplarlo! – le dije con sinceridad.

- ¡No, no es nada, es mi deber!, -me respondió, luego dio media vuelta y se fue por donde había salido.

La señorita; sonriendo amablemente toma de su escritorio una campanita y la hace sonar; al momento se aparece “una pareja” de Guardias Civiles. Eran altos, de buena apariencia, atléticos, de buenos modales y se les notaba decentes; no como estos de por acá del Pueblo; tan panzones, que más parecen ser músicos de la

banda de Don Eleuterio Reque; prepotentes como si fueran generales y coimeros como ellos solos. ¡Qué vicio, don Mario! ¡Todo lo hacen plata estos hombres!; los de allá arriba: ¡Nada de nada!. Están TERMINANTEMENTE PROHIBIDOS y si lo hacen, los sancionan degradándolos, expulsándolos del cuerpo y mandándolos al infierno, todo en uno; por eso: ¿Qué van a pecar esos hombres? Así deben ser las leyes por acá para que no haya tanta corrupción don Mario.

Entonces la secretaria les dice a los policías: ¡Por favor, conduzcan al señor hacia el “otro lado”!

¡Acompáñenos, señor!, -me dijo uno de ellos.

Así fue que salimos caminando en dirección opuesta, fuimos conversando y en el trayecto íbamos intimidando más y más.

- ¡Yo soy de Reque! -Me dijo uno medio cholón²⁶ ¿ y usted?

- ¡Yo de Mocupe!. Le contesto.

- ¿Sí?, Entonces somos paisanos, ¿Y cómo se llama usted?, - me pregunta.

- ¡Juan Valdez Polo!, - le respondo.

- ¡Acá hay un Juan Valdez Palacios! Él es Sargento de la Guardia Civil aquí en el cielo; es un morenito, con él somos colegas y trabajamos en la misma comisaría, pero hoy esta de franco.

Efectivamente don Mario, ese es el hijo de mi Casimiro, uno que se le murió de mesecitos. Qué gusto me dio saber que había progresado. Mire pues, como es la vida, se hizo solo mi nieto, sin ayuda de nadie. ¡Está de policía en el cielo!. Y pensar que acá no daban medio por él de flaquito y enfermizo.

Bueno pues; seguimos la conversación, así que les pregunto:

- ¿ Y qué tiempo tienen aquí en el cielo?

Entonces uno de ellos, el que era más conversalón, me responde:

- Nosotros hemos venido chiquitos también, yo vine de casi un año y llevo ya veinte por acá. Mi colega tiene como veintiuno y el vino de meses. Al cielo Don Juan, solo vienen chiquitos, muy raro ha de ser que entren mayores de edad, solo uno a las quinientas.

¡Ya ve don Mario! - Dijo Chalga reaccionando rápidamente y cambiando de tono. ¡Cómo nos quieren engañar por acá señor, y todo por ignorar las cosas de Dios!

Luego bajando el tono de voz y acercándose a mi padre le dice: Así estos cojudos de los evangelistas están que me enamoran para entrar a su religión. Me dicen que me convierta, que deje de tomar, que me arrepienta para poder entrar al cielo, que por aquí, que por allá; y no es así patrón. ¡Al cielo no entran viejos, solo criaturas inocentes y sin pecado! Así como me oye don Mario: ¡AL CIELO NO... EN...TRAN... VIEJOS! Por lo tanto, está de más eso del arrepentimiento, de tanto rezo y canto; el que peca, ¡Peca! ¡Ya se jodió! ¡Nadie lo salva! ¡De frente se va al infierno! ¡Qué me van a decir a mí que he estado en el mismo cielo!

Por eso Patrón, mucha razón tiene Pioto cuando me dice: “Cambiarle de religión a estas alturas, es una reverenda cojudez Chalga. ¿Para qué vas ha hacer semejante sacrificio ya de viejo y en vano. Para mí, para mí, no hay como mi católica y de ahí no me cambio; nos da mucho más ventajas que la de los evangelistas. No seas simplón negro, ¡Muere en tu ley!”

Y la verdad don Mario que razón no le falta a Manuel

- ¿Sí don Juan? – le pregunta mi papá siguiendo la conversación.
- ¡Así es don Mario. Por eso, no se deje cojudear! Usted, también como yo, se irá de frente al infierno. Ni vuelta que darle; ni misas, ni

rezos nos salva. La verdad, la verdad patrón, que nosotros estamos bien jodidos; yo creo que ya nadie nos salva de asarnos como camotes en el fuego del infierno.

Bueno pues, conversando y conversando, llegamos al destino. Los policías me dejaron en la frontera, al despedirme les agradecí mucho el servicio y les encargué saluden a mi nieto, luego se fueron. Cuando llegué al infierno se me acercaron dos policías y de frente me dijeron:

- Y... ¿Cómo es?, ¡Bájese algo pues!

Estos si que se parecen mucho a los de acá, ni vuelta que darle oiga usted. De miedo tuve que darle cinco soles, pero para que don Mario: Son bien serviciales, ¡Coimeros, pero serviciales! Me llevaron directamente a las oficinas del diablo, ahí me dejaron, toqué la puerta y me abrió una hermosa mujer, blanca, alta de bonito cuerpo y muy amable, ¡Pero tenía la fulana una cara de “mañosa” que pa´ que le cuento patrón!

- ¡Pase usted señor!, ¿En qué puedo servirle? – me dijo.

- ¡Mire señora...

- ¡Señorita, por si acaso! - me replicó coqueta.

- Bueno pues, señorita, yo acabo de morir el día de ayer; así que he venido a hacerme presente, le dije.

- Espere por favor, en un momento sale el señor de los infiernos y él lo va a atender personalmente. ¡Tome usted asiento!

Tomé asiento y me puse a pensar: ¡Debe ser bien feo el diablo! Con su cola, sus cachos y encima rojo ¡Debe dar miedo carajo!. Al poco rato se abrió la puerta y apareció un hombre de muy buena presencia; alto, flaco y colorao él. Yo pensé que era alguno de Estados Unidos que recién había llegado como yo, pero no: ¡Era el

mismísimo diablo en persona! Lo supe porque cuando se apareció, su secretaria lo saludó muy atentamente: ¡Señor Satanás, - le dijo, el señor desea hablar con usted!

- ¡Tiene buen parecido el diablo!, ¡No es como lo pintan!, ¿Usted recuerda al gringo Mauricio don Mario?

- ¡Por supuesto - le contestó mi papá!

- Igualito a él, si hasta parecían hermanos – respondió Changa, para luego continuar. Bien, entonces él me pregunta:

- ¡De que se trata, hijo!

- Mire señor - le digo- yo soy Juan Valdez Polo, natural de...

- ¿Valdés Polo?- me interrumpió.

- ¡Sí Señor!,

- ¡Uyyy hijo, tu estás pedido desde hace tiempo! ¿Por qué no has venido antes?

- Es que usted sabrá disculparme señor, pero, yo estaba guardianando una era de maíz en la “Escuadra”²⁷, así que no podía dejarla abandonada, más bien anteayer, ya la han trillado y me he dado un “saltito” por acá en cuanto me desocupé; le pido disculpas por el retraso señor.

- ¡Bueno, bueno, lo hecho, hecho está y no hay más que hablar! Señorita, busque usted el nombre del Señor Valdez e indíquele lo que tiene que hacer. Yo me despido; hasta luego Juan y bienvenido.

- ¡Hasta luego señor! Muchas gracias.

- ¡Ah señorita, me llama si viene algún cliente. - dio media vuelta y se fue el diablo por donde vino.

- ¡Sí señor, no se preocupe! - Contestó su secretaria.

Luego abrió el tremendo libro, muchísimo más grande que el del cielo, ni comparación con ese. La verdad que malos hay hasta para

regalar, buenos muy pocos. Al abrirlo como mandado llamar apareció mi nombre primerito, estaba mas pedido que cabrito en santo, carajo.

- ¡Sí señor, aquí está su nombre!, tiene que ir a la ventanilla cinco, paga diez soles por derecho de trámite, le van a dar un formulario y ahí le van a indicar a donde tiene que ir...

Fui hasta la ventanilla pagué mis derechos y me dieron el formulario; un tramitador me lo llenó por tres soles y me dijo que vaya a la ventanilla seis, de ahí me mandaron a la doce, de la doce a la cuatro, de la cuatro al segundo piso, después regresé al primero. En fin, una correteadera de los diablos tuve que hacer, y en todas me sacaban plata oiga, felizmente había llevado mi “medio” sino... ¿Qué me hubiera hecho? Ese infierno es igualito al Banco Agrario²⁸, de una ventanilla a otra y en todas le sacan plata a uno. ¡Qué barbaridad oiga!

No sé a que hora terminé todos los papeleos pero al final me dijeron: ¿Qué quiere llevar? ¿Cachos o rabo? Yo me puse a pensar: ¡Yo soy negro!, Con rabo pareceré un mono y seguro que se van a reír de mí. Mejor pido cachos, me dije, y así lo hice saber: ¡Cachos señor!.

- ¡Muy bien, con este ticket vaya a la herrería para que se los pongan, la encontrará siguiendo ese pasadizo, al fondo! – me dijo el ventanillero.

Hacia allí me encaminé y no sabe usted a quien encontré de jefe en la herrería?

- ¡No, don Juan!, ¿A quién? - respondió mi padre.

- A DON PEDRO DEZA²⁹, -Dijo Chalga casi gritando- ¡Está de jefe de la herrería, patrón! – lo dijo en tono contundente-. Muy buen

cargo tiene nuestro amigo, don Mario. Eso sí, apenas me vio el gordo, se puso contentó, no ha cambiado nada, sigue igual de bromista y juguetón. Luego me preguntó que cuándo había llegado, que cómo estaban por **Santa Rosa**, en fin de todo me preguntó. Cuando le hube informado me dijo: Y que has pedido?, ¿Cachos o rabo?

- ¡Cachos!, ¿Por qué? le respondo.
- ¡Putra madre! ¡Ya te jodiste! Para ponértelos es muy doloroso, con un taladro de una pulgada hay que hacerte los huecos, hasta los más valientes se orinan.
- Y el rabo, ¿No duele? Le pregunto
- ¡No, porque para eso ya venimos con el huequito hecho! Ahí solo es cuestión de empernar, - me dijo riéndose.
- ¿Qué puedo hacer, entonces? – Le dije preocupado.
- ¿Tienes plata? Me preguntó.
- ¡Sí!, le contesto
- Entonces anda a la ventanilla siete y dale cinco soles al que atiende, dile que vas de mi parte y que te cambie cachos por rabo, luego te vienes.

Fui a esa ventanilla, le hablé al encargado, me dijo que no se podía, le dije que venía de parte del jefe de la herrería y le saqué los cinco soles.

- Ah ya, si es de parte de don Pedro no hay problema.

Me hizo el cambio de inmediato; regresé luego a la herrería contento. Muy bien estimado está el gordo arriba. ¿Que si tenemos vara en el infierno...? ¡La tenemos! Y muy buena por si acaso

- Sí don Juan...?

- ¡Y muy buena, don Mario!. Bueno, bueno, siguiendo con el relato fui donde Don Pedro y me dijo:

- ¿Y? ¿ya?

- ¡Ya mi amigo, de buena me ha sacado, le tuve que dar cinco soles al fulano.

- Sí, aquí es así, es igual que en la tierra. Pero bueno mañana te pongo el rabo que ya es hora de salir y como aquí no pagan horas extras nos vamos donde los muchachos de **Santa Rosa**, para ver si le aventamos un “Blanquito”³⁰

- ¡Bueno, vamos pues! – y salimos.

En ese instante Chalga se quedó callado y pensativo. Ante esas circunstancias mi padre le pregunta interesado:

- ¿Y, qué más?, ¿Qué pasó?

- Nada. Que ahí se acabó el sueño. Resulta que doña Rosita me despierta y me dice: “Juan, tienes que levantarte para ir a trabajar.” Figúrese don Mario, esta mujer de mierda, levantarme en lo mejor del sueño; justo y en el preciso momento en que me iba a tomar mi copa de “caña” en el infierno. Sino fuera por esta bendita imprudencia hasta ahorita estuviera tomando.

Mi padre, había estado escuchando atentamente todo el relato, y había olvidado momentáneamente y por completo su compromiso ante la ocurrencia fantasiosa contada con aparente naturalidad; como una realidad vivida por Juan Valdez Polo, que diciendo:

- ¡Bueno, bueno; nos vemos don Mario, voy a comprar el pan que me hago tarde!. Siguió rumbo a la panadería, que a la otra cuadra quedaba, como si nada hubiera pasado.

- ¡Hasta luego don Juan! – respondió mi padre profundamente asombrado.

Cuando “Chalga” había dado unos tres pasos, dio media vuelta a la vez que hacía una mueca de fastidio y le dice a mi padre, poniendo énfasis en la interrogación:

- Y así quieren que me convierta al evangelio?. ¡Seré Cojudo!

Y Chalga volvió a dar unos pasos; se paró, volteó hacia mi padre y le dijo: Ahh, y no se lo olvide nunca. ¡Rabo, mi señor! ¿Cachos? ¡Ni por sanpucta!. Hizo Chalga un ademán de menosprecio y siguió su camino.

LOS ININEOS

(de Manuel Medina Zambrano)

“Al hombre se le puede conocer por la forma en que trata a los animales”. Mahatma Gandhi.

Si nos guiamos por la reflexión de este gran pensador y líder Hindú, podemos decir que en **Santa Rosa** hubieron y hay mucha gente buena; pero también hay los de la otra; gente que, insensible, no puede entender que los animales sienten y sufren como cualquier otro ser viviente.

Esta anécdota esta referida a este último tipo de personas; fue escuchada el día primero de Julio de 1994. Y recuerdo la fecha, porque precisamente ese día falleció don Juan Valdez Polo.

Llevábanse a cabo los funerales en la a casa de su hijo Casimiro; serían las diez u once de la noche aproximadamente. Habían llegado, como siempre los hacían cuando moría un paisano, varias gentes de Saña; además, asistían al sepelio los sañeros residentes en **Santa Rosa**.

El duelo, por el afecto que se supo ganar el gran Juan Valdez y por la presencia de la ocurrente gente morena de Saña que vendrían al sepelio, era para no perderselo; y es que prometía ser de muy grata recordación por las ocurrencias que allí se contarían. Yo, por la gran amista familiar al fallecido y también como gran admirador de la capacidad creativa y el repentismo en la conversación de los negros de la villa de Santiago de Miraflores de Saña, no podía estar ausente de este magno acontecimiento.

Previamente voy referirme a dos personajes referenciales, pero que serán de vital importancia para este caso.

Entonces, permítanme presentarles a Irineo: Delgadito él, algo espigado y blanco; pelo lacio, ojos vivaces, nariz pequeña, boca de labios finos que enmarcaban una enigmática sonrisa; pero que muy en el fondo se notaba picarona pese a su, no sé si, aparente o sentida humildad; o, tal vez, a su innato cinismo para disimularla.

De andar cauteloso, evidenciando temor y osadía a la vez, en una extraña mezcla de inocencia y vivacidad, que podía haber sacado de quicio a cualquier conoedor de la conducta humana. Y creo que hubiera sido muy arriesgado, hasta para un Psicólogo, dar un pronóstico sobre él.

Lo que sí queda muy claro es que sobre él sí podía decirse que tenía una facha como para no descuidarse un minuto, porque: ¡Algo se traía en su esmirriado cuerpo!. Era un “paisanito” de esos que no podían pasar desapercibidos, por que la picardía le afloraba sin siquiera proponérselo. “Este va ha ser una Alhaja” – decían los viejos que saben conocer al tiro a una persona por muy extraña que sea. Y cuanta razón tuvieron, el tiempo confirmarían sus vaticinios.

Llegó junto con sus padres y hermanos a inicios del año 1962; él debía tener por esa época siete años. Llegó de Bambamarca con muchas ilusiones, pero también con algunas mañas; las que, en la costa y en sus continuos viajes a su tierra, las fue perfeccionando, y producto de las cuales incursiona - por lo menos eso es lo que se comenta- a una ocupación nada santa y a la que la justicia designa con el nombre de abigeato. Animal que se le cruzaba a Irineo, pobre de él; hasta Bambamarca no paraba. A él y a algunos de sus familiares se les asociaba siempre con el robo de animales.

Aunque su nombre era Irineo, en **Santa Rosa** a él y a su grupo familiar se les conocía como: “los Irineos”; apelativo con el que pasaron a formar parte de las vivencias tristemente recordadas de éste pueblo.

El otro personaje al que voy presentar, previo rebautizo –para no herir susceptibilidades- con el nombre de Porfirio. Llegó de un distrito de Chiclayo; hombre de lucha, exigente como nadie en el trabajo; tan exigente que ni sus hijos soportaban el rigor que imponía diariamente en el trabajo. Todos ellos, cuando cumplían dieciséis años, preferían ir al ejército para evitar ser sometidos a las durísimas exigencias laborales de su padre; exigencias que lindaban e invadían el campo del abuso. Pero éste no era su defecto principal, si se le puede llamar defecto a esto; lo peor de su forma de ser era el trato casi salvaje, que a los animales les daba. Los hacía trabajar hasta extenuarse. Terminada la jornada, los cargaba de leña para luego llevarla a **Santa Rosa**, que era el lugar donde vivía, para allí venderla. Algunas veces el animal, producto del cansancio, se echaba en el camino; ahí había que verlo al hombre; con una raja de leña los golpeaba sin piedad; y no cesaba el castigo hasta que el animal, por el dolor, se paraba y como podía llegaba a su destino. Hay quienes aseguran que había matado varios de ellos de tanto castigo. Pero como en **Santa Rosa** no existe ni existía representante alguno la Sociedad Protectora de Animales para denunciar tamaño y vil abuso, ni y las autoridades sabían de la existencia de leyes que los protegen: Nadie hacía nada. Solo lástima se les podía prodigar a esos benditos animales de Dios, que tanto necesitaban de la solidaridad de un pueblo, que poco hacía por temor a sufrir la ira de don Porfirio. Lo que sí debe quedar muy en

claro, es que él se hizo merecedor de las más sentidas, aunque calladas, maldiciones; y también del generalizado y camuflado rencor popular. Y digo camuflado por que el hombre como ciudadano sabía guardar las normas de cortesía que exige el Manual de Urbanidad y Buenas Costumbres de Carreño; y también de paso, estuvo involucrado en la solución de algunos problemas del pueblo –Aunque dicen la mayoría, que con nada santos intereses. Y debió haber sido así, si es que aceptamos como razonable la reflexión filosófica de Gandhi

Pero volvamos al velorio de “Chalga”.

Encontrábase sentado en una banca de madera - a un costado de la puerta de la casa del duelo- José García Rojas, hijo del legendario decimista José “Chiri” García; que había venido a despedir desde Saña a Don Juan Valdez. Conversaba con él, Manuel Medina Zambrano, ocurrentísimo moreno conocido como “cholo Pioto”. Habían ya dado el pésame de rigor y sus sentidas condolencias a familiares y amigos. También habían expresado las clásicas reflexiones post mortem que, del difunto, se estila en estos casos. Luego vinieron los saludos entre los visitantes y también las preguntas por la familia, tanto de uno como de otro lugar.

José y Manuel, no sólo eran antiguos conocidos sino, también primos que habían jugado juntos en Saña cuando niños; La vida los había separado hacía algunos años, pero no había logrado acabar la mutua y sincera estimación. Ambos eran morenos fornidos, uno más que otro; de voces graves y dueños de una amena conversación, la que se hacía más elocuente por el tono dado en su forma de hablar, típica del poblador del norte y acentuada con la picardía y desenfado negro, además de las copas de cañazo que ya

habían bebido. Conversaban amenamente recordando palomilladas de antaño y otras propias de los velorios; esas tan necesarias que, a veces, nos permite salirnos, aunque sea momentáneamente de la realidad y de la tristeza que acompaña las partidas de los hombres y mujeres a quien se quiere y que en un determinado momento nos dejan con un gran vacío en el alma.

Algunas horas más tarde, cuando parecía haberse agotado los temas de conversación, José García le pregunta como cantando a Manuel

- ¿Y que es de la prima Mañuca?
- Ahí, bien, aunque con los mismos problemas con el “pisho” e mierda de su marido; que le suena como ajeno y por quítame estas pajas.
- ¿Qué va ser? -respondió José García.- Todavía le pega.
- Sí hermano, ese cholo es malo carajo, y malo morirá.
- Sí Manuel; y te cuento que hace como quince años yo había llegado a **Santa Rosa** y estaba tomando mi chicha en la casa de Rigoberto, cuando de repente no sé quien llega a avisar que este Cholo le estaba pegando a mi prima. Carajo, salí “como alma que lleva el diablo” y lo encontré que la tenía de los pelos, arrinconada en la quincha de su corral. “Oye so indio de mierda” -le dije- y lo agarré del pescuezo para darle una trompada en el hocico; pero la Manuela, cojuda, me agarra la mano y llorando me dijo: “No le pegue primito, por favor no le pegue”. Lo solté solamente por ella y le dije: “A carajo, entonces jódete”. Pues como dijo mi taita “Chiri”, que Dios lo tenga en su Santo Reino: “Quien sufre por que quiere, no son penas las que pasa”. Me di

la vuelta y seguí aventándome mi chicha, que dicho sea de paso, ya se le estaba “torciendo” a la Nery,

- Sí primo, el cholo es malo con la prima; pero más malo es todavía con los animales - respondió Manuel “Pioto”. Cada vez que se le para el caballo flaco ese que tiene, lo levanta a punta de palos. El pobre animal cómo llorará su mal destino. Por eso bien decía mi tío José Ríos: “Yo hubiera soportado con gusto ser cualquier cosa, menos, caballo de Porfirio Llaque”. No me lo han contado José; yo lo he visto, con estos ojos que algún día se han de tragar la tierra, castigar a sus animales, no una si no varias veces. Y ganas no me faltaron de pegarle una buena maja por abusivo, pero me detengo por que no me gusta meterme en líos y sobre todo por la Manuela, por que seguro desfoga con ella; y también por que de una trompada lo puedo malograr.

Por eso primo, cuanto no le he pedido a mi buen Dios que un día de éstos me convierta en caballo de este cholo; y le rogaría que sea un día domingo cuando hay bastante gente para que puedan mirar y haber si le gusta lo que le haría. Primero me haría el cojudo y me dejaría montar. Entre engaños lo llevaría hasta la plaza de Armas y allí me pararía en dos patas y lo tiraría al suelo. Una vez que lo contrasueleo, me lo revuelco a patadas y con el hocico lo dejaría calato. Lo patearía hasta cansarme y para rematar le pegaría una buena meada. Eso sí primo, después que le hago todo eso me iría corriendo de frente hasta donde “Los inineos”, le tocaría la puerta de su casa y le pediría de rodillas que por favor me lleven a Bambamarca, que me vendan a lo que les den, y que le recomienden a mi nuevo

dueño me remonten por la puna; pero, sobre todo, que lo hagan jurar sobre una Biblia, que nunca más me regresarían a **Santa Rosa**. No importa que me muera de frío en esos cerros y que me hagan arar día noche no importa; pero lo que es yo, en **Santa Rosa** no me quedaba ni un minuto más, ni por todo el pasto del mundo, porque si el cholo me vuela a agarrar...? ¡Me mata carajo!. Por que abusivo como ese indio, no hay dos.

UN DRIBLINGG ENDEMONIAO (De José Ríos Linares)

Con todo el respeto que se merecen los amigos de mi pueblo, hubo una generación que pasará a la historia de **Santa Rosa** por su gran sentido de la amistad; leales y sinceros como nunca pude encontrar en mi largo peregrinaje por la vida. En este tiempo, tan escaso de valores y tan lleno de tristeza, los recuerdo no sólo por esos atributos, sino sobre todo por su alegría permanente de vivir; tan llenos de esa chispa criolla que hiciera tan llevadera y amena nuestra rutinaria vida pueblerina.

Esa generación es la que nació a inicios de los años 50 y por lo tanto, algo mayores que yo; por esta razón es que de niño fui testigo presencial de sus cualidades, pero también de sus limitaciones. Es precisamente de éstas a las que quiero referirme en esta oportunidad.

Una de las más sobresalientes ineptitudes de esa generación, y con la que pasaran a formar parte de nuestra pueblerina historia, fue su falta de talento para jugar el fútbol, y no es mi propósito el afán burla, tan lejano a mi intención y a mi condición de amigo; limitaciones que hoy reconocen públicamente, pues nunca estuvieron dotados para este arte. Pero si esto les faltó, puedo decir con toda certeza que lo que más le sobró fueron las ganas, empeño y perseverancia para la practica de ese deporte de multitudes que tanto nos apasiona. Jóvenes entusiastas como ellos no saldrán jamás en ese pequeño rincón del suelo patrio.

En 1966 aproximadamente, fundan éstos jóvenes el club que los cobijó más o menos durante cinco años y de nombre “Defensor Jorge Chávez”. No sé por qué buscarían precisamente ese nombre, he trato de encontrar una respuesta a esa decisión y al preguntarles al respecto, solo me responden: de “ventiaos”³¹, y parece que tienen toda la razón; pues que yo sepa, de Don Jorge Chávez Dartnell, la historia rescata, que solo la aviación fue la pasión de su vida; pero para darle adecuada justificación opté por pensar que más que nada fue por un tan acentuado y ufano patriotismo.

Pero como la voz del pueblo es la voz de Dios y la que zanja cualquier controversia o corrige imperfecciones u omisiones de la vida; desde los años 70, esa “Voz de Dios” les cambió su patriótico nombre por el de “Los saca troncos”, en exagerada alusión a sus permanentes fallas al patear la pelota y que tantas veces hacían volar montículos de tierra y torcer algunos dedos de los pies, provocando la risa de los concurrentes; muecas y retorcciones de dolor en aquellos desde ya desautorizados proyectos de cracks. Pero igual: Ellos seguían jugando.

La compra de sus sagradas camisetas, es un capítulo aparte; propinas, rifas, colaboraciones de amigos y alguna que otra actividad que al reunir las un sábado por la tarde arrojó una “impresionante” suma, casi como para cubrir la compra del juego entero. Un voluntarioso aficionado, en filantrópico gesto logró cubrir el déficit. Al día siguiente viajaron en comisión a la ciudad de Chepén con el propósito de adquirirlas, pues el día domingo deberían jugar como parte de un programa por la fiesta del pueblo. Cuando regresaron, nos proporcionaron otra desilusión: Las

chompas eran a rayas y de una curiosa mezcla de colores sin ton ni son, pero que para el caso servían.

El debut fue impresionante, los once “tigres” estaban con su pintoresca camiseta; con trusa de fútbol de variados colores, otros solo con calzoncillos; muy pocos con chimpunes y calcetines; la mayoría sin zapatos; sólo uno perfectamente vestido con impecable trusa blanca y camiseta; y ostentosamente había añadido una muslera en la pierna izquierda porque decía ser zurdo, aunque de eso tenía muy poco; canilleras, tobilleras; y para rematar, una cinta en la frente amarrada hacia atrás, al muy peculiar estilo del arquero argentino Gatty, con la que completaba su atuendo. El resultado, como era de suponer y pese a su indesmayable esfuerzo, fue el de una furibunda goleada, en favor de los equipistas del otro pueblo.

Pero la vida transcurrió en esa rutina que estableciera su perseverancia; entrenar todos los días por la tarde, primero a la entrada del pueblo en un irregular, improvisado e inadecuado campo deportivo sobre grama salada que ningún daño le hacía a sus acostumbrados y curtidos pies. Así fue que con la ayuda de amistades y familiares, adecuaron después una canchita de fútbol detrás de la casa de mis padres a la que le llamaban “la huaca”, por haber sido una especie de colector de basura del pueblo, en cuyo lateral derecho tenía unos horcones que algunos años atrás rodearon con alambres de púas un proyecto de chacra que nunca dio frutos, por la conocida salinidad del suelo de nuestro pueblo; pues, bien sabido es que a los de **Santa Rosa** nos llaman, con cierto tono peyorativo: “salitrosos”; pero que a nosotros nunca no ofendió, hasta hoy incluso lo aceptamos con cierto y resignado motivo de orgullo.

Ese equipo llenó “estadios”, concitaba la asistencia de los amantes del fútbol y entre ellos no podíamos estar ausentes mi padre y yo; el motivo de esto, no era precisamente para ver una depurada técnica futbolística sino más bien con el “sádico” ánimo de ver sus limitadísimas aptitudes y reír con su poco arte, en la búsqueda de una alegría pasajera; constituyéndose por esos tiempos, una necesidad hecha rutina el ver jugar al “Jorge Chávez”. En esa canchita de fútbol, se hilvanaron las más desastrosas jugadas y tras ellas las más jocosas escenas y anécdotas de mi pueblo; la mayoría de ellas modificadas por algunos ocurrentes aficionados para el deleite de la gente, quitándole o aumentándolas para provocar la risa de los presentes; siendo sus presentaciones fuente viva de inspiración y manantial inagotable de tantas bromas y anécdotas.

Ahí fuimos testigos de los más “hermosos” y reiterativos autogoles de sus defensas y de las aún más frecuentes fallas al momento de convertir de su delantera. A estos nunca les faltaron razones para justificar sus yerros: Ya que estaban con gripe; que no habían comido o que habían comido mucho; que la pelota había venido con mucho “rollo”; que él era zurdo y no derecho o que era derecho y no zurdo; que el zapato no se lo había amarrado bien; que su mamá lo había reñido o que su hermanito estaba enfermo; en fin, nunca faltó una excusa para justificarse y para eso cualquier recurso era bueno. Hubo una vez un defensa que habiendo avanzado hasta tiro de arco, la dejó en forma sorpresiva y regresó corriendo a su lugar; al preguntársele porque no hizo el gol, respondió muy seriamente: ¡El defensa no echa goles! Y siguió jugando.

Justamente en esa canchita una vez se produjo algo que interrumpió esas tardes de risas. Uno de esos muchachos de nombre Daniel, se

estrelló contra la punta interior de uno de esos paradores que en su tramo superior se bifurcaba en dos, tomando la forma de una letra Y. El resultado fue tres costillas zafadas al impacto de su pecho con el “horcón”. El accidentado fue llevado al pueblo de San José, donde un señor de apellido Serna, especialista en ese arte, le acomodó los huesos.

El 16 de Agosto del año 2003, habiendo pasado algo más de treinta años de la época de oro de esa “brillante” generación futbolera, me encontraba acompañando en el velorio de Rigoberto Medina Zambrano; cuñado de mi madre y quien fuera uno de los mejores amigos de mi padre; un caballero a carta cabal que a los sesenta y siete años partió a la eternidad con todo el aprecio del pueblo. Fue este moreno un excelente jugador; para muchos el mejor volante creativo de la provincia y gloria del fútbol del valle, que con el glorioso San Rafael y el Palermo de Pueblo Nuevo conquistara no solamente el aplauso del aficionado en la unificada provincia de Pacasmayo, sino también el primer título de la en ese entonces única liga provincial de fútbol del valle, allá por el año 1955.

Como a las doce de la noche, en su velorio; me invitaron a comer y al salir por la puerta falsa de la casa, me encontré con un grupo de amigos a los que se les empezaba a notar los efectos del aguardiente de caña que en esos acontecimientos se acostumbra a ingerir. Allí se hablaba del difunto y de otros grandes jugadores salidos de nuestro pueblo. Entre ellos estaba José Ríos Linares, un gran amigo y hoy mi compadre, ex integrante del histórico “Jorge Chávez”; un morenito ocurrente más conocido como “Chino Ríos”; de chispa criolla y pensamiento rápido, que un tanto pasadito de copas dice en pretenciosa broma:

- ¡Aquí donde me ven, yo también he sido muy bueno para el fútbol!. “Casi, casi” como el difunto...

- ¡No seas ventiao carajo!, - le interrumpe alguien - Tu chino, has sido de los “Saca troncos”. Eras más malo que el “tabaco de Saña”, y vienes a engañar que has sido bueno. ¿Cuándo...?

El “Chino” Ríos; genética mezcla sañera y serrana; hijo de Don José Ríos Lozada, talentoso moreno de chispa criolla espectacular; comienza hablar en tono aparentemente autoritario, pausado, incisivo, cadente y tomando poses que alternaban calculados cambios bruscos de arrogancia y humildad, algo así como una modestia pre concebida, dice:

- ¡Más respeto carajo para el Jorge Chávez y para esta gloria del fútbol santarrosino!. Y si dudas te caben, te voy a contar que si yo tuve que retirarme del fútbol, no fue por inútil para la práctica del deporte rey como se me ha pretendido difamar, pues cualidades para esto nunca me faltaron; es más, yo diría que me sobraron. Si dejé el fútbol fue por petición expresa del más famoso de los hueseros que ha habido por estas tierras del valle; me refiero al Señor Serna.

Luego volteando intempestivamente hacia mí me dice:

- ¡Compadre, usted no me dejará mentir! ¿Recuerda cuando mi “cumpa³²” Daniel se zafó el pecho en ese palo con “cacho” que quedaba justo al frente del corral de doña Guadalupe?

- ¡Por supuesto compadre que me acuerdo! - Le respondo.

- ¿Usted sabe quien fue el culpable de esa desgracia?

- ¡No recuerdo “cumpa”! – Le contesto.

- El culpable: ¡Fui yo! – Lo dijo en tono trémulo y agachando la cabeza, como por efecto de un profundo sentimiento de culpa- ¡Hasta hoy me remuerde la conciencia! - Continuó.

- ¿Por qué compadre?, - Le pregunto sonriendo, seguro de que era una de esas sus ocurrentes bromas a punto de nacer.

- Usted – prosiguió el “Chino” Ríos- y todos los que se deleitaron con mi atildado y elegante juego, me deben recordar como un talentoso y “cerebral” medio campista; de juego pausado y de “milimétrica precisión” en los pases; pero que muchas veces dentro de un partido y aprovechando mi gran velocidad, hacía un “furibundo cambio de ritmo”, convirtiéndome en un improvisado y “explosivo” atacante. Los presentes escuchaban con suma atención y con una sonrisa a punto de explotar tratando de captar en toda su magnitud dicha ocurrencia.

Bien, dijo el “Chino Ríos”, siguiendo con su relato, hubo un momento en que en uno de esos arranques y al desplazarme peligrosamente con la bola “pegadita” a los pies, al mismo estilo “Garrincha”; voy por el flanco derecho, justo por donde estaban los paradores; en ese instante sale Daniel a marcarme y le hago un “dribling endemoniado” que pa’ qué les cuento; y como mi “cumpa” era medio “tiesito”³³, se come mi amague, se sobra y fue a parar justo en el horcón con cacho, y no solo se sacó el palo de raíz, sino que de paso se zafó el pecho.

- ¡Calla chino, no seas ventiao! - Le dijo José Núñez sonriendo,

- ¡Espera José, eso no es todo! – continuó mi compadre. Yo tuve que correr, pese a mis limitaciones económicas, con los gastos de curación. Así que lo llevé hasta San José; y si no me creen... testigo es “Pinpin”³⁴ que fue quien me hizo la carrera en su auto blanco,

Chévrolet 51 de dos puertas, él me llevó hasta la casa del mismísimo Señor Serna, quien lo atendió y en un “santiamén” armó de nuevo a mi “cumpa”. Y aunque yo no lo vi, dicen que adentro le dio una botella vacía, lo cogió abrazándolo por la espalda y cuando estuvo bien posesionado le dijo: Aspira el aire despacio, pon la botella en tu boca y cuando te diga ¡Ya!, tu soplas fuerte dentro de la botella. Y así lo hizo al tiempo que don Serna apretaba con sus brazos el tórax de Daniel. Afuera, lo único que escuché fue el “Ay carajo” que mi “cumpa” pegó, seguido de una “retreta” de pedos que no tenía cuando parar.

Todos soltamos bajito la risa, comprensiblemente contenida por respeto al difunto. Entonces mi compadre levantando la mano para detener la interrupción prosiguió diciendo:

- Pero ahí no acabó todo. Al acercarme a pagarle al señor Serna, me pregunta:
- ¿Es usted su familia?
- ¡No Señor!, Yo estoy corriendo con los gastos porque yo soy el culpable del accidente!
- ¡Haber, negrito cuéntame!, ¿Cómo ha sucedido? –me preguntó el afamado huesero.

Entonces le comienzo a contar todo, sin omitir por supuesto lo del “dribbling endemoniado” que le aplique a mi “cumpa”. Al terminar de contarle me dice en tono grave y autoritario el Señor Serna:

- “Mira negrito, yo te prohíbo terminantemente juegues más al fútbol. Tú eres un verdadero peligro para los defensas. Haz un gran servicio a la humanidad, en especial a tu pueblo y a esas nuevas generaciones, pues no quisiera que en el futuro sean una sarta de

tullidos, y todo por tu culpa. ¡Te pido por favor...!, o mejor, ¡Te exijo!:
¡Retirarte del fútbol!.

- Está bien señor Serna. Tiene usted toda la razón el mundo – Le dije. Luego le agradecí y nos retiramos.

Volteándose nuevamente mi compadre hacia mí y levantando, a la altura y cerca el hombro, la mano derecha que sostenía una copa de cañazo me dice:

- Compadre; es esta la razón, y no otra, por la que su compadre tuvo que dejar el fútbol, perdiéndose el Perú la oportunidad de tener otro Roberto Challe, un Ramón Mifflin, o ¿Por qué no un Cubillas?. ¡He dicho! y ¡Salud! – dijo levantando su copa para de inmediato tomarla de un solo trago.

En estas líneas brindo un merecido homenaje al deporte y a los deportistas de mi pueblo. De manera especial a don Rigoberto Medina Zambrano, Nemesio Vásquez, Abraham Puruguay, Felipe Asián, Segundo “Chato” Saavedra, Manuel Plaza, Alejandro Pérez Díaz, Enrique Torres, Grimaldo y Augusto Castillo Marroquín, Bernardo Salcedo y “Vítucho” Balarezo. También al Club Deportivo Cali, al Defensor y al Alianza **Santa Rosa**, al Sport Real y por supuesto al Defensor Jorge Chávez; equipo que sin saberlo, diera tantas alegrías a nuestras vidas.

SENTENCIA PARA UN GALLO (De Manuel Núñez Castañeda)

Más allá del coloche³⁵ que se levantaba sobre la acequia grande y a la salida del pueblo; por ese caminito de herradura paralelo a la trocha carrozable que conducía a las oficinas de la cooperativa arrocera **Santa Rosa** de Lima; allá por los años 70, un gallo despistado escarbaba en el suelo; buscaba ensimismado y afanoso, alguna semilla de arroz por allí enterrada. Estaba tan concentrado en la búsqueda de su alimento diario, que no se percató de la presencia de un caballo y su jinete. Cuando se dio cuenta, la bestia ya casi estaba sobre él; su instinto lo hizo saltar provocando que el caballo se parara sobre sus patas traseras, ocasionando una aparatosa caída de quien lo montaba.

El hombre como pudo se levantó; el dolor lo dominaba pero hizo un gran esfuerzo; se paró y volvió a subir sobre el lomo del animal; dio media vuelta para regresar a su casa, y desandó el camino que ya había recorrido.

En ese pequeño pueblo y producto del peregrinaje del hombre en su búsqueda por sobrevivir, había confluído gente de diferentes pueblos del norte. Encontrábanse en él, morenos venidos de Saña y Mocupe, Cholos de Lambayeque y Piura además de serranos provenientes en su mayoría de Cajamarca; configurando una cultura donde se funde la picardía negra, el desenfado norteño y la inocencia andina.

Manuel era un moreno que había heredado la chispa criolla; la respuesta rápida; la palabra fácil, inmediata, inocente, picara pero

justa de sus ancestros. Él era precisamente el dueño de ese gallo que había provocado el “pajareo” del caballo ocasionando el incidente de ese día. Vivía en una casita de quincha a la salida del pueblo como quien se iba a la cooperativa, que algún día fue la hacienda “La Escuadra”, junto a su mujer y a esa larga fila de hijos que a diario alimentaba.

El jinete que rodó al suelo, era un contemporáneo de él, de nombre Fortunato, socio de esa cooperativa y el accidente lo halló cuando iba rumbo a su trabajo.

Manuel y Fortunato, prácticamente crecieron juntos; habían asistido a la misma escuela y a las mismas correrías de niños. Así se hicieron hombres; el primero con menos suerte que el segundo; que tenía un trabajo estable, y aunque siendo los dos pobres, la de Manuel era una de esas pobreza que habrían hecho rabiar al más paciente ser humano, pero que él la supo sobrellevar de la mejor manera; siempre vivía alegre e incluso a las situaciones dramáticas les extrajo bromas, actitud con la que se convertiría en un personaje tan gratamente recordado de ese pueblo.

Trabajaba Manuel como “golondrino”³⁶ en la misma cooperativa donde Fortunato era socio y en sus ratos libres juntaba algarroba, pescaba liles³⁷, o cortaba leña. Eso hacía que permanezca siempre ocupado y fuera de su casa; por lo que no se enteró del incidente de ese día.

La mala administración de justicia siempre ha sido una característica muy arraigada en el Perú. Ha traído en la mayoría de los casos tragedias en las familias involucradas; pero en este caso, como en muy pocos, la manifestación fue de comedia.

Al día siguiente Manuel al promediar la una de la tarde recibió una inesperada visita. Estaba disponiéndose a salir a su cotidiano quehacer, cuando escuchó unos golpes en su bulliciosa puerta vieja de lata.

- ¡Ya voy, ya voy! – gritó Manuel.

Al salir vio con cierto asombro a don Antonio, padre de Fortunato.

- ¡Don Antonio! ¡Muy buenas tardes, que gusto de verlo, que milagro por acá! ¡Adelante, pase y disculpe la pobreza! ¡Tome asiento por favor! Le dijo en su característico tono norteño y mostrando una alegría sincera.

- ¡Gracias, gracias! ¡Tu disculparás pues Manuelito, pero acá viniendo a incomodarte trayéndote esta notificación del juez!

- ¿Notificación del Juez, don Antonio? ¿Y a que se debe esto?

- ¡Es por lo del problema con mi Fortu!

- ¿Con Fortunato? Disculpe don Antonio, pero yo jamás he tenido algún problema con él; es más, somos muy buenos amigos y creo que él me corresponde con el mismo afecto; esto que me dice me sorprende.

- ¡No se trata de eso Manuel, ayer en la tarde, cuando mi Fortu, pasaba camino a su trabajo, tu gallo asustó a su caballo haciéndolo caer y producto de eso se ha zafado dos costillas y aquí te traigo la notificación del juez para que te presentes a su despacho!

- ¡Ahhh no don Antonio!. ¡Eso si que yo no lo voy a permitir!. Mi casa puede ser muy pobre, pero decente. Aquí no se acepta gente pleitista y si eso a hecho mi gallo; ¡Llévelo! ¿Si no quiere? ¡Que envíen una pareja de policías! Aunque eso no va a ser necesario don Antonio, porque hoy mismo lo estoy llevando personalmente ante el juez para que explique su mala actitud y sea juzgado y reciba

todo el peso de la ley. Y aunque todo procesado tiene derecho a la defensa, para este caso y como es de mi propiedad, le niego ese derecho. Si el magistrado lo sentencia a cuarenta y ocho horas en el calabozo, a cadena perpetua o a la pena de muerte, bienvenida sea que yo no voy a reclamar. Mire usted don Antonio; uno cría, pero no sabe lo que cría; detrás de uno hacen lo que quieren, son como los hijos; ya ve usted, yo por acá inocente y este facineroso haciéndome quedar mal. ¿Qué dirá Fortunato? Esto que ha hecho no tiene justificación con nadie y menos con un amigo. Pero despreocúpese don Antonio que esto lo arreglamos de todas maneras y de la mejor forma para que nuestra amistad perdure por siempre.

Si yo le contara mi estimado señor; no me lo va a creer. Este facineroso, tuvo por madre una gallina que luego de poner dos huevos, se me muere víctima de un adobazo³⁸ que, al caer de la ruma³⁹, la mata. Uno de estos huevos se “enguera” y solo quedó uno bueno; el mismo que después sería el susodicho. Mi mujer lo andaba en su pecho dándole el calor necesario para que incube hasta que nació, y aún nacido le siguió prodigando de calor unos días más, hasta que pudo valerse por sí mismo. Y ya ve usted cómo paga este bendito animal tantos desvelos y cuidados de la familia don Antonio. Si yo hubiera sabido las vergüenzas que me iba a hacer pasar, le juro que me lo hubiera comido “pasadito” cuando recién lo puso su madre. Pero para adivino: ¡Solo Dios!.

Muy bandido me ha salido este gallo oiga. Aunque a veces yo lo comprendo; será quizá - me digo - que por lo que no tuvo madre es que se volvió tan pleitista el pobre huerfanito; porque ni cuyes ni patos se han librado de sus patadas. Es don Antonio, el improsulto⁴⁰ este animal.

Manuel había hablado en su característico tono; de una manera natural, pausada, tan sentida y con una mezcla de inocencia y picardía, que don Antonio, se paró de la silla moviendo negativamente la cabeza y sonriendo dijo:

- ¡Ay Manuel, Manuel, ya no se puede contigo; todo lo llevas a la broma!

Don Antonio dio media vuelta y salió sonriente, caminó unos pasos dobló la notificación y la rompió.

Manuel, que aún estaba en la puerta, recogió los pedazos de papeles y al unirlos leyó que en él decía: “Notificación de grado o fuerza contra el señor Manuel N. Para que comparezca ante mi despacho por daños y perjuicios ocasionados por su gallo contra el señor Fortunato C”. Firma: El Juez de Paz del Caserío de **Santa Rosa**.

Manuel entró a su casa, se fue al corral miró al gallo y le dijo:

- “¡La próxima vez que hagas algo parecido a mis amigos, te como en guiso, con un arroz bien graneado, en medio de dos papas amarillas y te asiento con una jarra de chicha colorada! “

Moviendo la cabeza, su mujer sonrió. El gallo no se dio por aludido y siguió escarbando en el suelo; después de todo era más insensible a los problemas que su propio dueño. Manuel tomó su alforja, su machete; y silbando una tonada se fue, como casi todos los días, a cortar su leña para la cocina, como si nada hubiera pasado.

Así era Manuel, tomaba la vida muy en serio pero a la manera de comedia.

ELOGIO A CHÉRREPE

El puerto de Chérrepe, tiene en sus aguas todas las riquezas que nuestro mar peruano posee; pero además de eso, es dueño de una historia no difundida, y que de conocerse constituiría un muy fundado motivo de orgullo patrio y resorte impulsor de nuestro desarrollo.

Este antiguo puerto natural pre inca, cuya existencia ya organizada data de doscientos a trescientos años antes de Cristo. Fue esta caleta, un importante pueblo de pescadores y agricultores. El desarrollo alcanzado en su apogeo, es comparado con el de PAKATNAMU y CHAN CHAN, pero aún más antiguos que estos.

Su gran riqueza ictiológica y sus excepcionales condiciones geográficas, le valieron para constituirse en la más importante población de pescadores del período pre hispánico del norte del país; a tal punto que Carlos Wiesse, en su libro Historia del Perú, lo señala como el único puerto existente en el norte peruano, allá por los años 1686.

Chérrepe fue un antiguo cacicazgo inca, que tenía en el Chequetec a su más importante deidad; ídolo antropomorfo con forma de pájaro, tallado en piedra y sobre el que se han tejido interesantes leyendas de transmisión oral aún perdurable en el tiempo. El cacique Pedro Chérrepe, fue la autoridad más representativa y conocida; a su linaje le debe su histórico nombre esta importante caleta de pescadores artesanales; que tiene al cacique Chámac como su fundador y organizador.

Por su gran importancia, fue considerada una de las más importante encomiendas del Perú virreinal; encargándole la corona española a don Francisco Pérez de Lezcano, la administración, recaudación de impuestos, organización y control de esta importante urbe, allá por los años 1567. Este personaje español, a su llegada realiza un censo cuyo resultado arrojó una población de más de cinco mil nativos. Estos datos lo confirma su ancestral cementerio prehispánico, el que ha sido depredado por huaqueros y buscadores de tesoros.

Tras el emergente desarrollo de la floreciente villa de Saña, a inicios de la segunda mitad del siglo XVI, Chérrepe se constituye como el puerto natural de la que fuera fundada con el nombre de ciudad de Santiago de Miraflores, llamada a convertirse en una de las más importantes ciudades del Perú virreinal.

Narra la historia, que las pampas de Chérrepe fueron inmensos campos de cultivo y bosques de algarrobos; con un impresionante sistema de riego, construido con tecnología mochica; la misma que fue abandonada a la llegada del conquistador, en rebeldía por los abusos cometidos. Todo esto lo corrobora la presencia de vestigios de canales, acequias, pozas y melgas para el cultivo que aún quedan, testimoniando su vieja existencia.

Hacia los años 1580 desembarca allí el Pirata Sir Francis Drake, en un intento de invasión a Saña; no llegándose a consumir por la presencia de la flota española, que pone en huida al súbdito inglés, después de haber desembarcado en ese puerto; encallando una de sus fragatas al frente de los barrancos de Chérrepe, de cuyos restos se dice eran vistos antiguamente en mareas bajas desde lo alto de esos acantilados.

De Chérrepe también parte en 1595 el afamado navegante español Alvaro de Mendaña, con trescientos dieciocho expedicionarios nativos en busca de una salida transoceánica por los mares del sur, para llegar hasta la Polinesia; expedición de la que solo quedan cuarenta y siete sobrevivientes que regresan al Perú después de descubrir primero la actual isla Fatu Hiva y luego las otras que forman el archipiélago de las Marquesas; llegando previamente a arribar a Manila al mando de la esposa de Mendaña, la Limeña Isabel Barreto, quien asume el control de la expedición a la muerte de su esposo en la travesía.

En 1686, el Corsario Edward David desembarca en Chérrepe; invadiendo y saqueando Saña, provocando el inicio de su decadencia, consumada casi dos siglos después de la inundación de la ciudad por el río en 1720, fenómeno natural que la hirió de muerte; abandonándose definitivamente y por esta época, la idea de hacer de ésta, la segunda ciudad más importante del virreinato del Perú. Como consecuencia de esto Chérrepe también va perdiendo paulatinamente su importancia de antaño.

Con una plaga de langostas en 1697 se inicia el primer desplazamiento sostenido de su población, migrando en busca de tierras hacia el este; afincándose en un paraje denominado hoy Iglesia Vieja; cuya impresionante arquitectura colonial semi derruida, hablan de un importante pueblo ya catequizado.

Posteriormente, y debido a la escasez de agua y a los desastrosos efectos del fenómeno del niño, esa misma población se traslada más al este, asentándose arriba de su curso y la margen izquierda del río Chaman, en unas fértiles tierras y pastizales;

denominándose por tal razón a este asentamiento, Pueblo Nuevo, nombre que hasta la fecha conserva.

Mientras esto sucedía en estos lares, a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, se construyen en el departamento de Lambayeque los puertos de Éten y Pimentel, potenciando el desarrollo de la emergente ciudad de Chiclayo, la decadencia de Saña y por ende de su otrora puerto natural, Chérrepe; el que queda reducido como hasta la fecha a una pequeña población indígena de pescadores artesanales.

Pero este antiguo puerto peruano tiene sobrados merecimientos para emular nuevamente al otrora ciclo de grandeza; es que Chérrepe no es solo historia; es para variar, una hermosa, amplia y hundida ensenada que en sus aguas a pocos metros de su playa se levantan peñascos en donde abundantes peces, mariscos y algas, sirven de alimento a sus nuevos pobladores y a sus numerosos visitantes que en verano llegan en busca de esparcimiento e historia.

Siguiendo más al norte, a escasos cuatrocientos metros; se erigen arrogantes sus imponentes barrancos, que en gesto adusto miran las pequeñas rocosidades abajo en el mar. Son los barrancos o acantilados de Chérrepe.

Como a cinco kilómetros al norte, siguiendo la orilla del mar y aunque perteneciente a la región Lambayeque, está la Laguna de Purulén que se alimenta de filtraciones y aguas provenientes de acequias del distrito de Lagunas y que en las mareas altas el mar le entregaba sus aguas, las que le daban una salinidad media que motivaron mutaciones en sus peces y crustáceos que allí tenían su hábitat. Esta laguna abarcaba un área de aproximadamente veinte

hectáreas, habiéndose reducido ostensiblemente debido al arenamiento producido por los tres últimos fenómenos del niño, que hoy amenazan seriamente su existencia. Es esta laguna un importante nicho ecológico de una variadísima fauna y flora en peligro de extinción.

Contaban los viejos que esta laguna y Chérrepe, fueron visitados por Tupac Inca Yupanqui y Atahualpa a su paso hacia Ecuador y Cajamarca respectivamente; y que de ellos se extraían el pescado y mariscos para la nobleza de la zona norte del imperio. Esto parece ser confirmado por el denominado “Camino del Inca” que partiendo desde Chérrepe en dirección este, llega hasta la ciudad de Cajamarca.

En el periodo virreinal era lugar obligado de veraneo de importantes autoridades hispanas, entre las que destaca don Francisco Pérez de Lezcano.

A la izquierda se ubica el tranquilo balneario de “Prieto”, y más al sur la desembocadura del río Chamán de nombre “La Bocana de Chérrepe”. Al seguir aguas arriba, encontraremos una cantera de sal de gran pureza, utilizada por los antiguos y actuales pobladores de esa parte y de más al norte para salar el pescado y otros usos.

A escasos tres kilómetros, siguiendo la carretera, se encuentra un cerro, en cuyo perfil aparece, como esculpida, la figura de un guerrero que yace muerto; y cerca de su cabeza una plañidera que llora su deceso. Se dice que este guerrero es nada menos que el fundador de esta etnia, el gran cacique Chámac, tras cuya muerte, Wiracocha quiso perennizar su memoria, encargándole a Waira, dios del viento, que esculpiera su figura en esta colina.

Unos kilómetros más, siguiendo el mismo rumbo, encontraremos al cerro Santa Catalina, antiguamente denominado cerro Chérrepe, en cuyas faldas se encuentra otro cementerio ancestral. Este cerro presenta cientos de metros de murallas de piedra apircada y una especie de reservorio lítico, testimonio de su avanzada forma de existencia y de sus aún incomprendidas concepciones metafísicas.

También podemos encontrar en ese cerro, la cueva de San Ildelfonso; lugar en el que se encontró la imagen traída desde España, por encargo del encomendero Don Francisco Pérez de Lezcano, en su afán de convertir al catolicismo a los nativos del lugar, la misma que desembarca en Chérrepe después de su larga travesía. Desde esta cueva se ha tejido una serie de leyendas de milagros hechos por el actual patrón del distrito de Pueblo Nuevo.

También algo más arriba del cerro se ubica la cueva de “El Sin Sangre”, refugio del afamado “Bandolero de los pobres” cuya historia se ha convertido en leyenda con el paso de los años.

A unos dos kilómetros siguiendo el cerro, se erige incólume La Piedra del Sapo, inmensa roca con la forma de ese batracio y también el Reloj Solar o Inti Huatana de la época pre Inca, que seguirá por siempre marcando el paso del tiempo.

Arriba en la parte más alta del cerro, podemos encontrar una fauna salvaje compuesta por cabras, perros, y asnos de monte o “alzados”. Antiguamente fue escenario de caza del venado, hoy extinguido en estos parajes.

Antes de llegar a Chérrepe se puede ubicar cuatro figuras, conocidas como los tréboles; de forma circular – alveolar, diseñadas en bajo y alto relieve sobre arena, tres de las cuales son más grandes, cada una de un diámetro aproximado de cinco metros. A

cuarenta metros de distancia, al frente y al centro de éstas, una más pequeña, de aproximadamente tres metros de diámetro; figuras que, en su conjunto, encierran algún conocimiento ancestral, quizá astronómico al igual que las líneas de Nazca, de mucho interés para un posterior estudio.

Hay personas que sostienen que estas pampas son lugares de frecuentes avistamientos de naves extra terrestres, en tal sentido se han hecho filmaciones y fotografías de aficionados que podrían corroborar o desmentir esta posibilidad. Incluso algunos sostienen que los famosos tréboles, antes mencionados, son en realidad huellas dejadas por un ovni.

Saliendo del caserío El Alto San Ildefonso y a unos seiscientos metros encontramos la llamada Iglesia Vieja, que es el único y mudo testigo del primer peregrinaje migratorio de los cherrepanos, abandonado algunos años después para tomar la actual ubicación de Pueblo Nuevo, capital del distrito, creado a inicios de La República, reconocido por la belleza de sus mujeres, su apetecible arte culinario y por su prodiga y excepcional belleza natural.

A fines del año 1971, Chérrepe tuvo la feliz visita de quien fuera el más grande y visionario magnate pesquero de todos los tiempos: Don **Luis Banchemo Rossi**, quien atraído no solo por su historia, sino y por sobre todo, conocedor de la gran riqueza de sus aguas y su posición estratégica, pretendía construir un muelle alternativo a **Chimbote** para que le sirviera como centro táctico de operaciones para sus actividades pesqueras futuras.

Llegó en un helicóptero, estuvo por espacio de dos horas y retornó con la convicción de realizar allí, la que habría sido quizá la mayor inversión de su vida, pero que su prematura e indeseada muerte, el

primero de enero del siguiente año, impidió realizarla; frustrándose así un proyecto que hubiera cambiado el curso de la historia de este milenario y olvidado puerto artesanal norteño.

Así fue Chérrepe, así es Chérrepe; un lugar que fue el escenario donde se desarrolló una gran cultura y que hoy llama al mundo, y de manera especial a su gente, para juntos reconstruirla y emular su otrora grandeza.

NOTAS

¹ Chérrepe.- Ver al final Elogio a Chérrepe.

² Pueblo Nuevo.- Distrito de la provincia de Chepén, Departamento de La Libertad, Perú.

³ **Santa Rosa**.- Caserío del distrito de Pueblo Nuevo.

⁴ Inea.- Nombre con que se le conoce a la enea.

⁵ Jibilai.- Se refiere a un rollo grande de nylon o nailon, conocido también como garetá

⁶ “Cobrar”.- Acción de recoger al para si, en este caso la sogá..

⁷ “Pago”.- Especie de tributo que los antiguos pobladores del Perú le otorgaban a los elementos de la naturaleza por el servicio prestado en su calidad de deidades.

⁸ Abelardo Noriega Sisniegas.- Llegó a ser vocal de la Corte Superior de La Libertad y muere en fatídico accidente el año 2000

⁹ Fermín.- Nombre del señor Fermín Ramírez, que vivió y murió en la calle Pizarro 026. Sus restos descansan en el Cementerio General de Pueblo Nuevo.

¹⁰ Yuntero.- Que maneja la Yunta de bueyes.

¹¹ Flojo.- Usado como sinónimo de haragán.

¹² Simplón.- Palabra con la que se designa a las personas de ocurrencias disparatadas.

¹³ Gafo.- Usado como sinónimo de tonto.

¹⁴ “Chalga Chalga”.- Designa a las cosas mal hechas. (Hecho a la Chalga chalga)

¹⁵ Semana Jubilar de Chepén.- Llevado a cabo el 14 de noviembre.

¹⁶ Cajonero.- Persona diestra en el manejo del cajón, instrumento de percusión peruano.

¹⁷ Decimista.- Que recita o crea décimas. (Versos con rima y ritmo)

¹⁸ Quebrantador.- Especie de domador de caballos.

¹⁹ “Torata”.- Poco apto para el estudio.

²⁰ “Gramalote”.- Planta rastrera que nace a la orilla de las acequias.

²¹ “Pateo como mula”.- Personas que dicen las cosas sin importar ofendan al otro

²² “Bolsa de diablo”.- Antiguo nombre de la actual calle Progreso, en **Santa Rosa**,; caracterizada por sus continuas riñas y peleas.

²³ “Carlín”.- Cementerio del caserío de **Santa Rosa**.

²⁴ “Israelitas”.- Congregación religiosa fundada por Ezequiel Ataucusi Gamonal, caracterizada por dejarse crecer el pelo y la barba.

²⁵ Ventiadez.- usado como sinónimo de ridículo.

²⁶ Cholón.- De cholo; pelo lacio y piel morena.

²⁷ “Escuadra”.- Ex hacienda y luego cooperativa arrocerera del valle del Jequetepeque.

²⁸ Banco Agrario.- Antiguo banco de fomento agrario, caracterizado por su burocracia y lentitud.

²⁹ Pedro Deza.- Respetable y ocurrente señor, nacido en Guadalupe pero que vivió y murió en **Santa Rosa**, de ocupación herrero.

³⁰ “Blanquito”.- Aguardiente de caña.

³¹ “Ventiaos”.- Ocurrentes, fantasiosos y de poco tino.

³² “Cumpa”.- Compadre o palabra que expresa cariño a la persona que se le asigna.

³³ “Tiesito”.- De poca cintura para jugar el fútbol.

³⁴ “Pinpin”.- sobre nombre del señor Germán Crispin Reyes, de ocupación chofer y que hiciera el servicio de movilidad en aquel suceso.

³⁵ Coloche.- Nombre con el que se le conocía a una especie de tubo hecho de un cilindro de lata para permitir el paso del agua sobre la acequia **Santa Rosa**.

³⁶ "Golondrino".- Trabajador eventual del campo.

³⁷ Lifes.- Pescado de agua dulce, muy estimado por su carne.

³⁸ Adobazo.- Golpe con un adobe de barro.

³⁹ Ruma.- Adobes colocados unos sobre otros.

⁴⁰ Improsulto.- Utilizada como sinónimo de colmo. Al parecer degeneración del vocablo latin Non Plus Ultra.

Evocaciones Nostálgicas